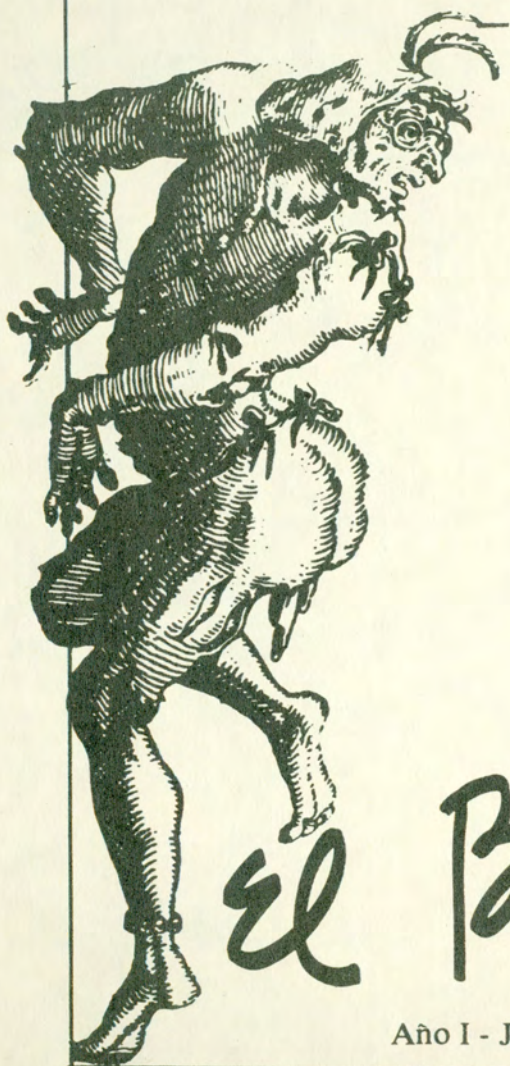


5



el Buscón

Año I - Julio/Agosto 1983 - No. 5

DICE

IN

Economía de la crisis <i>Jorge Alcocer</i>	3
La Cámara, ¿para qué? <i>Iván García</i>	22
Arturo Whalley y Antonio Gershenson: El principio resistencia <i>Fernando Navarro</i>	35
Cuando el progreso nos alcance <i>Ilán Semo y Juan Manuel Sandoval</i>	49
El siglo de las vanguardias que se bifurcan <i>Christopher Domínguez</i>	60
El sueño de Cristo <i>Verónica Vólkow</i>	78
Teoría de la dicotomía política <i>Lewis Carroll</i>	80
Fragmentos <i>René Avilés</i>	86
La última batalla de Salvador Alvarado <i>Francisco José Paoli</i>	91

DOSSIER:

MARX A LA LUZ Y A LA SOMBRA DEL SIGLO XX: (Segunda Parte)

En la hora de la barbarie/ *Bolívar Echeverría*; ¿Qué tan real es el "socialismo real"?/ *Adolfo Gilly*; Los límites de la ingobernabilidad/ *Claus Offe*; La crisis: ¿límite del capitalismo?/ *Pedro López*; (Marx vs. Lenin?/ *Elvira Concheiro*



HUELLA DE PALABRAS:

La CIA en Guatemala: Crónica del Terror
Adela Villanueva 160

Sor Juana Inés de la Cruz o
Las trampas de la fe — Octavio Paz
María Dolores Bravo 164

México, un pueblo en la historia
— Enrique Semo (Coordinador)
Teresa Aguirre 169

Historias
Luis Vázquez 171

Espacios
Carlos López 172

REBUSCONADAS:

Anuncios de Emoción 174

ABRAMOS LAS VENTANAS:

Dirección: Ilán Semo. **Dirección Editorial:** Francisco Valdés. **Secretario de Redacción:** Gilberto Meza. **Edición:** Christopher Domínguez. **Redacción:** Mariángeles Comesaña, Daniela Grollova, Javier Guerrero, David Huerta, Héctor Manjarréz, Alejandro Rozado, Juan Manuel Sandoval, Rafael Santiago, Martha Singer. **Diseño y Portada:** María Shelley. **Información:** Leopoldo Michel. **Producción:** Abraham Zúñiga. **Consejo Editorial:** Juan Berruecos, Elvira Concheiro, Luciano Concheiro, Olac Fuentes, Jorge Medina, Angel Mercado, Enrique Moltalvo, Carlos Payán, Gilberto Rincón Gallardo, Enrique Semo, Liberato Terán, Vlady. **Consejeros:** Gerardo Bracho, Sergio de la Peña Katy Eibenschutz, Felipe Ehrenberg, Eduardo González, Elsa Gracida, Gilberto Guevara, Carlos Maya, Eduardo Montes, Abraham Nuncio, Francisco José Paoli, María Luisa Puga, José Luis Rhi Sausi, Victor Manuel Toledo.

Aparece bimestralmente. Oficinas. Jojutla 37-1, Tlalpan, México, D.F., Tels. 573-41-61, 553-54-40. Suscripciones y correspondencia: Apartado Postal 21-893, Col. Coyoacán, Delegación Coyoacán; 14000 México, D.F.

La revista *El Buscón* es una publicación de Letrofilia, A.C. *El Buscón* es nombre registrado en la Dirección General del Derecho de Autor, mediante certificado N° 2565-83. Tipografía y Formación: Offset Comercial Policromo, S.A. Médicos N° 23 C.P. 09400. México, D.F. Tel. 5-82-32-34. Impresión: Mexicana de Impresos y Papelería, Asturias, 57; C.P. 03400 México, D.F. *El Buscón* tiene los derechos reservados sobre los materiales que publica, pero autoriza su reproducción parcial o total, siempre que se haga con fines no comerciales y previa notificación a la redacción de la revista. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y los no firmados de la redacción. Títulos y subtítulos a cargo de la redacción.

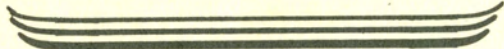
Precio \$140.00. Suscripción en el D.F. por un año \$1,000.00. Suscripción en provincia \$1,200.00, en el extranjero 30.00 Dlls.






MEXICO

Economía de la crisis



Jorge Alcocer



*La crisis actual de la economía mexicana ha puesto en juego a las fuerzas sociales y políticas en torno al tema crucial de las **alternativas**. ¿A qué obedece el esfuerzo por aplicar políticas para reorganizar el capitalismo mexicano? ¿Cómo procesa el Estado los efectos políticos de la crisis? ¿Qué perspectivas tiene la lucha por una alternativa democrática y socialista?*

Cualquiera que sea la "salida" de la crisis, ésta irá acompañada de respuestas a estas preguntas. El ensayo de Alcocer se aproxima a la crisis de México tomando en cuenta los acontecimientos de los dos últimos años y las manifestaciones políticas que han suscitado.

1. El capitalismo es un sistema en crisis. Esta realidad, que desde hace ya más de una década domina el panorama de la economía internacional, parece olvidarse con frecuencia cuando se analiza la especificidad de cada crisis nacional. La dimensión internacional de la crisis y su propagación merced a la política económica puesta en práctica por las potencias imperialistas, en especial —valga recordarlo—, los Estados Unidos, ha llevado al conjunto de la economía mundial, incluidos los países socialistas, a la peor situación desde 1929. Por primera vez, desde ese año, asistimos a una crisis económica *mundial*.

2. Desde la década pasada, las medidas de política económica practicadas por los países capitalistas desarrollados han provocado el traslado de los efectos más perniciosos de la crisis hacia las economías capitalistas dependientes y subdesarrolladas. Los instrumentos privilegiados han sido el sistema monetario internacional, la política monetaria y crediticia, la manipulación de los precios de las materias primas y de los productos manufacturados y la inversión extranjera directa.

8 3. Para los países de América Latina, la crisis se ha traducido en la pérdida total del dinamismo en el crecimiento econó-

mico, la inflación desbocada y un endeudamiento externo sin precedentes, que ha hecho cambiar la naturaleza tradicional del desequilibrio externo de las economías latinoamericanas. Mientras que en el pasado lo principal era el desequilibrio comercial, hoy el rasgo distintivo de las balanzas de pagos de nuestros países es el enorme déficit en la balanza de servicios financieros y de capitales.

4. Después de cuatro años de crecimiento económico significativo, sustentado en los recursos derivados de la venta de petróleo y el endeudamiento exterior, la economía mexicana ha entrado en un agudo proceso de crisis, que se manifiesta con una virulencia inusitada en todos los aspectos de la vida económica. Como toda crisis, ésta no tiene causas unívocas, sino que expresa la confluencia de contradicciones agudizadas en las relaciones económicas con el exterior y en el propio desarrollo del capitalismo mexicano. Podemos afirmar que por su origen, manifestaciones actuales y tendencias probables, la crisis de la economía mexicana obedece a la conjugación de tres sistemas de contradicciones, vinculadas todas a la matriz del capitalismo mexicano: la forma en que México se inserta en el capitalismo a escala mundial y el papel que le ha tocado jugar en la división internacional del trabajo; las contradicciones generadas por el progresivo y ya inocultable agotamiento de una estructura económica en la que se condensa la forma de desarrollo capitalista adoptada por el país desde la posguerra; y, finalmente, las contradicciones desatadas por una coyuntura crítica, nacional e internacional, que precipitaron la crisis. Más aún: a lo anterior vino a sumarse el deterioro de las relaciones políticas entre el Estado y la burguesía, provocado por la súbita e inesperada decisión del gobierno de José López Portillo de nacionalizar los bancos privados a sólo tres meses del término de su mandato.

Nunca el capitalismo mexicano había enfrentado simultáneamente un conjunto de problemas tan agudos como los que hoy lo tienen sumergido en la peor crisis de su historia. Los nudos estructurales y las trabas coyunturales que han desmantelado el proceso fluído de acumulación capitalista en México, ponen a la orden del día dos confrontaciones fundamentales que habrán de resolverse en el terreno de la lucha política: el nuevo "modelo" de desarrollo que surgirá

de la crisis y las nuevas relaciones políticas que habrán de establecerse entre las clases sociales y el Estado.

- 5.** A nivel internacional, el sistema de organización del capitalismo fincado en la posguerra ha llegado a sus límites. Uno a uno se han ido derrumbando los pilares que dieron sustento a la larga onda expansiva que vivió el capitalismo hasta fines de la década de los 60. En la ya prolongada recesión, interrumpida sólo por breves y endebles repuntes de la economía norteamericana, los países dependientes enfrentaron los efectos nocivos de la inestabilidad del sistema monetario internacional, que han ocasionado la pérdida de control sobre sus sistemas monetarios nacionales y los costos financieros más elevados que hayan conocido. Igualmente, la drástica reducción del volumen del comercio mundial ha tenido efectos desastrosos para nuestras economías, reduciendo abruptamente los ingresos por exportación en una situación en que la inflación en los países imperialistas encarece las mercancías que debemos importar. Por otro lado, a la anterior forma de penetración imperialista basada en la inversión extranjera directa, ha venido a sobreponerse la estrategia imperialista de colocación de préstamos. Al calor de una situación de extrema liquidez en el sistema financiero internacional, los países dependientes vieron de pronto abiertas las posibilidades de recurrir al endeudamiento externo como única vía de compensar sus crecientes desequilibrios en cuenta corriente de la balanza de pagos.*

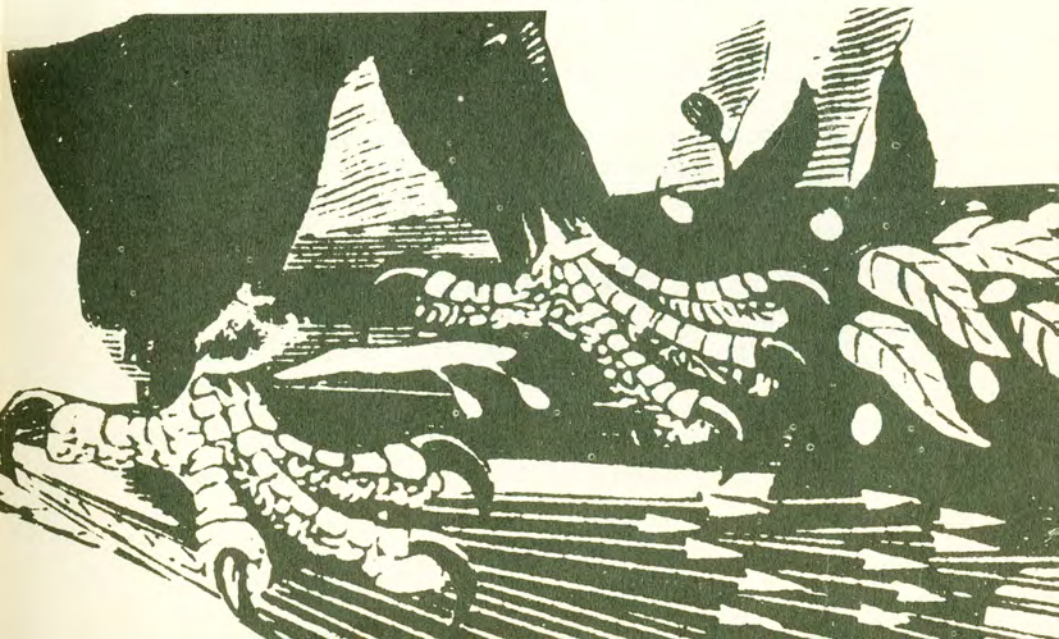
En la economía mexicana, estos fenómenos pudieron ser mitigados hasta 1981 gracias a los recursos de la venta externa de petróleo y del endeudamiento estatal. El efímero *boom* de la economía, que ilusionó a más de un teórico, tuvo como detonante y viga maestra al petróleo. Por ello al caer los precios del hidrocarburo en el mercado mundial, la situación se tornó en su contrario. La dinámica económica interna quedó condicionada casi por completo a expectativas dominadas por la inminencia de la devaluación y el disparo de las presiones inflacionarias. En ausencia de una política ade-

*Mientras que en 1973 la deuda externa de 19 países de América Latina ascendía a 42.3 miles de millones de dólares, para 1982 se había elevado a 274 mil millones de dólares. Ese enorme endeudamiento hizo que los pagos netos de utilidades e intereses al exterior pasaran de 4.4 miles de millones de dólares en 1973 a 34.4 miles de millones en 1982.

cuada para hacer frente a la nueva coyuntura, las expectativas se transformaron en realidad.

Cuando la administración lopezportillista inició su mandato con el objeto explícito de buscar una nueva inserción de México en la economía mundial, reprodujo de una manera exacerbada los viejos lazos de dependencia y subordinación al imperialismo. Hoy la economía mexicana es más dependiente en las esferas del comercio y la tecnología, y se ha desarrollado plenamente la nueva y principal forma de dependencia: la financiera

6. La crisis del capitalismo mexicano es *estructural*: condensa el agotamiento de una forma de organización de la acumulación de capital a escala nacional y está íntimamente vinculada a la expiración de la onda expansiva vivida por el sistema capitalista a escala internacional desde la posguerra hasta fines de la década de los 60. Ese agotamiento —el interno— consiste en la imposibilidad de mantener los flujos y equilibrios de la acumulación de capital sobre la base de la estructura productiva, comercial y financiera existente. Imposibilidad, desde luego, relativa. Tanto el patrón de industrialización surgido de la posguerra, como las relaciones entre los diversos sectores económicos —en especial entre la industria, la agricultura y el capital financiero— se tornaron incapaces de proporcionar la base material para un desarrollo autosostenido y estable de nuestra economía.



De aquí se desprende una hipótesis fundamental: la superación de la crisis, esto es, la reanudación de un ciclo de acumulación sostenido capaz de hacer crecer el producto interno y por ende la base material de la acumulación capitalista, sólo será factible si se produce una reestructuración del aparato industrial y de las relaciones entre éste y el resto de los sectores productivos. Es decir: la eventual salida de la crisis supone un cambio profundo, sustancial, de la estructura productiva, entendiendo por tal no sólo la base material, sino también la forma de organización de la producción. Qué se produce y cómo se produce, son hoy los problemas centrales en torno a los cuales se definirá el tipo de salida frente a la crisis. Además, se halla el problema, aún irresuelto, del destino concreto de la banca nacionalizada, y en particular su nueva vinculación con el capital privado y con los condicionantes externos. No parece haber salida duradera y viable de la crisis sin redefinir el tipo de inserción de México en el capitalismo internacional. La crisis es de estructura porque afecta a la base material y a los flujos financieros, comerciales y tecnológicos internos y externos.

7. El agotamiento de la forma de organización de la acumulación interna de capital no es algo que se haya producido en el curso de los dos últimos años, mucho menos es atribuible a tal o cual decisión gubernamental. Podemos afirmar que se inscribe en el proceso de dismantelamiento de las bases del llamado “desarrollo estabilizador”, que abarca casi toda la década pasada. No por casualidad es que precisamente en esa década presenciamos dos importantes intentos de generar cambios estructurales desde las esferas del poder estatal, que se han inscrito dentro del objetivo de la *modernización* preconizado por los dos gobiernos que ocuparon el espacio de esa década. Estos intentos —ambos finalmente fallidos— dejaron, sin embargo, secuelas importantes que han marcado (y lo seguirán haciendo) el curso futuro del desenvolvimiento económico del país.

Para los dos últimos gobiernos, y también para el actual, modernizar a México significa crear las bases para un crecimiento que deje atrás los viejos frenos estructurales de nuestra economía: desintegración industrial, postración agrícola, debilidad financiera del Estado, dependencia externa. Cada gobierno ha introducido sus propios matices en la búsqueda de este objetivo, pero lo que se observa es una

línea de progresiva “derechización” en la conducción económica estatal. Contradictoriamente esta línea ha conducido a los dos enfrentamientos más virulentos entre el gran capital y los gobiernos postcardenistas (1976, 1982); enfrentamientos a los que ha seguido una política de abierto compromiso con el FMI y con el capital bancario transnacional y la búsqueda frenética del entendimiento con el gran capital interno. El objetivo modernizador es el hilo que da continuidad a tres gobiernos disímiles en su forma, pero esencialmente afines en su progresiva entrega a los intereses de los grupos hegemónicos del capital.

Al amparo de la tutela estatal surge y se desarrolla en México una capa de la burguesía que, bajo diversas formas y matices, ha estado en el centro de proyecto modernizador impulsado desde el Estado. Con Echeverría se trató de encontrar el “espíritu” nacionalista de esa capa. Se le ofreció protección y apoyo para su desarrollo interno y para resistir el embate del capital transnacional. El resultado fue una mayor compenetración de los dos grupos y la expansión y aceleración de la monopolización de la economía. López Portillo, con una óptica distinta, privilegió la búsqueda de la eficiencia y la modernidad a secas. Crear poderosas empresas privadas, desarrollar la presencia de capitalistas mexicanos en el mercado bancario internacional. Toda una política puesta al servicio de la burguesía monopólico-financiera: creación de *holdings*, fusión de capitales, grupos proyectados en las páginas de *Town & Country* y *The New York Times*, Alfa, Visa, Ponderosa, ICA, Banamex, el sueño parecía hacerse realidad en medio de una abundancia petrolera que parecía no tener fin.

8. Hacia mediados de 1981 se habían alcanzado los límites de la expansión económica apoyada en el petróleo; la continuidad de la onda expansiva exigía un recambio en los factores dinamizantes. A ello se consagró el gobierno primero con timidez y luego abiertamente en 1980 y 1981 a través de la política de gasto público. Alcanzados el techo petrolero fijado en el programa de energía (con un mercado de hidrocarburos saturados a nivel internacional) y los límites aconsejables del crecimiento de la deuda externa, se imponía un cambio en la dinámica de crecimiento interno. El disparo de las importaciones en los años 1980 y 1981 revela no sólo el



proceso de desintegración industrial vivido en el período, sino también los límites de expansión posible con la planta productiva existente. Era imprescindible abrir nuevos campos de inversión y dinamizar la oferta interna. Lo primero se intentó en sectores como el de comunicaciones y transportes y el propio sector agrícola (recuérdese la Ley de Fomento Agropecuario); lo segundo se dejó a la confianza de que para 1981 y 1982 las inversiones realizadas en años previos deberían “madurar”. De hecho, desde 1981 el gobierno intentó una vía de “enfriamiento” de la dinámica económica y postuló que había llegado el momento para que la inversión privada asumiera la tarea de garantizar la continuidad del crecimiento.

La caída en los precios internacionales del petróleo a mediados de 1981 produjo sobre la economía mexicana, el mismo efecto que un alfiler sobre un globo inflado a su máxima capacidad. Se trastocaron las expectativas de los agentes económicos. Por el lado del gobierno, se alteraron drásticamente las previsiones de ingresos del exterior y por ende de los ingresos gubernamentales; buscando evitar un brusco freno, se recurrió al endeudamiento externo que en un sólo año (1981) creció en más de 20 mil millones de dólares prestados,



en su mayoría, a corto plazo. Por parte de la gran burguesía desapareció cualquier aliciente a la inversión productiva, debido a la expectativa de una disminución considerable en el consumo y en la inversión pública, así como de un aceleramiento de las presiones inflacionarias. Todo ello se tradujo en la renovada certidumbre de que más temprano que tarde se impondría una devaluación como única salida para ajustar la economía a las nuevas condiciones. El resultado de cambio de las expectativas empresariales es bien conocido: miles de millones de dólares fueron depositados en bancos norteamericanos y se aceleró la compra de bienes inmuebles por parte de mexicanos en la franja fronteriza del lado norteamericano, mientras que la captación bancaria y la estructura de los pasivos en poder de la banca se dolarizaban a pasos agigantados.

A los nudos estructurales de la crisis vino a sumarse una situación coyuntural de pánico financiero y de especulación exacerbada. Por segunda ocasión, a través del sistema bancario estallaron las presiones de contradicciones estructurales contenidas a lo largo de cuatro años y se propagó con efectos multiplicadores la tendencia al desplome de la activi-

dad económica. No sólo se desplomó la actividad económica estatal, sino que los principales grupos privados de capitalistas vieron seriamente comprometida su situación por efecto de una deuda externa acrecentada al calor del auge de divisas. De febrero a agosto de 1982 el gobierno fue perdiendo una a una sus posibilidades de control de la situación. Enfrentado a una pavorosa fuga de capitales, sólo acertó a reforzar su tradicional política monetaria y a poner en práctica una tardía protección comercial frente al exterior mediante el restablecimiento de los permisos previos de importación. Nada detuvo a la especulación.

Colocado al margen de la ingobernabilidad, desacreditada su capacidad de hacer frente a la situación y enfrentado a una burguesía abiertamente beligerante, que ahora reclamaba lo que antes aplaudió, el gobierno de López Portillo, o mejor dicho, una fracción del grupo gobernante encabezada por el presidente, dio un golpe de mano sin antecedentes desde 1938: nacionalizó la totalidad de la banca privada e impuso el control de cambios. Con ello, se produjo un violento cambio de la situación política de México. Tocada en su nervio central, la gran burguesía reaccionó en todos los frentes. Las inversiones se paralizaron, las cámaras patronales acusaron al gobierno de conducir a México "al socialismo" en el marco de las autodenominadas reuniones "México en la libertad". En estas condiciones se produjo el relevo presidencial del 1º de diciembre de 1982.

- 11.** En su mensaje de toma de posesión el nuevo presidente de la República colocó en el centro el Programa Inmediato de Reordenamiento Económico (PIRE) integrado por 10 puntos, de los que se desprenden las líneas básicas de la política económica que hasta ahora (julio de 1983) siguen vigentes. El programa concreta los compromisos adoptados en el convenio de facilidad ampliada firmado en las postrimerías del gobierno de JLP con el FMI y ratificado por el nuevo gobierno. Del PIRE se desprenden cuatro líneas centrales de acción: aumentar el ahorro interno; estabilizar el mercado cambiario; promover el empleo y proteger la planta productiva; y combatir la inflación.

Para aumentar el ahorro interno se ha practicado una política monetaria basada en el aumento constante de las tasas de interés. Por el lado del sector público, la política se-

guida se ha basado en el aumento a los impuestos indirectos (en especial el IVA) y a los precios y tarifas de las mercancías y servicios generados por las empresas estatales. Con ello se pretende reducir el déficit fiscal como proporción del PIB (del 16% en 1982 al 8% en 1983) combinando el aumento de los ingresos gubernamentales con una reducción drástica del gasto público. La política financiera y fiscal del gobierno se escuda en un pretendido combate al "populismo financiero" y en el "realismo" que debe guiar la acción estatal en la economía.

La estabilización del mercado cambiario se ha buscado mediante la liberalización del control de cambios, regresando al esquema de agosto de 1982. Es decir, al mercado cambiario dual, uno controlado y el otro libre, eliminando prácticamente la obligación de los exportadores privados de entregar sus divisas al banco central. Simultáneamente se han puesto en práctica varios programas de apoyo financiero con divisas controladas al sector privado y se tiene como objetivo la reunificación de paridades que permita, a mediano plazo, la "vuelta a la normalidad en el mercado cambiario"; esto es, la eliminación del control de cambios.

El incremento del empleo y la protección de la planta productiva son concebidos por un lado como un asunto de contención de tensiones sociales y, por el otro, como apoyo franco a la actividad económica privada. Así, los programas de creación de empleo contenidos en el presupuesto de egresos de la federación para 1983 se dirigen hacia áreas urbanas o rurales deprimidas, donde los efectos de la crisis han sido más graves, mientras que la protección de la planta productiva y el empleo ya existente se contraen en programas de apoyo financiero y de compras del sector público a las empresas con dificultades.

El combate a la inflación ha sido depositado en manos de las autoridades hacendarias y del banco central, quienes aplican una política convencional, sustentada en la restricción del medio circulante y del crédito. Por el lado de la demanda, las medidas fundamentales son la reducción drástica del gasto público y la contención del crecimiento de los salarios. Se intenta así conciliar la reducción de presiones inflacionarias con el "realismo" que, a juicio del gobierno, debe imperar en la estructura de precios.

12. Los resultados de la política económica aplicada se traducen en la depresión más severa experimentada por nuestra economía desde 1932. En 1982 el PIB decreció en -0.2%, y en 1983 las previsiones se ubican entre -3% a -5%. Se estima que la producción industrial decrecerá alrededor de 6%, y la manufacturera en -9%. El sector agrícola tendrá un segundo año de reducción en su producción y será necesario realizar importaciones por un valor cercano a los 3 mil millones de dólares. El desempleo abierto superará el 10%; las ramas más afectadas serán las industrias de la construcción, la de automóviles y autopartes, muebles y equipos de oficina. El grado de utilización de las plantas industriales fluctúa entre 75% y 62%. En el comercio se espera una reducción de más del 25% en el valor de las ventas, en tanto que en materia de precios las estimaciones fluctúan entre un 70% de inflación a diciembre, hasta el 100% por segundo año consecutivo. La paridad cambiaria, que hasta ahora ha permanecido relativamente estable, es ubicada, según una encuesta de BANAMEX, en 264 pesos por dólar, cifra quizá sobrevaluada aunque reveladora de la persistencia de fuertes expectativas devaluatorias en lo que resta del año.

En el terreno monetario-financiero, el gobierno exhibe sus cartas de triunfo; en particular destaca la reducción sensible del déficit financiero del sector público federal, gracias a la reducción del gasto más allá de lo planeado. En el sector externo, como resultado de la caída en más del 65% de las importaciones y de un discreto aumento en las exportaciones petroleras, ha sido posible obtener un superávit comercial en el primer trimestre del año de 3,360 millones de dólares, estimándose que de proseguir esta tendencia, se podría lograr a fin de un año un superávit de alrededor de 5 ó 6 millones. La captación bancaria ha continuado aumentando, aunque aún está por debajo de los niveles de 1982. Sin embargo, es visible la continuada tendencia a la liquidez de los pasivos bancarios y la disminución sensible en el otorgamiento de crédito bancario, que en los primeros cuatro meses del año no representó ni un cuarto de lo captado.

13. Los costos más graves de este programa de estabilización que supera las exigencias del FMI, se han presentado en los niveles de ingreso real y de bienestar de la población trabajadora. Tanto los ingresos de los campesinos, como los de los trabajadores asalariados han sufrido un deterioro cuya mag-

nitud y velocidad no tienen precedentes. En particular, el salario real ha experimentado un decremento, considerado ya el aumento de emergencia concedido a partir del 15 de junio, de cerca del 45% (tomando como base octubre de 1976). Es en la disputa salarial en donde se han condensado las acciones populares en contra de la actual política económica. La oleada huelguística de junio afectó a miles de empresas públicas y privadas y a la mayoría de las universidades, y reveló las serias contradicciones que se han generado entre la burocracia sindical y las altas esferas del poder estatal. Sin embargo, el movimiento de junio no pudo alterar la línea gubernamental en el terreno salarial, ni tampoco en materia de precios y de gasto estatal. Ello debe atribuirse a la actitud de la burocracia sindical que manipuló y contuvo la lucha de los trabajadores agrupados en los sindicatos bajo su control; también hay que notar que pese a la amplitud del movimiento de huelgas, no se produjo una sola en los sectores claves de la economía. En estas condiciones, cada huelga debió negociar sus demandas de manera aislada. A la vez el sindicalismo democrático fue golpeado con extrema dureza al negarse el aumento salarial en las universidades y proceder a la liquidación de 2,200 trabajadores de la paraestatal Uramex, agrupados en el SUTIN.

- 14.** El 30 de mayo el gobierno dio a conocer el Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988. En él se reiteran las tesis y objetivos generales dados a conocer desde la campaña electoral de MMH, pero se omite fijar objetivos y tiempos concretos que otorguen sustento a dicho plan. En una coyuntura dominada por la gravedad de la crisis y el agudizamiento de las tensiones sociales, el PND ha pasado sin pena ni gloria la etapa de su presentación. En los hechos, dicho documento carece de cualquier significado para la marcha concreta de los acontecimientos económicos, sociales y políticos de México.

Visto a largo plazo, lo que hoy está en juego es el tipo de salida a la crisis y el tipo de economía que tendremos si se logra la reactivación. La estrategia gubernamental puede caracterizarse como neoliberal por sus consecuencias reales, si bien en el terreno ideológico se recubre con una fraseología intervencionista, que reivindica el papel "rector" del Estado en la economía. La forma en como se ha concluido la negociación con los exbanqueros regresándoles la propiedad de

los paquetes accionarios de las empresas no bancarias; el trato hacia la inversión extranjera directa y la eliminación de barreras administrativas a su entrada; la política de precios; la liquidación o venta de empresas propiedad del Estado, así como el trato hacia la CTM y el Congreso del Trabajo, revelan que la modernidad buscada, el realismo que se pregona, sólo pueden dar como saldo una economía dominada por "las leyes del mercado", donde los "automatismos económicos" dirijan la dinámica económica. Se trata ciertamente de una economía más monopolizada, más desnacionalizada y con una mayor dependencia y subordinación al imperialismo; pero en la concepción estatal, será una economía más moderna, capaz de competir en el mercado internacional, con menos interferencias en su funcionamiento interno. El Estado se reserva el papel de "rector" a distancia, asumiendo que su presencia consiste ante todo en asegurar el libre funcionamiento de las "leyes del mercado". Un capitalismo más moderno, seguramente también más salvaje por sus efectos sociales.

Frente a esta perspectiva, la formulación de una alternativa distinta ligada a un perfil democrático popular y nacional está en ciernes. No es una alternativa cuya paternidad y conducción sea posible atribuir a tal o cual organización o partido. Se trata más bien de la confluencia de múltiples esfuerzos, luchas críticas y formulaciones que, más allá de su grado de elaboración y sus resultados inmediatos van dando contenido y forma a un proyecto popular: la reivindicación de la posibilidad y la necesidad de una salida a la crisis, que se base en la preservación de las libertades democráticas, en su ampliación constante, en la búsqueda de una auténtica soberanía e independencia nacionales y en la protección de los intereses populares.

Hablar de una alternativa socialista ante la actual crisis sería pretencioso; sin embargo, en las circunstancias actuales un proyecto popular, democrático y nacional sólo puede ser sólido y duradero si se vincula directamente a la lucha por el socialismo para nuestro país. Este es un tema que, por sus implicaciones y vastedad, desborda los objetivos de este ensayo. Constituye, sin embargo, el punto nodal de la lucha popular de hoy y es la única posibilidad de desatar los nudos de la actual crisis y enfrentar la perspectiva de un capitalismo salvajemente moderno.——

El Buscón

lectura para todos

La Universidad Autónoma de Sinaloa ofrece una nueva colección integrada con 50 obras de los grandes de la literatura universal. Una selección de José Emilio Pacheco y Carlos Monsivais.

IONATHAN SWIFT
TENNESSEE WILLIAMS
IONATHAN SWIFT
SÓFOCLES
THOMAS MANN
TENNESSEE WILLIAMS

viajes
de
Gulliver

REPRESENTACION DE LA UAS
Avenida siete No. 209
México 13, D.F. (CP 03630)
Tel.: 539-61-81



CX ANIVERSARIO de la U.A.S.
(1873-1983)



Iván García



La Cámara, ¿para qué?



“Es absolutamente inocuo —y de alguna manera infantil— optar simplemente por una de las dos formas en que se organiza el poder nacional, el Ejecutivo o el de las Cámaras. Se trata más bien de modificar la estructura global del poder mismo”...

Desde la constitución del PSUM, la polémica sobre la utilidad o inutilidad de participar en las elecciones encontró una respuesta conocida: el nuevo partido reconocía en la lucha electoral un momento de la lucha revolucionaria y una esfera permanente de acción. Todas las fuerzas afluentes en la fusión compartieron este reconocimiento. Cuatro de ellas —las que se agruparon en la Coalición de Izquierda durante las elecciones de 1979— contaban ya con una práctica parlamentaria. Allí cada organización exhibió su propio pasado: unas, la no participación electoral; otras, la participación en la Cámara nacional y en algunas locales; y otras más, como el PCM, la intervención en cam-

pañas electorales sin registro. La experiencia congregada en la Coalición de Izquierda fue (y es) un punto de referencia inevitable. Por primera vez, la Cámara acogía una oposición clara al gobierno y al sistema, radicalmente distinta a la oposición registrada antes de 1979. Y particularmente a la de la izquierda, que había ocupado un lugar en el Partido Popular primero y, después, en el Partido Popular Socialista. Hoy, a cuatro años de distancia, podemos registrar los rasgos más originales y las limitaciones del bautizo electoral de la oposición de izquierda. La originalidad: la Coalición no sólo mostró la posibilidad de dotar de una fisonomía definida a la izquierda en la Cámara, sino que impulsó planteamientos al-

ternativos en el terreno de la legislación. Propuestas como la escala móvil de salarios, las reformas para garantizar un sistema de representación proporcional, eliminando la autocalificación de las elecciones, la ampliación del periodo ordinario de sesiones y muchas otras, lo atestiguan. Las limitaciones: la mayor parte de las propuestas no se articularon con acciones sociales, salvo en excepciones como la iniciativa de maternidad voluntaria y las movilizaciones que desembocaron en el reconocimiento de los derechos laborales de los trabajadores universitarios. Sin embargo, el paso por la Cámara dejó su huella. Contribuyó a propiciar la unidad de la izquierda (primero en el PSUM y en el PRT, después en otros) y mitigó el recelo sobre la posibilidad de participar autónomamente en las instancias estatales. Y al mismo tiempo, sus limitaciones no fueron más que una reproducción de las limitaciones de la izquierda en el país: falta de experiencia partamental, desvinculación del movimiento social, debilidad frente al poderoso consenso del partido gobernante. Este fue el legado parlamentario que heredó la primera fracción del PSUM. Su trayectoria, sin embargo, se desarrolló en el primer año de sus actividades bajo condiciones visiblemente distintas.

En el primer periodo de sesiones, el grupo parlamentario del PSUM enfrentó un momento particularmente complejo: cambio de gobierno, viraje político de la administración saliente que se materializó en la nacionalización de la banca y nuevo viraje gubernamental contrarrestando las medidas del 1º de septiembre. La Cámara fue uno de los escenarios principales de los cambios. De la euforia al recelo la nacionalización despertó una diferenciada gama de esperanzas y expectativas. El PSUM no fue ajeno a esta diferenciación. Para el Comité Central, la medida creaba “posibilidades para una actividad económica más independiente del estado mexicano y una reorientación del rumbo de la economía nacional”.¹ No faltó quien recordara que “México tiene una historia de nacionalizaciones que han sido utilizadas para fortalecer a la gran burguesía, al Estado y al capitalismo de Estado”, y que, por ello, no había “por qué pensar que el gobierno tenga entre sus planes dar un rumbo popular y nacional a la nacionalización de la banca”.² Y ya en aquel entonces se preveía el inicio de “negociaciones con los banqueros afectados”, cuyo derrotero podía ser “muy desfavorable para los trabajadores.”³ En la Cámara, la diferenciación de los ánimos y de las interpretaciones

tuvo sus particularidades. Por ejemplo, en los momentos en que se iniciaba la reprivatización de la banca, un diputado del PSUM hizo una intervención no discutida previamente por su grupo parlamentario, donde se hacían apreciaciones muy coherentes sobre la política exterior del gobierno, pero se le atribuía un carácter igualmente positivo al conjunto de su política interior. Que la nacionalización provocara diversas respuestas en el PSUM era previsible: en un partido en formación las posiciones no sólo se derivan de acuerdos inmediatos, sino que responden a concepciones pre-existentes sobre la realidad del país. No era imposible, en cambio, la construcción de una posición coherente, que sólo sobreviene después del debate y de la discusión. Y acaso este sea uno de los principales problemas que tiene ante sí el desarrollo del PSUM —y particularmente su grupo parlamentario—, cuyo reconocimiento parece ser ampliamente compartido.⁴

“Convergencias” con el PRI: saltitos en el vacío

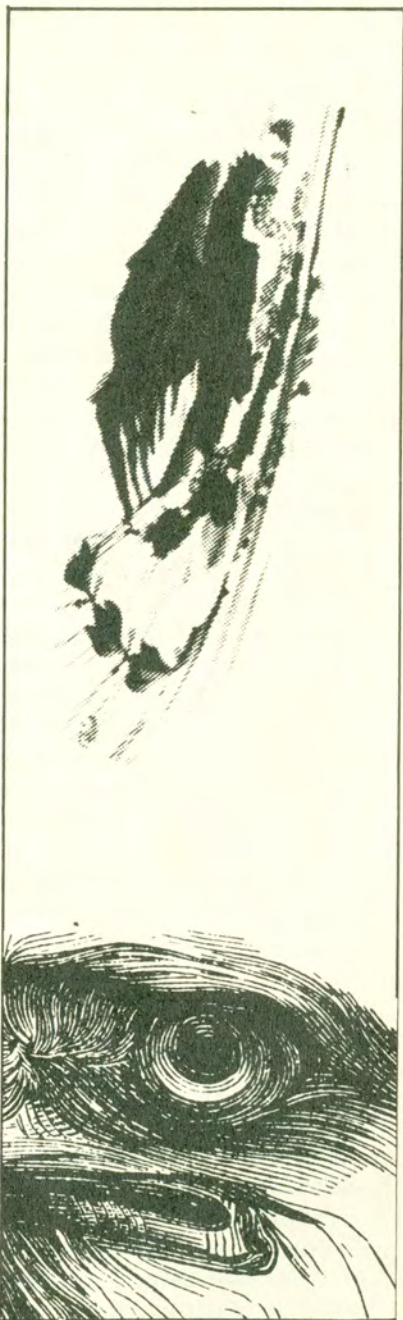
Si bien el espíritu general del grupo parlamentario fue la combatividad y la beligerancia contra el predominio del PRI en la Cámara, hubo momentos de su actuación que no le reportaron precisamente ventajas. Quisiera referirme a dos de

ellos: el debate sobre el llamado “daño moral” y el voto otorgado a favor del jefe de la Contaduría Mayor de Hacienda de la Cámara de Diputados.

Todo comenzó con una propuesta de cambio a la legislación, que buscaba introducir en el código civil un elemento del derecho de los países occidentales más desarrollados. La reforma se ubica en los “derechos de la personalidad”, que es un capítulo inaugurado recientemente en el derecho civil de muchos países. La legislación tiene dos características predominantes. Una son los numerosos riesgos de subjetividad e imprecisión que conlleva, simplemente por el hecho de que el concepto de “personalidad” está lejos de ser unívoco. La otra es el sustrato de esta tendencia reformadora, que establece el resarcimiento del daño moral no sólo a través del desagravio público, sino del desagravio económico. En Estados Unidos y en algunos países de Europa existen numerosos ejemplos de esta legislación, donde la ofensa moral comprobada deriva en una indemnización más o menos cuantiosa. Y aún está por discutirse si en México debemos marchar por el rumbo de esta modernización jurídica, que no hace más que repetir la vieja historia del mimetismo —en el caso del “daño moral” visiblemente tardío— de los modelos occidentales,

que hoy ya no resultan tan innovadores ni modernizadores.

Por su parte, el grupo parlamentario del PSUM no pudo darse el lujo de realizar el debate con el rigor que merecía. El febril ritmo de actividades impuesto por el nuevo gobierno a la Cámara durante el mes de diciembre lo hizo prácticamente imposible. Fue justamente en ese mes cuando el gobierno se propuso —pues el partido mayoritario no legisla ni promueve iniciativas— desbrozar un cauce jurídico a su política coercitiva y conservadora, plena de una dudosa retórica eficientista. En la comisión en que se discutía la “ley del daño moral”, el representante pesumista objetó varios aspectos de la ley e incluso logró introducir una modificación considerable: el gobierno debería también ser responsable de daño moral. La modificación fue sobrevalorada y el diputado del PSUM recibió la autorización para hablar a favor de la iniciativa presentada por el PRI, sin previa discusión del grupo parlamentario del PSUM. Grave error. Aun con los cambios en la formulación de la ley, no era indispensable adherir al PSUM a una modificación legal que no formaba parte de su programa ni beneficiaba a los trabajadores. Y mucho menos lo era subir a la tribuna a defenderla. Tampoco la campaña emprendida por algunos medios de difusión en



contra de lo que torpe y demagógicamente llamaron la “ley mordaza” —que interpretaron como una amenaza al “embute” y al subsidio— apareció como una alternativa. Antes que votar a favor de la ley del “daño moral”, el PSUM tenía la responsabilidad de hacer un esfuerzo por plantear una fórmula completamente alternativa, cuyos elementos se hallaban en una propuesta de la antigua Coalición de Izquierda: promover una legislación que obligue a los medios de difusión a publicar en espacio y despliegue equivalente a la ofensa o calumnia, la réplica del quejoso. Para la mayoría en la Cámara era evidente que esta propuesta trascendía los estrechos límites de la ley propuesta. De ahí la necesidad de una formulación alternativa, cuyo punto de partida no era el derecho de las clases dominantes de las naciones europeas, sino el estudio de la realidad nacional y los planteamientos de las fuerzas revolucionarias. Acaso un debate más cuidadoso sobre el “daño moral” desemboque en una legislación que tome en cuenta las *listas negras* de obreros despedidos por su participación política, la permanente difamación de la mujer trabajadora por parte de patrones y capataces, las ofensas de la policía contra la ciudadanía... en fin, una legislación que también tome en cuenta a la mayoría de los

difamados.

¿Pero cuál fue el origen del error del grupo parlamentario? Sin duda, la falta de discusión previa en el grupo mismo. Un debate democrático hubiera redundado en una actitud más atinada, acaso la abstención. Con un texto alternativo podría haberse votado incluso contra la propuesta gubernamental. En la opinión de varios diputados, el voto fue erróneo. Se votó afirmativamente porque la intervención del representante del PSUM en la tribuna ya se había producido. Se trataba, en realidad, de no dividir la votación de un partido en proceso de unificación.

El caso del voto por el Contralor propuesto por el PRI es más transparente. Ignorando el lapso legal y usual para renovar a este funcionario —aún le faltaban dos años para concluir su periodo—, el nuevo gobierno promovió su renuncia. Un diputado del PSUM subió al estrado —con la autorización respectiva de la mayoría— para defender la postulación priísta. Según su argumentación, el profesionalismo del burocrata propuesto debería contribuir al fortalecimiento de la Contaduría Mayor de Hacienda. Una vez más, el grupo parlamentario no discutió el asunto y el voto afirmativo —de quienes lo otorgaron— fue erróneo. En la medida en que es una institución de la Cámara, el fortalecimiento de la

Contaduría no puede verse más que en su transformación en una instancia verdaderamente autónoma del Ejecutivo. Cabe incluso proponer y promover —como se hizo en el caso de la Secretaría de la Contraloría— que su cabeza sea un consejo pluripartidista, que le garantice una autonomía real. También aquí existía un antecedente en la práctica de la Coalición de Izquierda: en condiciones análogas su voto fue negativo.

¿Pero más allá de los métodos de discusión, qué otros factores influyeron en estos votos? Seguramente cierto empeño precipitado por materializar convergencias con las fuerzas oficiales. Y sobre todo una falta de sensibilidad para apreciar los cambios del terreno de las convergencias. En septiembre, la política gubernamental estuvo sellada por el impulso a la nacionalización de la banca, que en octubre y noviembre se fue desvaneciendo para, finalmente en diciembre, trastocarse en la política conservadora del gobierno de Miguel de la Madrid. De septiembre a diciembre la coincidencia con las medidas gubernamentales de la nacionalización y el control de cambios se transformó en la convergencia contra la política gubernamental. Aquí es interesante señalar algunos de los acercamientos con los diputados del Congreso del Trabajo. Movidos por la amenaza de las medidas

antipopulares del nuevo gobierno al mantenimiento del control sobre las organizaciones sindicales, los diputados “obreros” del PRI iniciaron conversaciones con representantes del PSUM y realizaron acciones de presión directa contra la Secretaría de Gobernación. Todo ello sin hacer explícitos ni públicos sus desacuerdos en las sesiones plenarios de la Cámara.

Ilusiones y desilusiones parlamentarias

Esta breve historia ejemplifica someramente la subordinación y el sometimiento del poder legislativo. Dominado actualmente por una disciplina casi monacal, su atmósfera contrasta con los momentos —breves, pero ejemplares— en el siglo pasado y en los primeros años que siguieron a 1917, donde numerosos diputados expresaban abiertamente sus posiciones, acuerdos y desacuerdos. Desde los años 40, en cambio, los debates parlamentarios se han distinguido por su languidez, superfluidad y obsolescencia. La reforma de los “diputados de partido” promovida por Adolfo López Mateos no hizo más que avivar la pose y agigantar la escenografía; los cambios sustanciales brillaron por su completa ausencia. La degradación del poder legislativo, continuación de la hipertrofia del poder ejecutivo, ha borrado la vida parlamentaria de la vida política.

El resultado ha sido la indiferencia y el escepticismo de los sectores populares hacia la contienda de las Cámaras, pese a la presencia de la izquierda revolucionaria. Ante la sociedad, el Estado se presenta como un solo poder —el Ejecutivo— y dentro de éste como una sola persona, el Presidente: único capaz de decidir real y efectivamente. Sólo de manera accidental la Cámara funciona como una caja de resonancia de la opinión de los partidos. Usualmente es una “cámara amortiguadora” de protestas y propuestas de la oposición política y social que, además, son omitidas, minimizadas o deformadas por los medios masivos de comunicación.

Bajo estas condiciones, el empeño de la democratización del país nos remite inevitablemente a la necesidad de pensar en *desmontar* los mecanismos del monopolio del poder político y de un sistema parlamentario sometido por completo a las necesidades y necedades del poder ejecutivo.

Las atribuciones de este poder y su representante inmediato, el Presidente, son bien conocidas: ejerce un papel determinante en las decisiones económicas (papel confirmado y reforzado por la recién aprobada Ley de Planeación); dispone de los recursos fiscales más cuantiosos, no casualmente olvidados por toda la algarabía descentralizadora; dirige el ejército, cuyos jefes dependen di-

rectamente de él; fiscaliza y censura todos los medios masivos de comunicación; determina la política internacional; impone al gobernante de la región más poblada del país, el Distrito Federal; designa a los miembros del gabinete y se hace rodear de una inmensa nube de “funcionarios de confianza”... y, sobre todo, cuenta con una Cámara que no hace más que legitimar estas atribuciones. En realidad, la lucha por incorporar el poder legislativo a la sociedad y dotarlo de capacidad de decisión propia sólo se halla en sus inicios.

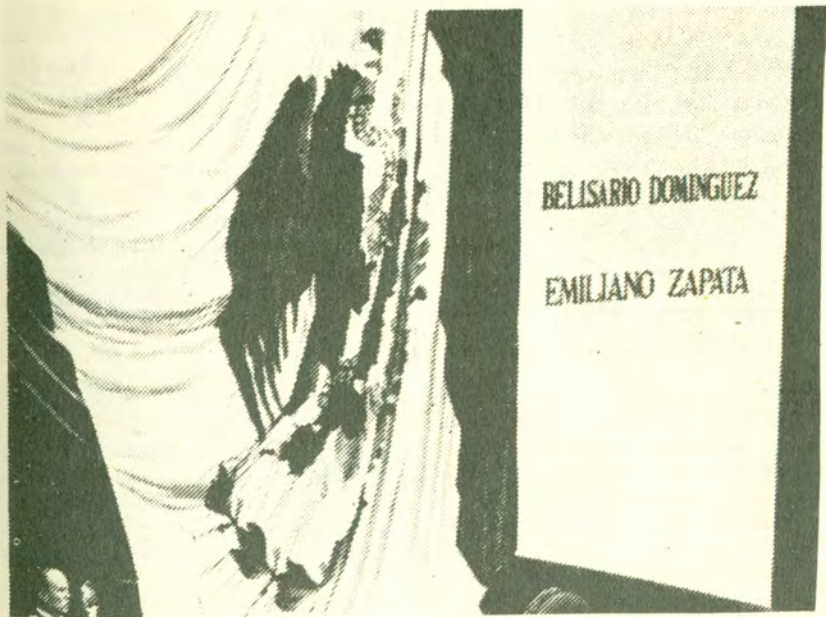
Un planteamiento sustancial para modificar el carácter del poder legislativo comienza inevitablemente por una propuesta de transformación de las relaciones entre los poderes reales del país. No basta con pronunciarse por una “república parlamentaria”, como quieren algunos. Es absolutamente inocuo —y de alguna manera infantil— optar simplemente por una de las dos formas en que se organiza el poder nacional, el Ejecutivo o el de las Cámaras. Se trata más bien de modificar la estructura global del poder mismo. Cuando se habla, por ejemplo, de la necesidad de instaurar una “república parlamentaria”, que termine con el presidencialismo por la simple vía del fortalecimiento de los órganos de representación estatal, se olvida frecuentemente que la debilidad de

estos órganos no sólo se debe a su subordinación al Ejecutivo, sino fundamentalmente a una estructura social del poder que posibilita esta subordinación. Y es precisamente en el marco de la transformación de esta estructura de poder, donde la táctica parlamentaria del PSUM puede representar una contribución al cambio del sistema político dominante. Para ello, en las contiendas parlamentarias, el PSUM debe construir una opción de *desmantelamiento del poder*, diferenciándose nitidamente de las prácticas de las fuerzas gubernamentales y de la extrema derecha.

En los próximos periodos, al grupo parlamentario del PSUM no sólo le aguarda la lucha contra las propuestas legislativas del Presidente inspiradas en la reorganización neoliberal y antidemocrática del aparato estatal, sino la elaboración de un conjunto de alternativas que contribuyan a modificar la estructura y la gestión estatales. De alguna manera, el esfuerzo realizado por el grupo parlamentario durante su primer año de gestión apunta en este sentido. Ello lo atestiguan la crítica a la ley de administración pública, a las reformas del estatuto laboral, a las leyes de planeación y otras. En algunos casos, como en la Ley de Planeación, se elaboraron propuestas alternativas que hoy podrían ser recuperadas por las fuerzas de-

mocráticas para enfrentar la reorganización autoritaria de la gestión estatal. Opuestos a la concepción autoritaria y coercitiva del bloque en el poder, los diputados socialistas bosquejaron formas de administración basadas en la participación no sólo del poder legislativo, sino de los trabajadores de las empresas e instituciones respectivas, así como de los usuarios. Por su parte, el PAN y el PDM abogaron simplemente por una revalidación *per se* del poder legislativo, fundada en una concepción social más conservadora aún que la del PRI mismo. Y el PPS y el PST, fieles escuderos del gobierno, declararon su coincidencia con una política que negaba el estatismo tradicional, que han defendido tan tesonera y puntualmente. A pesar del ritmo atropellado impuesto por el PRI a los debates, el desempeño de la oposición muestra la posibilidad de construir una política alternativa fincada en la elaboración de propuestas convincentes.

Otro asunto, natural y explicable, es que la crítica oficialista no reconozca estos avances. Por ejemplo, Luis Gutiérrez, periodista de "la fuente" legislativa, sostiene en juicio sumario que el grupo parlamentario del PSUM "en general perdió los debates en la Cámara"⁵, en contraposición al grupo parlamentario de la antigua Coalición que, según LG, acostumbraba



“ganarlos”. Como ejemplo cita el debate sobre la Ley de Administración Pública que fue “ganado por el PRI” (LG). ¿En que se fundamenta el curioso juicio de Gutiérrez? En un párrafo aislado de una intervención de Arnaldo Córdova. El cronista no menciona, en cambio, las dos intervenciones del PSUM en contra de la iniciativa priísta. Ni tampoco que la intervención de Arnaldo Córdova mereció una réplica por parte de la diputación priísta. En el curso de aquel largo debate, el PSUM hizo una serie de impugnaciones y propuestas alternativas. Ninguna de ellas fue controvertida por el PRI o por sus aliados de la jornada (PPS,

PST, PDM). Sin embargo, para Gutiérrez el debate lo perdió el PSUM. Nada extraño si los “jueces” que dirimen el resultado de la lucha son “la propia mayoría (el PRI) y los periodistas”. Para LG otra forma de “medir” el desempeño del grupo parlamentario del PSUM es la enumeración de las iniciativas que fueron congeladas. Curiosamente, no las juzga por su contenido o atingencia, sino por el destino que les da el gobierno. Bajo este criterio, el único éxito confirmable es el que autoriza... el propio PRI. Visible filiación la de Gutiérrez, quien, por cierto, no deja de emitir un melodioso elogio al diputado Lugo Gil, jefe de la fracción oficial, a quien hace

merecedor —con motivo del debate sobre la ley del “daño moral”— de “una declaración de apoyo irrestricto a la libertad de prensa...”. Así están las cosas para Luis Gutiérrez.

el Buscón

NOTAS

¹“Por una banca nacionalizada al servicio de los intereses del pueblo trabajador”, Resolución del Cuarto Pleno del Comité Central del PSUM, en *El PSUM ante la nacionalización de la banca*, Ediciones del Comité Central, 1982, México, D.F., p. 104.

²Gilberto Rincón Gallardo: “La nacionalización resultado de la crisis”, en

idem, p. 30.

³*Idem*.

⁴Por ejemplo, en el VI Pleno de su Comité Central este reconocimiento se registra en los siguientes términos: “... se requiere mejorar el funcionamiento del Grupo Parlamentario, fomentar la discusión, los métodos colectivos de trabajo y las relaciones”. Conclusión que, entre otras razones, se funda en el hecho de que: “... la aún precaria experiencia (del) partido en el trabajo parlamentario y el ritmo impuesto por los trabajos de la Cámara, contribuyeron a que en ocasiones no se discutiera, en forma oportuna, el sentido en que se debería emitir el voto. Si bien en esto influyeron las dificultades que todavía existen, la falla debe ser superada”. *Resolución del VI Pleno del Comité Central del PSUM*, 1983, México, D.F.

⁵Luis Gutiérrez: “Desbalance de una Fracción Parlamentaria”, *El Buscón*, N° 3, marzo-abril 1983, PP. 156-162.

**Librería
Justo Sierra**



Libros



antiguos,



agotados,

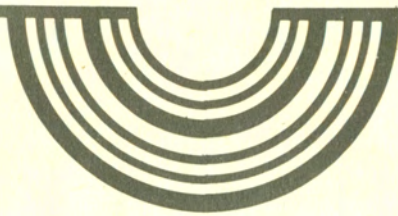


**con historia...
como nuestra librería**

**Antiguo Edificio
Preparatoria Nacional
San Ildefonso 28**







SUTIN

El principio
resistencia

entrevista
con Arturo Whalley y
Antonio Gershenson *

Fernando Navarro



—*La dirección del SUTIN emplaza para el treinta de mayo, suponiendo que en un plazo de horas harán lo mismo universitarios y el Congreso del Trabajo. Ahora bien, ¿no fían demasiado sus fuerzas en lo que hipotéticamente harían los demás, en especial, el Congreso del Trabajo?*

—*Arturo Whalley:* Mira, eso se ha dicho en algunos círculos; pero la realidad es que si de algo se nos quiere acusar a los universitarios y a nosotros, es de querer estar adelante del Congreso del Trabajo. Incluso la argumentación de la oposición en el sindicato era: como el CT y sus organizaciones prorrogaban, teníamos que hacerlo nosotros también.

Por nuestra parte nos esforzamos muy conscientemente en generar el proceso, teniendo en cuenta el momento de insurgencia del magisterio, consideramos a los maestros y a los universitarios por encima de todo. Sin embargo, mi opinión es que en esta ola de huelgas se avanzó mucho en la convergencia con otros sindicatos y con la CTM en diferentes partes del país.

—*Antonio Gershenson:* yo no creo que se pueda manejar esto de un “cheque en blanco” hacia el Congreso del Trabajo; en todo caso, fuimos excesivamente audaces al querer situarnos adelante.

—*Es decir, no midieron bien las fuerzas...*

—*Antonio Gershenson:* Yo creo que ésa sí podría ser una

apreciación más atinada, pero todavía tengo mis reservas por varias razones...

—¿...?

—*Antonio Gershenson*: Porque creo que el movimiento avanzó en este tiempo mucho más que si se hubiera resuelto. Probablemente si actuamos con el Congreso del Trabajo, después de una serie de prórrogas hubiéramos conseguido un aumento salarial. No hay que olvidar que el castigo es político y precisamente se nos quiere castigar, igual que a los universitarios, porque hubo un acuerdo político en la medida de estallar la huelga; contribuimos a generar un proceso que estaba maduro entre los trabajadores. Esto tiene sus antecedentes, como el primero de mayo, que significó, primero, un avance y, segundo, la expresión de una conciencia diferente en los trabajadores.

—*Hablan de ciertos círculos; pues bien, según esos círculos, desde el principio, la huelga se mueve en torno a un aumento del cincuenta por ciento. Y sólo a partir del 9 de julio, en que se autoriza un aumento del 15.6 por ciento, y no desde el principio, la huelga comienza a transitar hacia la arena política.*

—*Arturo Whalley*: Creo que la huelga siempre tuvo connotaciones de carácter económico; pero esa reivindicación, en el marco de la política del gobierno, tenía un contenido político. Acordamos una cláusula por la que automáticamente se elevaba nuestro salario en el mismo porcentaje en que se incrementara el salario mínimo, pero precisamente nuestro planteamiento, al interior, fue dar la lucha para que el salario mínimo aumentara por encima del 12.5 por ciento establecido. Cuando nosotros luchamos por esta cláusula en la revisión de marzo señalamos que tendía a generalizar la lucha de los trabajadores por el salario; ya no estábamos peleando por un salario para nosotros, sino por el aumento del salario mínimo. Y esto quedó perfectamente claro para los compañeros.

Insisto, si los triunfos o fracasos se midieran en términos del aumento salarial, podríamos haber actuado y negociado de otra manera, pero nuestra actitud respondió a las expectativas del momento político que se vivía y aún con la derrota económica que ha significado, ha contribuido a un avance importante en la unidad y la movilización de la clase obrera.

—*No parece que para todos el planteamiento estuviera tan claro. En la votación para el estallamiento de la huelga, mil trescientos votaron a favor, casi mil en contra y mil doscientos se abstuvieron. Frente a esta falta de homogeneidad, se les acusa*

también de que no hubo tiempo, apenas quince días, para preparar la huelga.

—*Arturo Whalley:* Es un elemento que manejan muchos. Nosotros hemos visto como en todos los procesos de huelga, y sobre todo cuando se prolonga hay un desgaste natural en las organizaciones, como en el caso de los universitarios, que a las dos semanas tenían problemas para mantener a la gente. Ahora bien, fijémonos en nuestro caso y valga el ejemplo de Torreón, donde los ciento sesenta y tres compañeros que hay allí estaban muy preocupados porque cinco, repito, cinco compañeros ya no asisten a las tareas. En la sección uno ha habido asambleas todos los días, salvo tres o cuatro domingos, y sólo hemos tenido, en este tiempo, una asamblea sin quórum, —la mitad más uno de los trabajadores— aparte de los que están en piquetes de guardia, brigadas, tareas... Los compañeros de Chihuahua, a pesar de las enormes condiciones de desgaste de cincuenta y tantos días sin salario mantienen gran actividad en todo el Estado y, a pesar de estar solos, han logrado comités de apoyo en Ciudad Juárez, Delicias, Parral, en la sierra, etc. Todo esto mantenido por la solidaridad y, sobre todo, por la participación de los trabajadores.

¿Qué quiero decir? Sencillamente que la presencia no se logra con la desmovilización. Y si a eso le llaman burocracia, pues que se queden con sus ideas de lo que es el camino de las bases.

—*Antonio Gershenson:* Los compañeros de la oposición en el sindicato manejaron ese argumento de que no había condiciones internas para el establecimiento y lo usaron para aterrorizar a los trabajadores. Pero hoy, después de 53 días sin salario, cuando planteamos la ratificación del rechazo a la liquidación de 3 mil 300 trabajadores en huelga, únicamente tres, en todas las secciones, votaron por aceptar la liquidación.

Creo, sin embargo, que la situación en el sindicato es desigual y es precisamente donde estos sectores de oposición han logrado la dirección, porque su política de excesiva verborrea tiene poca presencia entre las bases.

—*Arturo Whalley:* Hay otro punto. El SUTERM, otra vez, ofrece 80 mil pesos y trabajo en la C.F.E. al que deserte. Hasta la fecha sólo dos compañeros lo han aceptado.

—*¿A tu juicio, eso explica que en la sección Centro Nuclear no estallara la huelga? Quiero decir, que si ésta es la única explicación.*

—*Arturo Whalley:* La verdad es que aquí se da un fenómeno de compromiso con la dirección del ININ. Los argumentos

manejados por el secretario general de la sección Centro Nuclear durante la asamblea en la que se iba a decidir la huelga, fue leer toda la argumentación de la patronal, incluso señalando un camino que posteriormente iba a ser utilizado por el gobierno, como era el peligro de que declararan inexistentes las huelgas. Después, a la del ININ la declararon inexistente porque no estalló en el Centro Nuclear.

Hay que señalar también que, si bien la situación de las secciones del ININ en el Valle de México está muy deteriorada, participan alrededor de doscientos trabajadores, a los que descontaron seis días, porque sí se salieron del Centro Nuclear durante el tiempo que duró la huelga. El grupo que sigue al secretario general en la última asamblea convocada y promovida por ellos mismos, tuvo una asistencia de 326 compañeros, lo cual significa que un total de 526 están dentro de la vida sindical y alrededor de 600 trabajadores están fuera. Los de afuera no están en huelga y sí tienen salarios; no se han desgastado. Ese es, en síntesis, el resultado de una política de hablar de la revolución y de la lucha, pero de no hacer nada por construir un movimiento unitario, masivo, de los miembros del sindicato.

—*Razón ésta por la que se suplanta la representatividad de las secciones y se las desconoce, se les retira cuotas sindicales, se les sanciona...*

—*Arturo Whalley:* En el sindicato las sanciones las votan los trabajadores y el comité ejecutivo o la comisión de vigilancia no tienen facultades para sancionar a nadie. Efectivamente hubo un dictamen de responsabilidad hacia el comité ejecutivo de la sección Centro Nuclear por esquirolaje y atentado contra la unidad del sindicato y fue votado por los trabajadores en una proporción de doce a uno, a falta de una sección. Eso existe en todos los sindicatos y a los traidores, normalmente, se les expulsa. Respecto a las cuotas sindicales la empresa las ha retenido para debilitar no al Centro Nuclear, sino los recursos económicos de la huelga.

—*Señalaron anteriormente el tema del triunfo político. ¿Podrían profundizar? Hablar de esa manera en las circunstancias actuales, cuando menos, parece de un optimismo desmedido.*

—*Arturo Whalley:* Hablaba yo, estrictamente, de la lucha por el salario y preguntaría: ¿A qué se debe la actitud del gobierno, cuando podría haber solucionado las huelgas de universitarios y la nuestra con la actitud de flexibilidad que tuvo con los otros sindicatos? Y adopta esta actitud de castigo porque este proceso

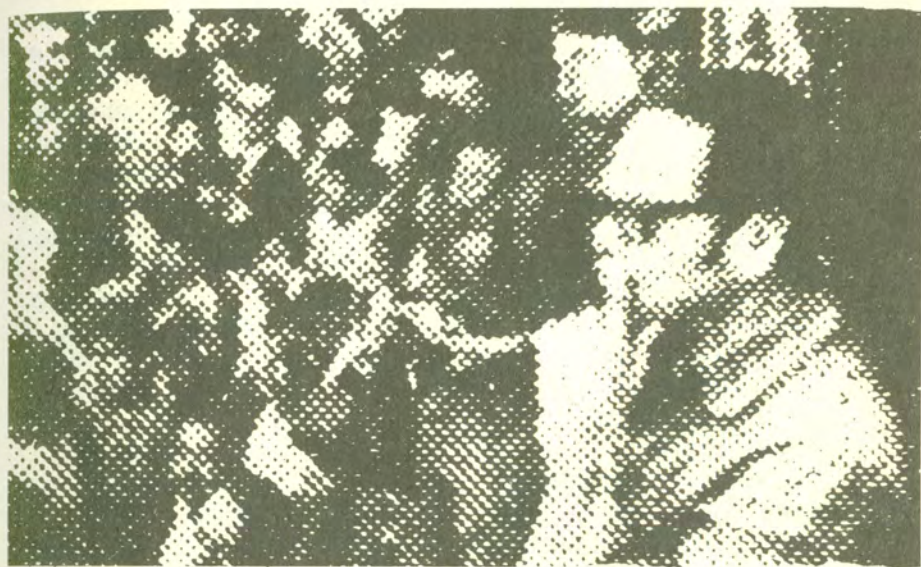


de huelga, de movilización, de efervescencia de lucha obrera ha significado un enorme desgaste para él, a unos meses de iniciada su gestión.

Por otra parte, lo que se ha avanzado en la unidad entre las organizaciones sindicales no se hubiera podido hacer en mucho tiempo. Se rompieron todos los esquemas FNDSCAC, COSINA, Pacto, y quedó claro que sólo a partir de las organizaciones sindicales, donde efectivamente hay participación de los trabajadores, es como se puede ir construyendo una alternativa hacia el movimiento obrero y el conjunto del país. Ese es un avance que nos ha costado internamente y significa un enorme desgaste, para el SUTIN y los universitarios, pero también muchas veces es el costo que hay que pagar.

—Hasta qué punto este castigo está imbricado en las disputas entre los sindicatos tradicionales, en especial Fidel Velázquez, con el actual equipo gobernante y hasta qué punto no se van abriendo ciertos espacios democratizadores en estas organizaciones.

—Arturo Whalley: Pensaría ya en la siguiente fase de la lucha que resume, en mayor o menor medida, esta etapa. Desde el planteamiento del aumento general de salarios se observa una divergencia profunda en el Congreso del Trabajo y a pesar de que éste vota el emplazamiento por unanimidad, únicamente lo



hacemos seis organizaciones, de las 34 que componen el CT. Una de ellas es la CTM, que es una buena parte del sindicalismo; los otros son ferrocarrileros, telefonistas, tranviarios, pilotos aviadores y SUTIN. Los demás no llevan a cabo sus emplazamientos y todo el mundo se enconchó a ver que pasaba e irse con la marea.

Ahora bien, es cierto que se está dando una lucha por el poder que tiene mucho que ver con las cúpulas y con las nuevas formas de relación del Estado con la dirigencia, pero no creo que a este grupo gobernante le interese sustituir a Fidel para tener un solo interlocutor, sino tener muchos, dispersos, y poder jugar más fácilmente con esta situación. En ese sentido pienso que Fidel Velázquez es mucho más sensible que el resto de dirigentes a las necesidades y la presión de la base obrera. Y eso abre posibilidades. Por ejemplo, en Sonora, se consolidó una alianza con sindicatos de la CTM muy importante, que ha llevado a acciones tales como que el Congreso del Estado se pronuncie contra el cierre de URAMEX y la liquidación de los trabajadores.

—¿Una vez más la disyuntiva: sindicatos independientes o democratización de los oficiales?

—Arturo Whalley: Yo nunca he manejado el término de sindicalismo independiente, me parece que no es real. Lo que

existe es la insurgencia obrera, porque al mismo tiempo que se conforman nuevos contingentes sindicales, también el proceso en las centrales cobra fuerza y no es un problema lineal de ir ganando sindicato por sindicato o sección por sección, sino un proceso mucho más complejo que tiene que ver con el avance y la democratización de los sindicatos y, al mismo tiempo, con esa presión obrera que se mostró más claramente el primero de mayo pasado y que hace que se cree la necesidad de que la dirigencia oficial tenga que abrir espacios y jugar de otra manera.

Yo no creo que sea necesario entrar al Congreso el Trabajo y si lo hicimos fue con una visión especial. Habíamos estado en la CTM, en la FSTSE y encontramos las formas no sólo de actuar, sino de influir en estos organismos y conocíamos las condiciones y los riesgos que esto representa y lo hicimos muy conscientemente con la pretensión de contribuir a la unidad rompiendo los moldes. Por ejemplo, en el Pacto de Unidad Sindical y de Solidaridad hay sindicatos nacionales, otros que son de la CTM, otros del CT, sindicatos que se plantean que la lucha es por no entrar nunca en el CT, en fin, toda una gama, pero existe un programa común que va más allá de estos problemas. En mi opinión, esta línea, estos análisis han sido correctos y son la base de nuestra actuación ahora que se descarga con violencia inusitada la represión contra el SUTIN. Hoy mismo, el CT ratificó su apoyo al sindicato y, claro, no vamos a pensar que van a hacer una huelga general, pero van a jugar un papel, incluso hacia el aparato gubernamental, muy importante.

—*¿Qué tan importante?*

—*Antonio Gershenson:* Yo creo que esta medida afecta mucho al sindicato, incluyendo al CT, porque les preocupa mucho que pueda sentarse un precedente y que las huelgas puedan resolverse despidiendo a los trabajadores o que la junta pueda manejar criterios como los que han manejado con nosotros. En ese sentido yo pienso que su actuación, de cara a abrir negociaciones con el gobierno para una solución diferente a este problema, va a ser definitiva, sin que descartemos ni la movilización ni los demás frentes de lucha.

—*¿No están encubriendo con esta confianza en el CT una última posibilidad para los nucleares?*

—*Arturo Whalley:* Yo insisto en que no se trata de confianza, incluso ahora que por cuarta vez nos dan por muertos, sino de un problema que afecta al movimiento obrero y de que se puede construir la solidaridad a partir de lo común. Y aquí hay

cuestiones en común con el resto de organizaciones. Se trata de un atentado no sólo contra el SUTIN en particular, sino contra el derecho de huelga y eso lo entienden. Se podrá decir lo que se quiera de ellos, menos que no entienden cuáles son los términos reales de los conflictos. Nosotros no le pedimos a los científicos, por ejemplo, que se pronuncien por el derecho de huelga, pero sí que alerten sobre las implicaciones que tiene para la soberanía nacional la desnacionalización de la industria nuclear y eso lo hacen excelentemente bien y muy convencidos. Tampoco le pedimos al CT que el pronunciamiento sea con la industria nuclear, sino con el derecho de huelga y así, manteniendo como centro el sindicato, hemos podido ir tejiendo una serie de pronunciamientos públicos, una movilización en torno al SUTIN, al derecho de huelga y a la soberanía nacional.

—*Sin embargo, la actitud de Escofet parece ser la de terminar con el sindicato, más que la de cerrar la empresa.*

—*Arturo Whalley:* Yo creo que ambos, si pudieran lograr la liquidación de los trabajadores de URAMEX. Hablaba anteriormente de las condiciones existentes entre los trabajadores del ININ, de la desmovilización, y que después sería muy fácil para las autoridades desbaratar el contrato colectivo. Ahora bien, rota la primera línea de resistencia que es el sindicato, los mismos que impulsaron el proyecto original de ley nuclear tendrían el camino abierto para las reformas a la ley. Ya Escofet lo apuntaba en la Cámara y decía, con todas sus letras, que el Estado debería reservarse el control, pero no la explotación misma del uranio ni de la energía nuclear. Entonces, si se rompe esta primera línea, quedarían con las manos libres para abrir todas las posibilidades a la privatización que, aunque en este momento no representaría mucho para el país, si consolidaría una estrategia privatizadora de la que ha hecho enorme gala este equipo gobernante.

—*Lo paradójico de la cuestión radica en el hecho de que sea en este momento en que se habla de rescisiones de contratos, cuando los costos, desde 1979, se han disparado. Hoy cuesta más caro producir electricidad por medios nucleares que por medios convencionales. Además está el auge del movimiento ecologista, en fin, cuando se empieza a pensar seriamente que la industria nuclear carece de sentido.*

—*Antonio Gershenson:* Yo creo que hay varios problemas. La generación nucleotéctrica requiere de una gran inversión inicial, aunque después los costos se reducen muchísimo, y por eso, en esta situación de recesión económica, en casi todo el mundo ha

habido una baja considerable en lo que se refiere a las inversiones en la industria nuclear. Pero no pienso en que esto signifique que se acabó, sino que es parte del proceso económico y habría que analizar las condiciones de cada país para discernir el camino más conveniente. En el caso de México, teóricamente es más barata la producción a partir de hidroeléctricas. Sin embargo, las plantas mexicanas tienen muchos problemas por lo variable del ciclo de lluvias y no todas las plantas son más baratas que algunas plantas petroleras, por ejemplo. Teóricamente sí podríamos decir qué es más barato.

En el caso de la generación nucleoelectrónica, este grupo de Escofet, Hiriart y otros, fue el que promovió un programa muy ambicioso para el año dos mil, de 20 mil megawatts, y fue el sindicato el que planteó que la propuesta era una exageración y que no se podía hablar de un programa de esa magnitud porque significaba una dependencia tremenda para el país. Nosotros planteamos que se estableciera una estrategia que contemplara los aspectos políticos, económicos y de recursos para decidir el programa nucleoelectrónico y no aventurarse, como hicieron ellos.

Nosotros afirmamos que el uso de la energía nuclear tiene una serie de problemas que condicionan su aplicación de cara a las ventajas que el país puede tener y por eso planteamos la posibilidad de un desarrollo nacionalista integrado de la industria. Es decir, la industria no sólo puede tener beneficios en términos de generar kilowatts o ser más baratos que el petróleo, el gas, etc., etc., o impulsar mucho más la geotermia, que también lo hemos señalado.

—*Arturo Whalley*: Yo creo que se trata de establecer las condiciones de su utilización, porque, como ha señalado Antonio, no se trata de ver cuanto cuesta el kilowatt-hora generado, sino las posibilidades de un desarrollo integrado de la industria y sus repercusiones en las clases productivas del país. Y esto no es un invento. La India, por ejemplo, es uno de los países del llamado Tercer Mundo con mayor desarrollo nuclear donde, a partir de ese desarrollo, se ha podido ir generando una alternativa propia en diferentes campos de la industria, como es el caso de la electrónica industrial, en el que son autosuficientes y se realizó a partir del sistema de control de reactores nucleares. También todo ese asunto de la investigación del espacio y el lanzamiento del primer satélite, que se hizo a partir de grupos que se desarrollaron con la industria nuclear; el desarrollo, importantísimo, de la industria metalmeccánica, que se generó a

partir de manejar una industria nuclear integrada. Bueno, ellos llegaron hasta la bomba atómica.

—*Hay que tener en cuenta también los riesgos. Y el caso de Pátzcuaro aún está en la memoria.*

—*Arturo Whalley:* Todas las actividades tienen riesgos y en la medida en que estén en manos de la nación y no de intereses privados se puede compensar el riesgo con una actitud seria en materia de seguridad nuclear. Lo de Pátzcuaro fue otra cosa, porque nunca hubo posibilidad de una discusión seria acerca de los riesgos que implica la energía nuclear. Los argumentos que se manejaron fueron *videocassetts* con escenas de la bomba atómica y con gritos en purépecha intercalados, diciendo: “*esto es lo que nos quieren poner aquí*”.

—*Antonio Gershenson:* Además, hay un reactor como el que se pretendía poner allí en la Ciudad Universitaria, que ciertamente no funciona mucho, pero nadie le hace caso y está en medio de una población de 300 mil personas.

—*Volviendo al tema, ¿cuáles son las perspectivas para los nucleares?*

—*Arturo Whalley:* Pensamos que a estas alturas no es posible un golpe como el que pretendían. Más aún estamos convencidos de que el sindicato va a salir reforzado, en la medida en que esto con toda su crudeza, o tal vez por su crudeza, es lo que determina la actitud real de los trabajadores respecto a su organización.

—*¿No es una exageración hablar de la consolidación del sindicato?*

—*Arturo Whalley:* Yo creo que no. Se trata de entender que estos golpes, pensados normalmente para terminar con una organización sindical, en la medida en que los trabajadores entienden su porqué, tienen un carácter formativo enorme, a pesar del gran desgaste que significan, porque, para nosotros, volver a hablar de huelga va a resultar difícilísimo.

—*Señalaban también que se trataba de reorientar la política económica actual. Pero tampoco en este renglón hay triunfo.*

—*Antonio Gershenson:* Tampoco. Si medimos con parámetros inmediatos como el 15.6% de aumento de salario, la inversión extranjera, el aumento de los precios de los productos de consumo popular, entonces estamos derrotados. Pero esto de URAMEX, ligado por ejemplo a VAM y Renault, sí ha puesto en estado de alerta a muchos sectores de la política mexicana acerca de la privatización y ha sido, y es, una primera línea de resistencia contra esa política privatizadora. Hay que medir,

además, el desgaste gubernamental. Ayer los trabajadores de Pesca pararon; y no fue una lucha "conspirativa". Recibieron el aumento decretado para la burocracia, y el aumento a la burocracia no estaba previsto en los planes iniciales del gobierno, sino que es resultado de la movilización en la Secretaría de Relaciones Exteriores y Hacienda, ligada a las huelgas nuestras, a las movilizaciones que se acababan de dar y a la actitud que tuvieron que tomar los charros del SNTE en términos de la lucha por el salario. Todo eso es lo que va modificando y elevando el costo político de mantener una política económica antipopular.

—*Un desgaste previsible e imagino que previsto por el mismo gobierno, desde el momento mismo de los acuerdos con el Fondo Monetario, pero un desgaste que se va limando de otras maneras, por ejemplo, el juicio a Díaz Serrano.*

—*Arturo Whalley:* Sí, pero esos apoyos no son a la política económica y hay que ver las cosas en perspectiva. Por ejemplo, con todas las diferencias que existen con el período 77-78, en que también existía un convenio con el FMI y se cerraron bastantes empresas estatales, ya a lo largo del último año, tras la derrota de la iniciativa original de ley nuclear, no hubo más privatizaciones. No digo que las cosas sean iguales, porque estamos en un tiempo mucho más breve.

—*Antonio Gershenson:* Lo de Díaz Serrano no son únicamente sus transas o no transas, sino todos los hechos de privatización que concurren en el caso. Hay empresas privadas perforando pozos, a pesar de que está prohibido por la Constitución, y existe un montón de intereses metidos ahí, Permargo y todo lo que se ha venido denunciando. ¿Por qué?, pues porque la línea de resistencia no existe. Entonces, pueden dejar a URAMEX formalmente como una agencia de contratación y que trabaja por contratos de exploración de uranio, como funcionaba hace diez años.

—*No obstante, la situación puede revertir en su contra, toda vez que acaban de afirmar que incluso las posibilidades de hablar de huelga van a ser muy difíciles.*

—*Antonio Gershenson:* Pero si resistimos y revertimos el golpe, también va a ser para ellos. Es decir, va a pasar un buen tiempo antes de que nos puedan tirar otro golpe fuerte, como sucedió después de la ley nuclear, en que el resto del sexenio no se metieron con nosotros.

— *Arturo Whalley:* Se hablaba de huelga en términos reales, de hacerla. Pero también por el otro lado se lo van a pensar mucho antes de volver, otra vez, a las agresiones.

—*Siguen haciendo gala ustedes de un optimismo sorprendente.*

—*Antonio Gershenson:* Es que aquí ocurre una cosa paradójica. Nuestra lucha no es en contra del Estado, sino en su defensa. La lucha contra el Estado es la de ellos, que son quienes quieren quitarle al Estado sus propiedades. Todo se da en una situación contradictoria y por supuesto que el gobierno tiene mucha fuerza, pero dentro del Estado hay toda una serie de sectores que no comparten esa actitud.

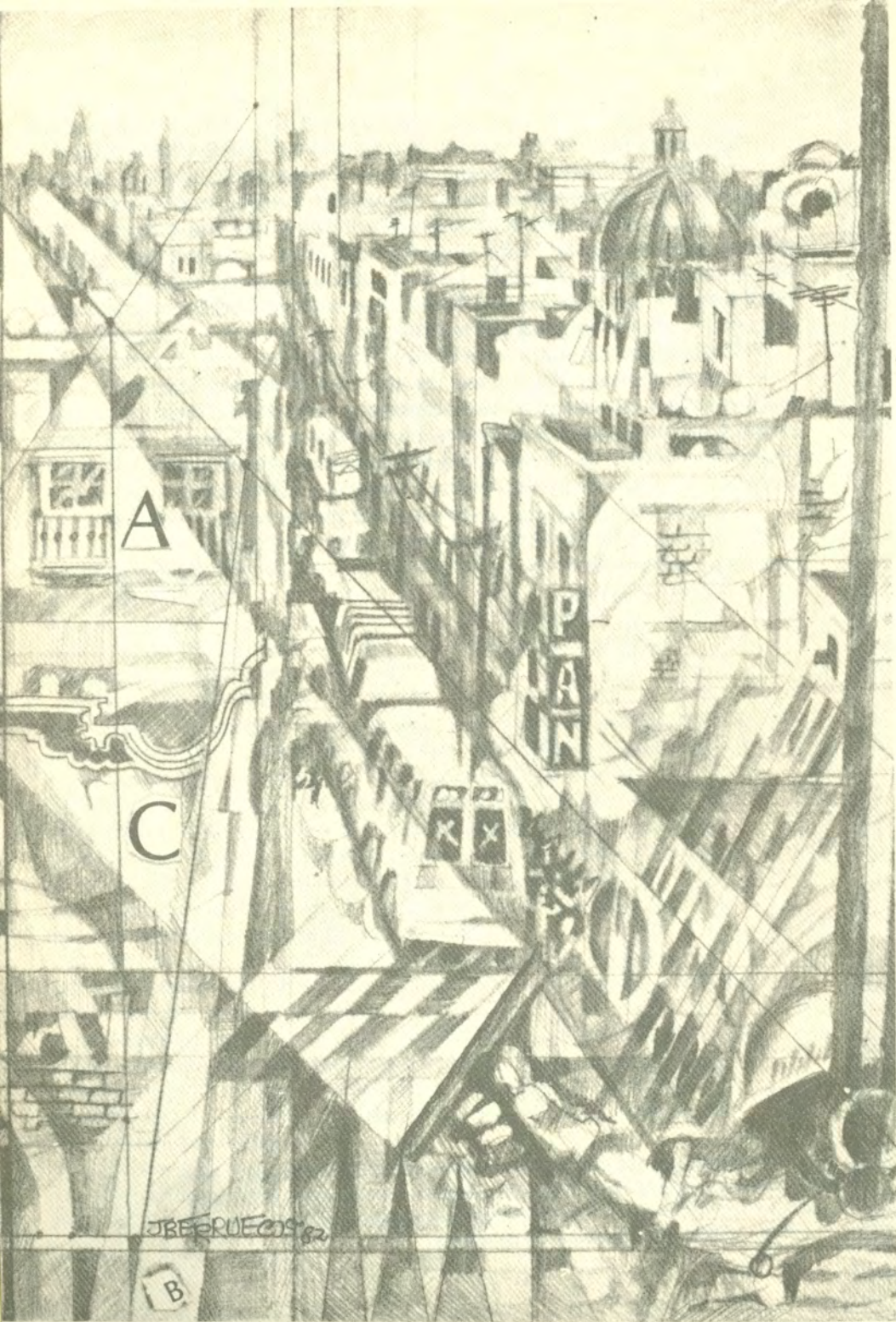
—*Sectores que no son mayoritarios.*

—*Arturo Whalley:* No sectores en términos de gentes, sino que existe todo un esquema que es lo que le ha dado estabilidad al grupo gobernante, que le da bases materiales a través de la empresa pública y que le da bases políticas a través del manejo demagógico o no, de las empresas públicas.

—*Antonio Gershenson:* ¿Acaso no es el Congreso del Trabajo el sector obrero del PRI? Y sin embargo, qué posición está tomando, por poner un ejemplo. _____

El Buscón

* Esta entrevista fue realizada con anterioridad a la decisión oficial de cerrar la empresa Uranio Mexicano (URAMEX) y liquidar a los trabajadores. Consultados a continuación los entrevistados acerca de la actualidad de sus declaraciones, ratificaron el contenido de las mismas.

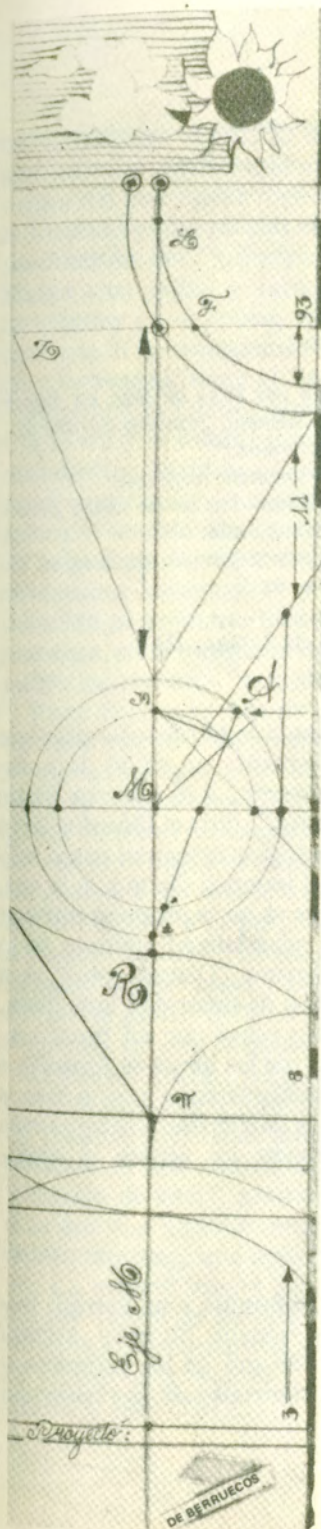


A

C

J. BRUEGGS 62

B



Cuando el progreso nos alcance

Hacia una crítica de la ecología política

(Primera Parte)

Ilán Semo



Juan Manuel
Sandoval

49

*Una voz llega de Seir, en Edom:
"Centinela, ¿cuánto durará la
noche aún?"*

El centinela responde:

*"La mañana ha de venir, pero
es noche aún.*

*Si quieres preguntar, vuelve
otra vez."*

(Profecía de Isaías, II)

Entre las interrogantes que ha formulado la filosofía del siglo XX, hay una que revela ejemplarmente un signo de nuestros tiempos. La formuló Wittgenstein, a la manera de un *Testamento* - un "legado de cuestionamientos", diría el filósofo: ¿será posible superar algún día el principio tecnológico-industrial como único principio de residencia del hombre en el mundo? Duda y, a la vez, presentimiento: al parecer una pregunta que ya no se propone entrever el futuro, sino cuestionarlo; no busca la materialidad andante de lo otro posible, sino que le basta detectar su brizna. ¿O acaso este "¿será posible algún día?" no revela una sensación de oscuridad inmediata, palpable? Seguramente, Wittgenstein jamás pensó que sus preocupaciones pasarían, en el lapso de dos décadas, de los libros de filosofía a la plaza pública, la asamblea, el mitin y el parlamento; y mucho menos imaginó que serían el *leitmotiv* de uno de los movimientos sociales más sorprendentes de la sociedad contemporánea: los verdes, el ecologismo.

El fetichismo de la razón técnica

Comencemos por el "principio". Correspondió a un literato milenarista, León Tolstói, cuya "sangre era —según Borges— alguna trasmutación de la tierra y del olmo", ser uno de los primeros y más fieles intérpretes de los dilemas existenciales de la residencia

del hombre en el mundo moderno. Las tribulaciones de Iván Ilich son tan sólo un ejemplo de ello. Y no es una mera casualidad. En medio del festín del Progreso del siglo XIX, sólo el rostro trágico de la realidad podía revelar el nuevo desgarramiento producido por el predominio del “principio tecnológico-industrial” sobre la vida. Había que verlo y reconocerlo. Las cabezas más lúcidamente arraigadas en la época, socialistas e incluso liberales, se hallaban demasiado (y comprensiblemente) atareadas valorando la civilización industrial frente al *Antiguo Régimen* para poder hacerlo. Además estaba la lucidez que brinda la fatalidad: para un hombre de “la tierra y el olmo” que padecía la destrucción implacable de su mundo, los misteriosos poderes del espíritu industrial no parecían representar misterio alguno. Acaso gracias a ello también pudo descubrir el sentido de su propia muerte y el completo sin sentido de la de Iván Ilich, la estela de la extinción de los suyos —la comunidad campesina milenaria— y la emergencia de los que nunca más dejarían de asediarla hasta devastarla por completo. Y aquí, precisamente, en la búsqueda del “sentido de la muerte”, el escritor descubre los posibles “sentidos de la vida” en el mundo moderno.

Para Tolstoi la vida de un habitante del Progreso, “civilizada”, estriada por la *infinita* posibilidad de saber y conocer, no exhibe terminación alguna posible. Lo desconocido y la posibilidad de descifrarlo se han convertido en un abismo cuya profundidad se agiganta mientras más caemos en él; y más aún: nunca se deja de caer, no existe ni siquiera la posibilidad de tocar el fondo. Siempre hay un paso que dar más allá de lo existente; nada ni nadie puede ostentar el derecho a la perpetuidad y menos aspirar a las cimas de lo acabado finito. “Abraham o cualquier campesino de los viejos tiempos moría ‘viejo y saciado de vivir’, porque estaba dentro del círculo orgánico de la vida; porque, de acuerdo con su sentido inmanente, su vida le había ya dado al término de sus días cuanto la vida podía ofrecer; porque no quedaba ante él ningún enigma que quisiera descifrar y podía así sentirse ‘satisfecho’. Por el contrario, un hombre civilizado, inmerso en un mundo que se enriquece constantemente con nuevos saberes, ideas y problemas, puede sentirse ‘cansado de vivir’, pero no ‘saciado’. Nunca habrá podido captar más que una porción mínima de lo que la vida del espíritu alumbraba continuamente, que será además algo provisional, jamás definitivo. La muerte resulta así para él un hecho sin sentido. Y como la muerte carece de sentido no lo tiene tampoco la cultura en cuanto tal, que es justamente la que con su insensata ‘progresividad’ priva de sentido a la muerte”. (Max Weber, *El Político y el Científico*, Madrid. 1967/201).

Insensata progresividad: nuestra cultura añora en la de Abraham, Pedro Páramo o cualquier campesino de Bruegel no tanto la pobreza de sus medios de vida, sino la abundancia de sus fines. No extraña un mundo donde el hombre resulta brutalmente domesticado por la naturaleza, sino el apacible horizonte que lo separa de la naturaleza. Resiente, sobre todo, la ausencia del sentido de la transparencia: ahí donde el deseo y la necesidad, lo mágico y lo factual, la conciencia y el ser-conciente aparecen franqueados por una fina pero tangible línea divisoria. Max Weber ha hecho una pregunta que condensa sencillamente el sentimiento de este desarraigo: “¿Significa quizá que hoy cada uno de nosotros tiene un conocimiento de sus propias condiciones de vida más claro que el que tenían de las suyas un indio americano o un hugonote?”. Su respuesta es descorazonadora: “Difícilmente será esto posible”. También inspirada en esta añoranza encontramos la propuesta de Marx, que vislumbra un mundo donde los hombres son amos y señores de los objetos que producen y las relaciones que establecen y no, a la inversa, como en el que padecemos.

Respuestas y propuestas paradójicas. La imagen de nuestro mundo cotidiano no es el *Jardín de Epicuro* ni la superflua lucidez del *Matemático* de Rivera, sino el misterio y la extrañeza. No la luz de la caverna de Platón, sino el rostro aterrador del Sabio de Hieronymus Bosch, cuyos ojos blancos, desoladamente blancos, parecen haberse invertido para siempre. Vivimos rodeados de misterios; misterios producidos, confeccionados y edificados por nosotros y a pesar de nosotros mismos; productos de nuestra razón instrumental, tecnológica. Inmersos en un mundo de “cosas” que usamos sin conocer y necesitamos sin desear.

Cosas: el refrigerador, el teléfono, la televisión, el automóvil... ¿Quién sabe cómo funciona alguna de estas creaciones? Excepto un ingeniero o un físico, difícilmente. El físico, a su vez, desconoce la composición del vino que lo alegra de noche en cuando. Y al químico no le preocupa el “misterio” del valor de la mercancía. Pero todos “manejan” un coche, “manipulan” la televisión, “controlan” su gasto... “Manipular”, “controlar”, “manejar” cosas indescifrables, misteriosas, producidas no por la naturaleza sino por la mano del hombre — tal es el imperativo de la existencia cotidiana. Un imperativo irreversible, sin retorno. A su luz —¿o a su sombra?— la respuesta de Weber parece convincente. Hoy la conciencia —¡nuestra conciencia!— del mundo que nos rodea es mucho más frágil, endeble y reducida que la que tenían un indio americano o un hugonote de sus mundos. El azadón, la yunta y el trueque no (le) representaban misterio alguno; conocía (era con-

ciente de) lo que él mismo había producido. Y los misterios de la vida, cuando aparecían, eran transferidos al orden de la magia, el mito y las adoraciones religiosas. La magia era la vida, no otra de sus partes; el mito enaltecía, procuraba un sentimiento de solidaridad; la adoración potenciaba o consolaba al individuo.

El habitante de la sociedad industrial también cuenta con un consuelo: la promesa de conocer, si así lo desea, los misterios que lo rodean. Consuelo efímero, pobre y cuyo rostro nos mira con un inconfundible dejo de ironía. Promesa vana, pero promesa al fin. El hombre moderno supone que no existen más poderes ocultos y mágicos, cree poder llegar a comprenderlos, pero jamás logra reconstruir el cada vez más extinto sentimiento de totalidad. La mayor parte de su mundo seguirá erigiéndose ante él como un gigantesco misterio. Y el hambre de totalidad, tan frecuente en las filosofías contemporáneas, no es más que un consuelo individual, una terapia, un esporádico asidero metafísico.

Ya lo sabemos. Hegel, Marx y Ricardo simplemente lo reconocieron. La división del trabajo y la especialización del saber son cosas de nuestro mundo. Un punto de partida, un hecho que se asume o, cuando se ignora, “vuelve a entrar por la ventana”. Pero hay algo más. La ideología dominante de nuestro tiempo corresponde a este desgarramiento: es la del *atributo instrumental* y el *misterio técnico*. Los poderes dominantes no invocan a Dios ni a la gloria para subsistir, sino a la eficiencia, el dominio profesional y la promesa del *know how*. Ya no bastan atributos burocráticos ni políticos para gobernar; un funcionario estatal debe “saber” —o hacer como si supiera— algo de ese misterio que envuelve nuestras creaciones y nuestras relaciones. Y sobre todo debe “saber”, para legitimarse ante el poder mismo, cómo “controlar-nos”, “manejar-nos”, “manipular-nos”; “saber” domesticar a sujetos desconocidos, misteriosos, enigmáticos y convertirlos en seres manipulables, controlables, manejables por medio de alguna “técnica”, algún “plan” o algún “instrumento”. Es el principio del *logos técnico*: un nuevo fetichismo que abraza a la sociedad, cautivando a tios y troyanos con la promesa de su realización.

Como toda ideología, el fetichismo tecnológico presenta a la realidad invertida, de cabeza. Un ejemplo. En el discurso político de nuestros días no se amenaza a la sociedad con el “control” del Estado, sino que se le conmina a “aprender a controlarlo”: “No es el Estado quien debe controlar a la sociedad, sino la sociedad al Estado. Pero esto no es una tarea fácil y el ciudadano debe aprender a realizarla” (Miguel de la Madrid, unomasuno, 3/II/1983). ¿Afa-



nes pedagógicos liberales, decimonónicos? — no, tan sólo el poder legitimado como *poder del enigma*: a) el Estado es un enigma, hay que comprenderlo; b) los ciudadanos deben hacer un esfuerzo particular, especializarse, también “ser políticos”, instrumentalizarse, hacerse o dejarse representar; c) después aprenderán el significado del “control”; d) los “instrumentos” y las “medidas” para ello deben poseer los atributos del Estado mismo, ser reconocidos por él; y e) vuelta al comienzo. Como la historia del burro y la zanahoria, ésta es un círculo vicioso, agotadoramente vicioso.

Un desengaño: por más que la ideología presente a la realidad de cabeza, la realidad continúa siendo la misma. El signo de los poderes dominantes de nuestro tiempo es una gigantesca y peligrosa contradicción. Para legitimarse, todo poder necesita reproducirse como “poder del saber”: una máquina accionada por “especialistas” que desentrañan y resuelven “problemas”, que organizan *calculada, previsible y planificadamente* sus soluciones. Ya no le sirven la magia ni el mito ni la catarsis religiosa — son asuntos de la vida privada. Hoy la ciencia, la sapiencia certificada en Harvard y las soluciones “tecnicamente viables” ocupan el altar de las adoraciones sociales. Pero al legitimarse de esta manera, el poder convierte *ipso facto* a sus subordinados en un enigma y un misterio para él mismo. El miedo a la subversión por-venir aumenta aceleradamente, el hambre de control invade al sistema, los centros de deci-

sión son apartados de las “áreas públicas”, el secreto de Estado se traduce invariablemente en silencio de Estado, la censura deja de ser una excepción y en su gerencia encontramos a algún *Big Brother*...

El imperativo del autómeta

Del principio tecnológico-industrial que domina la residencia del hombre en el mundo moderno, cuyas contradicciones aparecen idílicamente reproducidas en el fetichismo tecnológico, se puede decir que encarna a la cabeza de Jano de nuestros días. Una de sus caras es precisamente este nuevo fetichismo. La otra la vislumbró Marx un siglo antes.

Para Marx la sociedad industrial trae consigo una “diálectica de la anulación humana, un principio de extrañamiento de lo humano” (Karl Marx, *Exzerptheft*, Frankfurt am Main, 1976/461): el hombre se ha convertido en un medio de sí mismo, ha dejado de ser su propia finalidad inmanente. O, con sus palabras: “en la sociedad de nuestro tiempo la vida misma se presenta tan sólo como medio para vivir” (*OME 5*, Barcelona, 1978/354). Un “medio” para obtener tierra, propiedades, plusvalía, obediencia, prestigio..., que el hombre domina, explota y subordina para sí mismo y contra sí mismo. El mundo entero se halla de cabeza: la objetivación de la vida se materializa en el fetichismo de su cosificación o en la adoración de la musculatura del poder; Eros y Tanatos se debaten no en lucha contra la muerte, sino contra la indiferencia de la muerte; el deseo ha sido instrumentalizado y domesticado por la retención del deseo y la conciencia de la necesidad, umbrales de la moderna sociedad represiva; toda la vida se ha convertido en un gran “medio” que retorna a su usuario convertido en un sórdido demonio. Nietzsche, Freud y Wittgenstein ya lo han confirmado, cada uno a su manera y en diferentes ámbitos de nuestra existencia: este “principio de extrañamiento” no sólo domina al mundo del trabajo, sino a toda la residencia del hombre en el mundo de nuestros días. Hay, sin embargo, un momento en el proceso de construcción, destrucción y reconstrucción de nuestra vida cotidiana, donde este principio cobra su universalidad más visible y, hoy por lo visto, más devastadora: *la consagración del imperativo del autómeta*.*

Las imágenes son contundentes: ciudades hechas a la medida del automóvil; fábricas planeadas para preservar el bienestar de las máquinas; oficinas confeccionadas a la altura de las necesidades y

*Por autómeta entendemos los tres tipos fundamentales de la máquina-moderna: mecánica, automática y cibernética.

las necesidades del poder; hospitales concebidos para reparar a una máquina llamada "cuerpo"... Basta escuchar, oler, mirar y degustar nuestro mundo cotidiano para percatarnos de que la criatura que ha gozado de mayor espacio para desarrollar todas sus facultades productivas y todo su poder destructivo es la *máquina*. O mejor dicho: la máquina al servicio de la producción incontrolada por los productores directos y, simultáneamente, subordinada al incremento del poder tecnocrático. Hay un ejemplo ilustrativo. No existe poder, ni acuerdo, ni legislación que haya logrado mermar el imperativo de la industria de la guerra y la represión de aumentar su capacidad de control y destrucción. Los efectos de este imperativo pueden resumirse en dos grandes tendencias. Una que vivimos y a la que sobrevivimos cotidianamente: la destrucción —frecuentemente irreversible— de la base material y humana de la civilización contemporánea. Y otra que es menos visible: la devastación de las condiciones sociales que posibilitan la construcción de una sociedad autogestionada democráticamente, donde la política puede ser concebida —y practicada— más allá de la violencia, fundamento de todo socialismo democrático. Ambas tendencias configuran hoy un mundo que emplea más recursos en reprimir sus diferencias que en tolerarlas.

Aquí la tentación del retorno es inmensa: el Club de Roma propone "reintegrar al hombre a la naturaleza"; en su *Tratado de Ecología Política*, Sidney recomienda "olvidar la gran industria y regresar, una vez tecnologizadas, a las formas tradicionales de consumo y producción como última y desesperada solución"; y el recién fallecido Herman Kahn termina concluyendo que "es preferible una vida tecnológicamente mas pobre, pero menos peligrosa". Ilusiones vanas. La organización maquinizada de la sociedad no tiene retorno, es un punto de partida sin vuelta ni regreso. Y el moderno antimaquinismo no es más que otro antimaquinismo, tan efímero y carente de perspectivas como el del siglo XVIII. La razón parece ser la misma que en aquel entonces: el imperativo del autómatas no es el del autómatas mismo, sino el del sistema social que se lo confiere. La avidez de productividad del trabajo excedente y superfluo, el incremento de la capacidad de control de la tecnocracia y la descuartización de la sociedad civil por las nuevas formas de autoritarismo explican mejor el predominio de este imperativo, que todos los lamentos contra la tecnología y los ocultos poderes de la técnica. Sin embargo, la ecología política, o mejor dicho: *la crítica a la ecología política*, como la define Hans Magnus Enzensberger, nos ha revelado un aspecto de la reproducción social, que si bien existe desde el mismo origen del sistema industrial, sólo hoy se ha transformado en una convicción socializada: *el*

sistema de explotación industrial, ya sea el del Este o el de Occidente, no puede ser modificado sustancialmente sin modificar a la vez —simultánea y directamente— el imperativo del autómata.

El sueño de los viejos socialistas del siglo XIX, que veían en el “libre desarrollo de las fuerzas productivas” la condición fundamental para erigir una sociedad donde “la vida se convierte en un fin de la vida misma” (Engels, citado por Labriola), se ha revelado como un gigantesco *fata morgana*. En el estado moderno, el desarrollo arbitrario de los poderes del autómata se ha traducido en un mortal círculo vicioso que dirige (o mejor dicho: encierra) la política predominante de las naciones industriales y, más aún, de aquellas como México que se proponen firmemente llegar a serlo. No importa cómo ni a qué precio, las consignas hegemónicas son: industrializar por industrializar, tecnificar por tecnificar, armar por armar. Hoy el panorama que oculta ese sueño es visible: el libre desarrollo de las fuerzas productivas ha traído consigo el libre desarrollo de todo su poder destructivo. Los ejemplos están a la mano. La gran industria ha posibilitado la reducción de la jornada de trabajo y la producción en masa, pero ha redundado en la formación de ciudades donde el tiempo libre transcurre en una batalla co-



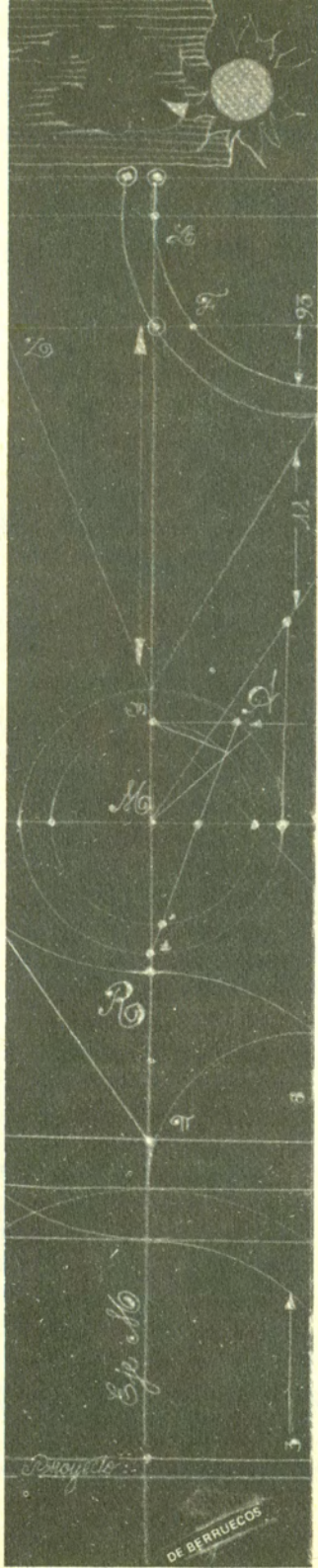
tidiana por liberarse de la lógica de la ciudad misma. La televisión, tal y como la conocemos, ha modificado sustancialmente las posibilidades de comunicación y diversión y, a la vez, se ha transformado en el principal vehículo de destrucción de las formas asociadas y críticas de aprendizaje y conocimiento. Hospitales y escuelas nos hacen pensar más en reclusorios y centros de disciplinización, que en lugares de decisión autogestionada y autónoma... ¿Significa ello que una propuesta alternativa actual puede prescindir de la industria, la televisión, la escuela, el hospital...? Segura y definitivamente, no. Sin embargo, el desarrollo de las condiciones materiales de la vida en el estado moderno se ha fundado en *la imposibilidad*, cada vez más palpable, de moldearlas en su forma actual a las necesidades de la autoproducción de la vida misma.

Para el pensamiento socialista tradicional, el origen de esta *imposibilidad* debe buscarse en el carácter capitalista de la sociedad. Mañana será otro día: a la terminación del régimen social fundado en la apropiación privada del excedente seguirá la extinción de esta imposibilidad. Hoy sabemos que esta esperanza es tan sólo una verdad a medias; o, lo que es mismo: una falsedad a medias. En los países del socialismo real, el principio tecnológico-industrial sigue rigiendo —aunque de manera distinta— la residencia del hombre en la sociedad. La lógica del estado tecnocrático y el imperativo del autómata son tan comunes allí como en Occidente. En nuestros países la situación es más drástica y más dramática. Lejos de pensar en otros caminos para satisfacer las necesidades elementales de la población, continuamos presos del embrujo del “libre desarrollo de las fuerzas productivas”. Ahogados en la crítica a los poderes dominantes —el Estado en particular— por no haber convertido a México en un país occidental, olvidamos que Occidente se lamenta del desarrollo que aquí hemos erigido en un máximo deseo.

Hoy la crítica al *status-quo* que domina nuestra realidad ya no transita por la crítica de las insuficiencias, deficiencias y fallas de un sistema que ha dejado insatisfechas *necesidades* que otros han satisfecho. Esta crítica no hace más que pensar en dirección del sistema y no en contra de su dirección. Acaso podamos pensar en una inversión: partir de la crítica radical de las necesidades y no de los obstáculos a su desarrollo, del deseo y no de la carencia y la pobreza. ¿Por dónde empezar? ¿Se trata de una crítica utópica o de una verdadera reconstrucción de la realidad? ¿Cuáles son y cómo se organizan los agentes sociales que traducen a esta crítica en una fuerza material? (Continuará).

El Buscón

Las ilustraciones de este artículo
fueron realizadas por J. Barruecos



XX



El siglo de las vanguardias que se bifurcan

60 Christopher Domínguez Michael

para Isabel

“La mayor parte de la historia parece cargar en sus espaldas vestigios de paraíso... El mito de la Caída es más vigoroso que cualquier religión específica. Apenas existe civilización, apenas conciencia individual que no lleve por dentro una respuesta a las insinuaciones de un sentimiento de distante catástrofe.”

George Steiner, *En el castillo de Barbazul*.

La fiesta y el escándalo

Hacia finales del siglo XIX la sangre derramada por las revoluciones burguesas parecía suficiente. Las ciudades que habían sido escenario de los conflictos del Tercer Estado contra las monarquías y del proletariado contra la burguesía, respiraban tranquilas, viviendo un período que combinaba el esplendor de la *belle époque* con el espíritu decadente del *fin de siècle*. Las figuras de Napoleón, Hegel y Goethe habían consagrado a la modernidad como el territorio firme desde el cual podía emprenderse la siguiente aventura, la que culminaría la gesta de la humanidad: el progreso. Aquellos hombres estaban cansados ciertamente, pero, por ello, dotados del equilibrio suficiente como para mantener viejas ilusiones. El sufrimiento colectivo de guerras y destrucciones aparecía aún como la dosis necesaria para resistir el peso del devenir.

El sentido de la ilustración burguesa parecía cumplirse por lo menos de manera parcial. Las divisas de la revolución francesa, “igualdad, libertad, fraternidad”, se habían coagulado en un mundo jurídico, político y económico que, como demostraría Marx, era la negación organizada de esos ideales; pero a los ojos de la sociedad decimonónica aparecían como forma orgánica e inmutable de la civilización occidental. La integración era el



Charles Baudelaire

estilo de la época y la existencia de minorías rebeldes e incómodas, como judíos, mujeres liberadas y homosexuales y, en sus comienzos, el movimiento obrero, podían ser admitidos si respetaban las reglas del parlamentarismo francés, de la cultura de Bismarck y de la moral victoriana.

El rostro que Walter Benjamin, mirando a través del ojo de Baudelaire, dibuja de París, da una imagen cristalina de una edad y sus sueños. Hausmann, arquitecto del Estado, rediseña la ciudad para que los motines revolucionarios sean aplastados con rapidez por columnas militares que cruzarán los suburbios para apagar con hielo el corazón de la revuelta. La ciudad se convierte en el monumento contra las barricadas, en la dictadura del centro metropolitano contra la periferia obrera; aparece el bulevar, “el último grito del arte industrial” que garantiza que en las calles el burgués goce de la intimidad del hogar; así el ciudadano es protegido del *flâneur*, que como Charles Baudelaire, forma parte de la minoría soez que se oculta entre la multitud. La fotografía, gracias a Daguerre, congela el tiempo y el paisaje; el arte pictórico amenazaba con ser sepultado por su propia inutilidad para reproducir una vida demasiado ágil para creadores ajustados a un realismo que, a todas luces, empobrecía la realidad antes que exaltarla.

Mejor suerte no corren los escritores: los viajes interiores de Baudelaire por los “paraísos artificiales”; el escándalo policíaco entre Verlaine y su joven amigo, Jean-Arthur Rimbaud; la renuncia del conde Tolstoi a sus bienes y privilegios. Se vive un proceso de expulsión del escritor hacia la marginalidad, siendo desplazados de su posición estratégica de maestros de la nación y adalides de la libertad. Víctor Hugo y los románticos entran con rapidez a los libros escolares y a los almanaques de la poesía patriótica. No se confundan, tampoco, con la revuelta obrera. Las excepciones son pocas. Quienes como Baudelaire o Zola levantaron las banderas rojas en 1848, festejan ahora los cañonazos de Thiers contra la Comuna. No en balde el Segundo Imperio había sido una larga y provechosa “educación sentimental” que instruyó la contención y la pudibundez.

Después de la Comuna de 1871, el centro de la vida europea occidental se traslada, *mutatis mutandis*, de la barricada a la opinión pública y a la tribuna parlamentaria. Aun en los peores momentos, sociedad civil y sociedad política pactan las reglas del escándalo. El caso Dreyfuss o la primera acción del antisemitismo que medio siglo después incendiará Europa; la condena de Oscar Wilde y la modernización autoritaria de la

persecución de las minorías sexuales; las derrotadas leyes antisocialistas de Bismarck anunciaban a su vez la intolerancia endémica de la burguesía a la hora de llevar a la práctica su profesión de fe democrática.

El socialismo se había extendido; ni las cenizas de Marx ni el humo de la Comuna se había apagado por completo. Pero para la memoria burguesa Marx no era más que un filósofo alemán de ideas demoníacas y la hazaña de los comuneros una revuelta más de criminales y *sansculottes*. Tras arduas luchas, los socialdemócratas alemanes se instalaban en los parlamentos y las alcaldías, compraban cervecerías y clubes deportivos, vestían levitas y sombreros de copa, publicando diarios de gran difusión y sería literatura científica. Habían conquistado el derecho a compartir la modernidad y con ello a soñar con el progreso. El tornero Bebel convertido en "camarada profesor". Son los días de Bernstein y su revisionismo; ante los ojos de los propios marxistas alemanes, hacia 1890 Marx aparecía ya más como un profeta incendiario del pasado que como un contemporáneo. Por ello, más que el odioso renegado, Eduard Bernstein era un hombre de su tiempo. El desarrollo de la historia le indicaba con cristalina claridad que sería más la mediación democrática que la ruptura revolucionaria la forma que tomaría la transición al socialismo.

En ese final de siglo organizado y orgánico, quién podría prever las sucesivas catástrofes del siglo XX. Sólo los ojos de gato de los espíritus preocupados por el porvenir, fueron los que desde la luz previeron la aparición de las tinieblas. Marx, inevitablemente, puso de manifiesto el contenido fundamental de las contradicciones históricas. Los límites de su obra son, empero, los límites de su tiempo: la fe en el progreso, la historia como hazaña positiva de la humanidad. Otros pensadores intuyeron y completaron el legado, haciendo las preguntas fundamentales; voces disonantes que hablaban de que el sueño muy bien podría terminar de mala manera para Occidente, pues, en ese entonces, las bombas colocadas por los terroristas rusos bajo las carrozas de los zares o las revueltas coloniales sólo demostraban que los pueblos sin historia estaban condenados a vivirla y aprenderla en una larga marcha.

Nietzsche advertía con aforismos alemanes, que la cultura había desarrollado en su propio cuerpo los virus de su destrucción, el terror contra el deseo, la dictadura de la moral y la esencia totalitaria del progreso. Más que la del profeta, la figura de Nietzsche es la del demiurgo que anunció el caos y dejó las



Oscar V



Bismarck

respuestas en el aire. Max Weber, tradicionalmente confinado al aburrido panteón de la sociología burguesa, hizo una predicción científica intachable sobre el principal acertijo de la vida social contemporánea: el Estado. Mientras que para marxistas y liberales el Estado aparecía como un problema secundario o subyacente, Weber, antes que Lenin, destaca el papel de la violencia como la forma de dominio de lo estatal sobre el individuo y la sociedad; antes que Gramsci, resolvió la ecuación hegemonía/coerción como componente fundamental de la organización estatal. El pensamiento y la praxis anarquistas completan el cuadro. Entreverados entre la fatalidad nihilista y el curso positivo de la historia, los anarquistas descubrieron en la hora temprana que ninguna *dictadura* podía ser transitoria, que hasta el príncipe proletario se podía aferrar glotonamente al cetro. En una lejana carta de Proudhon a Marx, fechada en 1840, el autor de *La filosofía de la miseria* advertía con profética serenidad sobre la acechanza totalitaria subyacente en el corazón del socialismo.

Esta “familia de espíritus”, compuesta por Marx, Nietzsche, Weber, Bakunin escribían, *avant la lettre*, la demonología del siglo veinte. Se trata de una extensa franja de pensamiento, cuyos límites son las riberas de nuestra tragedia. En cada uno de ellos hallamos la característica luminosa de toda gran inteligencia: la posibilidad de ser rebatida o cuestionada con los mismos instrumentos que ha creado.

Pero en 1900, Occidente no escuchaba. Nietzsche era un profesor alemán descarriado que murió enloquecido por la sífilis. Además había confundido a Wagner con un caballo. Imperdonable. Weber era demasiado frágil y respetable para poder entresacar de su prosa cerrada lecciones para el porvenir. Los anarquistas, enamorados de Arcadia, no podían hacerse oír más allá de la sorda artillería de sus granadas. Unos años antes, el escritor francés J. K. Huysmans, había escrito que todos los fines de siglo se parecen, en su confuso aliento de fiesta dionisiaca y decadencia romana. Un breve recorrido por la ruta de las vanguardias puede allanar nuestra visión del nuevo *fin du siècle* en el que nos hundimos sin concesiones.

La historia secuestrada

¿Qué es una *vanguardia*? De origen militar el término no dice mucho. Ir adelante, estar al frente. Más aun: concentrar a los mejores elementos en capacidad para combatir en las mejores

condiciones. Naturalmente la vanguardia necesita de un cuerpo del cual desprenderse: un ejército, una nación, una colectividad que defender o respaldar. Pero *vanguardia* es fundamentalmente *diferencia* y, más aun, *minoría*. No existen vanguardias mayoritarias; puede haber mayorías dirigidas por vanguardias. Tampoco existen vanguardias que no sepan que lo son. La constitución de una vanguardia exige conciencia-para-sí, sentido de la diferencia. En un sentido amplio concluyamos provisionalmente: *la vanguardia implica ser diferentes pero tener un mensaje para todos*.

En el terreno político, que es *el de la disputa por los poderes*, el proceso de vanguardia es inevitable. Cualquier clase o grupo social interesado en el poder requiere de una minoría dirigente, mínimamente centralizada y, más aún, dotada de un código múltiple de significados y significantes: un universo de conocimiento exclusivo de sus miembros, pero capaz de traducirse hacia las multitudes o colectividades hacia las que se dirige. La vanguardia, a diferencia de la secta o la capilla, tiene la capacidad de dirección suficiente como para generar ese código hacia el exterior. Por ello, las corrientes políticas suelen pasar por el vanguardismo, ya que sólo así pueden reconocerse a sí mismas y hacer que los sujetos sociales se reconozcan en ellas. Hasta cierto punto, empero. La vanguardia política, por lo menos, tiene ciertos límites al extenderse en lo histórico; afianzado su dominio se disuelve, adquiriendo la forma de *hegemonía organizada*. En el momento en que la vanguardia logra un grado tal de identificación con la nación o la clase, los términos se vuelven absolutos y homologables y la vanguardia renuncia, al menos para efectos masivos y propagandísticos, a su diferencia. La renuncia es naturalmente ideológica, ya que si la *vanguardia* lucha por la *hegemonía* afirmando su *diferencia*, alcanzada la *hegemonía organizada* tiene la obligación de mostrarse como la portadora de los intereses globales y generales. La hegemonía pretende anular la diferencia o cuando menos hacer compatibles un cúmulo de diferencias, mientras que la vanguardia las exalta. Finalmente el fracaso de una vanguardia, ya sea por no haber podido conquistar la hegemonía o por haberla perdido, traducirá un tercer elemento, el de minoría marginal.

La vanguardia, quizá, viene de Robespierre y de los jacobinos. Pero el terreno para que se exprese en la política, parte de Marx. Si hay vanguardia en Marx ésta es tan general y extensa que sobrepasa sus límites, para identificarse llanamente con un sujeto





Edmund Wilson

social, la clase obrera, más que en una forma política, el partido. En el discurso político de Marx es frecuente la homologación entre clase y partido; se habla de “el partido de la clase obrera” como la forma elevada de la clase, e incluso como sinónimo de los obreros más avanzados y conscientes, mejor organizados. La ausencia en Marx y en Engels de formulaciones sistemáticas sobre la organización política del proletariado, de un vanguardismo concreto y secular como el de Lenin, es una expresión de que sólo el siglo veinte podía generar a la vanguardia política como concepto y como propuesta para la acción.

La vanguardia es Lenin. Se dirá, con razón, que los jacobinos lo eran y, más aún, Blanqui. Pero, ya lo señaló Camus, a los jacobinos les interesaba la virtud y a los bolcheviques no. A Blanqui, no le interesaba dirigir mayorías, sino adelantarseles.

El partido centralizado de revolucionarios profesionales es una de las grandes innovaciones introducidas en este siglo a la política moderna. El llamado centralismo democrático se ha convertido en supuesta piedra de toque de toda organización política, sea cual sea su ideología. Liberales, socialistas y populistas lo invocan, partiendo de la verdad parcial de que su esencia consiste en que la minoría ha de someterse a la mayoría, y ésta delegará su poder en una minoría —la dirección—, aunque idealmente la primera fiscalizará regularmente a la segunda. El *¿Qué hacer?* De Lenin (1903) es, paradójicamente, la obra que culmina la teoría de la representación delegada, base de la ciencia política burguesa desde Maquiavelo. Así como Marx es el *primer pensador burgués*, en el sentido de que su proyección política es ya puramente laica, Lenin culmina el espíritu burgués en la política. Pero la teoría de la organización de Lenin no sólo es una propuesta pragmática, sino una idea más general, la de la organización como portadora de la Ciencia y la Verdad, cuestión que los “partidos” políticos occidentales del siglo diecinueve nunca se hubieran atrevido a comprometer tan deliberadamente.

Se ha vuelto común afirmar, no sin razón, que la *vanguardia* de Lenin constituye, en su concepción, una violación flagrante de uno de los presupuestos epistemológicos fundamentales de Marx: *la conciencia se genera en el ser*. Esta “traición filosófica” —y a la postre práctica según algunos— tiene su paternidad en Kautsky y consiste en la célebre máxima de el *¿Qué hacer?*: *la clase obrera por sí misma no puede generar más que una conciencia sindicalista*, haciéndose necesario que la intelectualidad introduzca desde afuera el báculo de la conciencia

revolucionaria. Es común, también, adjudicar a esta "traición" el huevo de la serpiente del autoritarismo leninista y stalinista. Esta disquisición se ha convertido, empero, en una más de las que integran la extensa escolástica que rodea a los marxismos, ya sean oficializantes o de la órbita crítica. Un camino para resolverla sería olvidando las divisiones formales y formalistas entre ser y conciencia, objeto y sujeto, para pasar a un examen de lo político en la vanguardia leninista.

Lenin, junto a Max Weber, comprende más que Marx, el problema de lo estatal y de su autonomía política. La introducción de los intelectuales como mediadores y correas de transmisión entre la clase y la ciencia, por encima de su supuesta equivocación principista, reflejaba una comprensión más aguda de la política en el siglo que nacía. Lenin tiene la intuición de que el conflicto entre las clases sociales en los tiempos contemporáneos será bastante más complejo que el enfrentamiento a la postre histórico de clases absolutas que pensaba Marx: la ausencia de la mediación intelectual imposibilitará a la clase obrera dar el salto de la vanguardia a la hegemonía. Desde el punto de vista desnudo de la *política* como disputa por los poderes, Lenin acierta y su aplastante victoria catorce años después de el *¿Qué hacer?* lo demuestra; naturalmente la consecuencia de sus premisas puede hacernos pensar en la problemática trágica de los países del socialismo real.

La gran herencia de Lenin, su hipnótica originalidad, es, como lo ha señalado Edmund Wilson, el mérito hasta entonces inédito de haber abierto con la llave de una filosofía de la historia la puerta de la historia misma. ¿Qué puerta exactamente fue la que se abrió? Ahora empezamos a saber, por lo menos, qué había detrás de ella. La vanguardia de Lenin, pasará indudablemente como la forma más perfeccionada de *organización política para la toma de los poderes* que ha existido, la única que mantuvo una insólita coherencia cronológica entre el pensar una realidad y fundarla en los hechos, entre el ojo que mira y la mano que ejecuta, el pensamiento que organiza la vida para revolucionarla. Una conciencia que razona y somete la Historia a los objetivos de la Política. Más que la marcha victoriosa de la humanidad sin cadenas, la vanguardia bolchevique ejemplifica la terrible inteligencia que triunfa sobre la vida.

En 1903 Lenin derrota a los mencheviques e inicia la construcción orgánica de su partido. Es preciso recordar que la vanguardia bolchevique no omite a la "vanguardia" absoluta, general y totalizante de Marx. Los bolcheviques no sólo son los





agitadores profesionales del proletariado sino los profetas del porvenir y de la utopía. Gozan no sólo del privilegio de la Razón práctica —el aquí y el ahora— sino de las seguridades de la Razón Histórica. Esta combinación explosiva de presente y futuro, de táctica política y programa para la humanidad toma la forma de un secuestro de la historia.

Vanguardias unas, vanguardias otras

Cinco años después, 1909, un italiano de formación cosmopolita, llamado Tomasso Filippo Marinetti inauguraba las vanguardias artísticas con un grito: ¡Futurismo! ¿Existe alguna relación entre esa *vanguardia* y la que Lenin desarrollaba? ¿Son expresión de un nuevo espíritu de siglo o dos fenómenos únicamente paralelos? Si no son desprendimientos de un mismo tronco, algo hay en las dos corrientes que las une. Por lo menos hasta los años treinta se buscaron entre sí como dos amantes ciegos, presintiendo que se necesitaban y, también, que su unión era imposible.

La originalidad asumidamente efímera del futurismo, que hoy nos parece tan fútil, radicaba en una negación absoluta y actuante de la historia. Tan absoluta que se convertía en relativa y tan actuante que se quedaba en el gesto. Los futuristas llaman a destruir los monumentos del pasado y a incendiar los museos, pues “más vale el vuelo de un aeroplano que *La victoria de Samotracia*”. Nunca naturalmente demolieron el coliseo ni prendieron fuego a la Capilla Sixtina. La vanguardia artística, obviamente, buscaba *epater le bourgeois* para abrir cauces —como lo lograron— a una nueva libertad. Pero es cierto que André Breton nunca siguió la máxima del suicidado Jacques Vaché en el sentido de que *el acto surrealista por excelencia era salir a la calle a disparar contra la multitud*. La suya fue una actitud y cuando quisieron hacer política se toparon o con Trotsky o con Mussolini.

La sucesión de las corrientes literarias durante el siglo XIX aparece bajo la imagen de un haz de problemas de interpretación y renovación de la ya entonces larga tradición occidental. La tensión no resuelta entre la lógica interior de la obra de arte y su utilidad social, entre la escritura como compromiso con el Otro y la literatura como función individual y autonutrientes son problemas que no han perdido actualidad. Sin embargo en ese entonces no planteaban la necesidad de hallar su solución en rupturas epistemológicas ni en hoyos negros sobre la técnica con

que el escritor habría de aprehender el mundo. Durante la pasada centuria la literatura efectúa una transacción permanente con la historia, luchando por construir lo moderno desde el óbice de luz de la tradición. Antes que nada, la *vanguardia* aparece para combatir a la forma creyendo inventar nuevos contenidos, derrochando la experimentación y la libertad. Ese aliento, y no otra cosa, fue la inyección de vitalidad con que dotó a las letras. Y por eso, también, fue en el lienzo, antes que en el papel y la tinta, donde dejó un mensaje más postrero. Obviando el aspecto social e ideológico que toda creación lleva implícito —y sólo implícito— son los deseos de la vanguardia, más que sus temas lo que de ella conservamos: ¿existe una diferencia profunda entre los cantos de amor con que Lord Byron despidió a las barcazas griegas bordeando el Mar Egeo y la emoción cinética con que Marinetti ve cruzar a los aeroplanos el cielo de Europa?

Actualmente sabemos que ni Marinetti ni Breton dejaron grandes obras literarias para la posteridad. Pero —fundamentalmente el segundo— sembraron las semillas de una nueva libertad y una nueva sensibilidad: más que en la vanguardia misma es en sus riberas donde crecen las creaciones definitivas. Ellos fueron hombres públicos, animadores de corrientes culturales que buscaban abrazar, gloriosa o fatídicamente, el camino de su época. Desde los manifiestos dados, futuristas y surrealistas, el arte se enfrentará a la sociedad no sólo como espíritu del movimiento social o como expresión de la existencia cotidiana, sino como un conglomerado de tendencias en lucha, necesitadas de organizarse marcialmente para la guerra estética, como los políticos lo hacían para la disputa por los poderes. Vanguardias unas y vanguardias las otras.

El puño y la escoba

El futurismo italiano, la primera vanguardia, fue al mismo tiempo la más radical y la más torpe. Sus histéricos gritos la hicieron enronquecer rápidamente. Fueron los surrealistas quienes llenaron de cuerpo y de vida a la vanguardia, pero hacia 1910, ¿cómo se extendía el puente entre Lenin, revolucionario bolchevique y Marinetti, astro futurista? ¿Más aún: que flujo extraordinario llegaría a unir a Trotsky con Mayacovsky, a Trotsky con Breton?

Las diferencias son profundas. Lenin es *el mesianismo organizado para la acción*, la conjunción entre la inteligencia y la



Lord Poon



Antonio Gramsci

voluntad, el cuerpo donde se une el agitador anónimo que arenga a los obreros a puerta de fábrica con el Profeta de la Historia. Identificada con la historia, la tradición marxista aspira a dominarla (de alguna manera lo ha logrado). En cambio, Marinetti abominaba la historia, desechaba su fin (la utopía), odiaba la tradición y pregonaba el instante. Los bolcheviques construyen y acumulan fuerza para destruir un régimen social, primero, y una civilización de clases, después; los futuristas destruyen para desnudar una esencia que siempre vivirá demasiado poco como para librarse de una nueva destrucción. ¿*Qué une a la Gran Historia con el Fugaz Instante?* Sólo podemos adelantar una hipótesis: se trata de una partícula atómica apenas. Ambas concepciones parten de un elemento nuevo, acuñado en nuestro siglo, y que es el que una *conciencia organizada para la acción práctica*, ya sea individual o colectiva, anclada en los fines o en los medios, es la que transforma o destruye la historia. Esta es la necesidad última de las vanguardias. El combate contemporáneo será entre vanguardias. Ya no pelearán los espíritus absolutos ni las clases totales, sino sus representantes. Las vanguardias serán la forma más elevada y demoníaca de la conciencia organizada para la acción.

Las coincidencias, en adelante, fluyen con más rapidez. Ambas vanguardias son por constitución intolerantes. Expulsiones de “la patria surrealista”, expulsiones del Partido Comunista, fidelidad a los líderes, dialéctica eterna del santo y del hereje, la identidad de y en la organización, antes que la soledad de una verdad, al fin y al cabo, dudosa. Ambas vanguardias viven obsesionadas por la síntesis, por el problema de su conversión en hegemonías. En este sentido, puede extenderse un paralelo entre André Breton y Antonio Gramsci. La gran labor del líder surrealista será unificar un amplio y rico espacio construido por más de un siglo de herencia, una tierra donde lo mismo habitan Sade que Marx, Lautréamont que Engels, Rimbaud que Vera Zasulich, Raymond Radiguet que Lenin, una franja de conocimiento donde hay que ajustar cuentas con el romanticismo, la magia, los arcanos y *Das Kapital*. Breton, como gran sintetizador del espíritu del siglo, tiene, en la otra vanguardia, un hermano, Gramsci. En la misma época, prisionero de los fascistas, el comunista italiano escribe en la letra apretada de sus *Cuadernos de la cárcel*, las claves oscuras donde ha de resolverse el fracaso de la revolución en Occidente y la aparición de la bestia parda, las tensiones del marxismo con

Hegel y el historicismo, las relaciones de un proyecto revolucionario con una nación y su cultura. Breton y Gramsci intentan sintetizar los espacios que sus respectivas vanguardias han ido ocupando y desocupando, resolver quienes son precursores, aliados, enemigos y compañeros de viaje; recoger la cosecha sembrada por sus vanguardias y elevarlas a la hegemonía.

Otra coincidencia, más obtusa, es la común adoración que ambas corrientes sienten por el progreso, sobre todo Marinetti y Lenin. En ese sentido, uno de los méritos de Breton es haber sido más cauto. Si bien el culto al progreso es una preocupación concretada durante el siglo XIX, su genealogía es muy antigua. La crítica contemporánea de la razón del progreso, no debe olvidar que el objeto de su crítica es el predicado de una larga aventura. El marxismo, lo mismo que los artistas de vanguardia que compartieron ese culto, más que responsables, son herederos y actualizadores. En el futurismo italiano el progreso importa en la medida en que vaya barriendo a su paso las huellas de la civilización; antes que el avión es la escoba el logotipo de Marinetti. El delirio futurista por la velocidad no es otra cosa que el pánico provocado por un *grandioso*

pasado que se extiende como una membrana que lo traga todo, hay que correr para que no nos alcance. Para los bolcheviques el progreso es el tiempo/espacio donde habrá de realizarse la razón histórica. No temen que la lava volcánica de la historia los alcance. Por el contrario, esperan fundirse con ella.

Futuristas y bolcheviques nacen en la periferia occidental. Ya Trotsky se preguntaba por qué el futurismo, enamorado de la alta mecánica, los aviones y las chimeneas industriales había fermentado con mayor importancia en países polvorientos, agrícolas y campesinos. Su respuesta no es satisfactoria; se limita a decir que "el desarrollo desigual y combinado" demostraba que era en los países atrasados donde se estaba diseñando lo que habría de suceder en el eslabón más fuerte de la cadena. La joven revolución rusa constituía un ejemplo luminoso. Cuando advertía que la mentalidad artesanal y campesina era la que podía producir a una intelectualidad radical añorante de las conquistas rapsódicas de la humanidad justamente por que no las tenía, bordeaba apenas el problema. Una solución temporal ha de hallarse en el uso y la difusión que una minoría hace de la *Ciencia* y la *Verdad* en un país atrasado, donde la apropiación vanguardista del pensamiento se da de manera distinta. El uso de los elementos de vanguardia que hacían bolcheviques y



futuristas, por un lado, y socialdemócratas y surrealistas, por otro, es un ejemplo.

En el apogeo de la Gran Guerra, cuando la socialdemocracia europea votaba los créditos de guerra, olvidando los acuerdos internacionalistas suscritos apenas en 1912, nadie hubiera podido imaginar que los escasos bolcheviques transterrados en París, Zürich y las capitales del desfalleciente imperio austrohúngaro, pasarían a ser, algunos años después, dirigentes de la nación más grande de la tierra. Fue en la marginalidad, no en la epopeya donde las dos vanguardias se conocieron. Fue en los cafés y las cantinas, en la bohemia, donde los comunistas encontraron a los dadaístas y a los futuristas. No en la revolución. En el clima enrarecido de la guerra, en las ciudades de la retaguardia que vivían unas extrañas vacaciones, cuando los jóvenes que no habían alcanzado edad militar vivían aventuras sentimentales con las mujeres cuyos esposos estaban en el frente; en los escondrijos donde artistas y conspiradores bebían y charlaban, fue donde se afianzó la común aspiración de que la hecatombe produciría cenizas fértiles para la emancipación definitiva del arte y para la revolución social.

Hacia 1916, en el café de Tristan Tzara en Zürich, Lenin seguramente tuvo a los dadaístas de compañeros de parroquia y probablemente los trató. Entonces los dadaístas, eran un grupo embrionario, permeado por la compañía diversa de cubistas, futuristas y expresionistas. Naturalmente Lenin era un hombre austero, poco amigo de la tertulia; había cultivado la familiaridad con Heine, Goethe y Schiller. Pero su olfato político le indicó de inmediato que esos artistas locos, sin patria, multilingües, llenos de exaltación pero pobres en ideas, formaban parte de la excitación moral e intelectual que precedería a la revolución proletaria. Compartía con ellos el odio al militarismo y su guerra; no eran los dadás una orden marcial como la futurista, pero su carácter de vanguardia en gestación, perseguida por el gusto burgués y diseminada por la Europa en llamas, les daba, a unos y a otros, un aire de familia, de siglo y de hermandad.

Es León Trotsky, sin embargo, la figura política revolucionaria, que hará del encuentro con las vanguardias uno de los temas de su carrera. El mismo Trotsky confiesa reiteradamente que la pasión de su vida hubiera sido la literatura, de no haberle tocado vivir “la época gloriosa de la revolución proletaria”. En su *Historia maldita de la literatura*, Hans Mayer relata con delicadeza la tensión permanente del



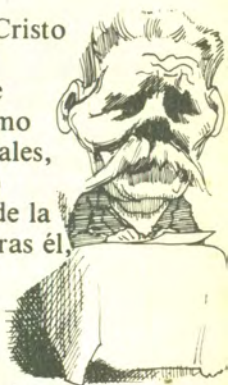
Trotsky revolucionario profesional con el Trotsky escritor; la extraña combinación de atracción y repugnancia que “Pluma” sentía por la bohemia artística. Entre los bolcheviques, Trotsky es de los pocos con obligaciones personales hacia la literatura. Lenin escribe para difundir sus ideas; Bujarin o Lunacharsky son teóricos o funcionarios de partido interesados en la doctrina y en el discurso. El Trotsky, en cambio, la pluma tiene una función propia, recreando la historia y exaltándola. Como en Marx, en los textos políticos más logrados de Trotsky, hay un lugar para la metáfora y el estilo autónomo.

Crónica de jóvenes amantes

En 1917, un joven poeta futurista, Vladimir Mayacovsky acoge a la revolución con poemas ardientes. Uno de sus maestros, el simbolista Alexandr Blok había imaginado a Cristo al frente de la Guardia Roja. La amplia mayoría de la intelectualidad rusa de vanguardia se une a la contienda de febrero y luego a la de octubre. Hasta 1932, cuando Máximo Gorki, suprime la pluralidad de tendencias y grupos culturales, imponiendo una organización única sellada por el realismo socialista, Rusia se había convertido en el jardín del edén de la vanguardia. Chagall hizo las maletas y volvió a su tierra; tras él, futuristas, simbolistas, supramatistas, formalistas y constructivistas; todas las herejías parecían tener un lugar.

Si la vanguardia italiana había acabado en el fascismo y Marinetti en la academia mussoliniana, la vanguardia rusa descubría maravillada que el gran potencial transformador de una revolución social era el elemento que había estado ausente en las elaboraciones estéticas, la palanca que abriría el terreno de la utopía. La premisa posterior de Breton, conjugando a Marx con Rimbaud, “transformar el mundo, cambiar la vida” fue una ensoñación que cobró fantasmal coherencia en los primeros días de la aurora soviética.

Los dirigentes comunistas recibieron la euforia de los artistas con beneplácito y temor. Se dice que Lenin abandonó disgustado una audición de Mayacovsky. Trotsky, durante una convalecencia en 1923, escribe *Literatura y revolución*. El comisario Trotsky de inmediato aclara, con frialdad, que buena parte de los poetas sumados a la revolución, no son más que “compañeros de viaje” que han visto reflejarse sus intenciones particulares en el interés global de la revolución, como si ello no



Gorki



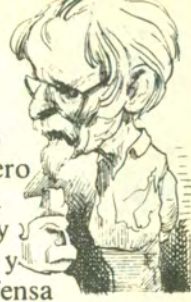
Mejorowski

fuera un mérito. En ese momento, Trotsky no parece comprender que alcanzado el poder la vanguardia bolchevique ha de transformarse en hegemonía soviética, que tras la guerra y la victoria, el estado socialista tiene que convertirse en representante general, polo magnético aglutinador y haz de voluntades. Aún exige a los artistas una identificación de sangre con los bolcheviques. Pero Trotsky siente una fuerte atracción por Mayacovsky, cuidándose de condenar su modernolatría como un elemento pequeñoburgués decadente, ratificando que los comunistas son herederos orgullosos de una tradición. Mayacovsky le gusta más que Esenin y sus simbolistas, para quienes la revolución es un episodio épico donde la antigua Rusa campesina vuelve por sus fueros, “con todo y sus piojos”, agrega Trotsky.

El matrimonio entre ambas vanguardias dura poco. En sus días fue emocionante. Los futuristas decoran Moscú para celebrar los aniversarios de la toma del Palacio de Invierno. Los esfuerzos de Lunacharsky por mantener la pluralidad, para que la catedral de San Basilio no sea demolida pero de sus torres cuelguen banderas vanguardistas, serán lentamente desarticulados. El stalinismo se impone con su corte de plumíferos y las vanguardias, cuya vida es el instante, se van deshilvanando. Los amantes mueren en plena juventud: en 1929 Mayacovsky se suicida y Trotsky es ya el profeta desterrado.

El peregrinaje de Trotsky en el exilio, es la imagen de quien arrastra el fracaso de la utopía. Si Lenin victimó a la Historia con su inteligencia, ahora la jugada es devuelta en carne de su compañero de armas.

En 1938, México es el sitio del encuentro entre Lev Davidovich Trotsky, antiguo jefe del ejército rojo, Diego Rivera, muralista mexicano y André Breton, jefe de la última gran vanguardia, el surrealismo. La reunión puede considerarse como un momento culminante del siglo. Se encontraban tres historias y tres horizontes. Más que los fugaces encuentros entre Lenin y los dadaístas o la relación Trotsky-Mayacovsky, esta cumbre de espíritus de nuestro tiempo reflejó la hora exacta en que las vanguardias alcanzaban su solitario climax y su inevitable caída. León Trotsky estaba prácticamente aniquilado; al perder la hegemonía nunca pudo reconstruir una vanguardia, limitándose a conservar artificialmente los ritos orgánicos de ésta. Era ya el representante de una minoría marginal. Por ello, el trato respetuoso y condescendiente que da al poeta Breton no tiene nada que ver con las advertencias paternas y desconfiadas con



las que se dirigió al poeta Mayacovsky. Ahora es un político desterrado en busca de aliados, no un orgulloso mariscal. Pero su contribución a la cumbre es preciosa. Representaba, en la derrota y en el reflujó, lo más auténtico del sueño marxista y más aún, el hálito de una tradición revolucionaria, disidente y rebelde cuyas imágenes comienzan a grabarse con la autodefensa de Babeuf ante los tribunales del Directorio, prosiguen con las mil celdas de Louis Blanqui y la muerte romántica de Lasalle en un duelo; la soledad de Karl Marx en la biblioteca del Museo Británico, los sueños incendiarios de Bakunin o el atentado de la Zasulich contra el Zar. La Oposición de Izquierda fue la última sonrisa de una edad de hazañas y Trotsky, lo mismo el joven orador del soviet de Petrogrado que el general que arremete contra la guarnición de Kronstadt, es el último gran demonio, el pensador del siglo XIX y el hombre de acción de esta centuria.

André Breton era en ese momento la figura capital de la más imprecadera de las vanguardias. El surrealismo, “última instantánea de la inteligencia europea”, en palabras de Benjamin, nació del dadaísmo y en veinte años resumió y organizó lo que había de incompleto y de orgánico, de grandioso y de banal en las vanguardias. La estética surrealista modificó para siempre los sentidos del mundo occidental; tuvo la imaginación y la arrogancia de ponerse “al servicio de la Revolución” y fracasar. Estética y política, individuo y sociedad, sueño y vigilia, magia y realidad, fue la síntesis soberbia que intentaron Breton y su gente.

Diego Rivera se encontraba en su país con dos hombres, que como Trotsky y Breton le eran muy lejanos. Pero en más de un sentido, Rivera no tenía mucho que pedirles; a su manera era una de las figuras claves que la periferia había dado a la modernidad durante ese período. Se dice, no sin cierta arrogancia, que el muralismo mexicano es la única contribución original del arte de América a la cultura artística contemporánea. Desde nuestra óptica, debemos discutir el papel que jugó el muralismo y sus pintores en la creación de los mitos fundamentales con que se sostiene la casta de licenciados que nos gobierna, a la que llamamos con dolorosa exactitud, estado mexicano; pero la participación de Rivera con el revolucionario ruso y el escritor francés señalaba que la fuerza contenida en las naciones periféricas se manifestaba finalmente con todo su esplendor y extrañeza: empezábamos a destruir la cruz de nuestra otredad, a saldar la condena dictada en contra de “los pueblos sin historia”. No era tan sorprendente, entonces, que la aparición de



Hegel y Marx

Rivera se produjese justamente en la escena final de las vanguardias.

Como producto de sus pláticas, Breton y Trotsky dan a conocer un "Manifiesto por un arte revolucionario independiente" en Coyoacán, que Rivera rubricará.

Indudablemente anticuado y coyuntural en más de un aspecto, este documento es la conclusión esplendorosa de la vanguardia. Finalmente lograban unirse, fugazmente si se quiere, lo mejor de ambas experiencias: la revolución socialista entendida como la superación de todas las opresiones, con la renovación del alma y la vida. La guerra dejó sin auditorio a esa convocatoria, que queriendo ser una aurora resultó ser un telón. Las

"vanguardias" no murieron en realidad; pero sus apariciones posteriores se han parecido más bien a la farsa que sucede a la tragedia, como reza el famoso apotegma. Hoy, nuestras esperanzas son las mismas, pero desconfiamos de todos los métodos para cristalizarlas y nos queda poco tiempo, muy poco tiempo.

Trotsky fue asesinado con un piolet de alpinismo que penetró cinco centímetros en la nuca; su sangre, se afirma, manchó las cuartillas que escribía sobre su enemigo Stalin, que también era su hermano. Se rumorea a su vez, que Breton terminó sus días jugando un solitario con la baraja de arcanos, que antes que respuestas, le devolvieron imprecaciones y nuevas preguntas. Rivera, en la última hora, se arrepintió de una vida oscilante entre la santidad y la herejía y murió, como eran sus deseos, en las filas del Partido Comunista. Pero estos ya son polvos de otros lodos.

En 1920, el escultor vanguardista, V.E. Tatlin propuso al gobierno soviético una alucinante construcción de vidrio móvil, más alta que todos los monumentos erigidos nunca antes sobre la tierra, como homenaje arquitectónico a la Internacional Comunista. La estructura estaría dividida en tres niveles y nunca dejaría de moverse, rotando sobre su propio eje, trescientas sesenta y cinco veces al año, igual que el planeta. El proyecto, naturalmente, fue rechazado por dispendioso y megalómano. Pero podemos imaginar esa torre de Babel de la modernidad, el monumento que no se realizó al encuentro de las dos corrientes que lucharon y fracasaron en la construcción de la utopía que conciliaría al sueño con la vida y a la libertad con la historia.

El Buscón






El sueño

En el dolor que lo encierra,
que lo abarca todo como un límite,
como una frontera impuesta a las palabras, a los actos,
Cristo cierra los ojos y sueña,
Cristo sueña,
sueña en el amor que es un sol y es un ojo
adentro de la carne.

En el dolor que lo encierra,
en el dolor en el que el mundo se reduce
a la ciega incisión del clavo,
del látigo, la espina,
al beso falso,
a la máscara metálica del otro,
a la corona de espinas con que el poder lo burla,
Cristo cierra los ojos y sueña,
sueña en la carne que el dolor desgarrar,
en la suavidad interna del deseo,
del deseo que deshace deliciosamente la carne,
en esa forma extrema de la vulnerabilidad que es el deseo.



de cristo

Pero el dolor es ahora su único sentido,
un ojo a la noche,

una noche infinita que grita,
un dolor que sabe a noche,
que huele a noche,
que se muerde como noche,
una luz ciega en la noche ciega,
un dolor total que es ciego
como el amor también es ciego,
una luz ciega en la noche ciega,
en la carne ciega,
una luz enterrada en la noche
como ese conocimiento mudo de las cosas,
ese infinitamente misterioso conocimiento del otro que persiste.

El otro,
ese sueño bajo los párpados del poder metálicos,
ese sueño que Cristo sueña
siempre presente siempre olvidado.

Verónica Vólková



**La teoría de la dicotomía política
y su ulterior aplicación a la agricultura,
el comercio y la guerra.**

Lewis Carroll

Traducción: María Palomar

—¿Sería demasiada molestia, dije, pedirle que me explique lo que para usted significa “la teoría de la dicotomía política”?

—¡De ninguna manera!, fue la muy cortés respuesta de *Mein Herr*. Disfruto conversando cuando tengo interlocutores tan buenos como usted. Todo empezó con nosotros cuando recibimos un informe traído por uno de nuestros más eminentes estadistas, quien había pasado algún tiempo en Inglaterra, y que versaba sobre la manera en que ahí se manejan los asuntos. Era una *necesidad* política (nos aseguró y se lo creímos, aunque no lo hubiésemos descubierto hasta ese momento) que siempre existieran *dos* partidos en todos los casos y situaciones. En política, los dos partidos que ustedes creyeron necesario instituir se llaman, según nos dijo, *Whigs* y *Tories*.

—Ya hace bastante tiempo de esto, comenté.

—Sí, bastante, admitió.— Y de esa manera se manejaban los asuntos de la nación británica (usted me corregirá si me equivoco. No hago sino repetir lo que nuestro viajero nos dijo). Esos dos partidos —en permanente hostilidad mutua— se turnaban en la dirección del gobierno, y al partido que *no* ocupaba el poder se le llamaba, según creo, la “oposición”.

—Ese es el término correcto, dije.— Siempre ha habido, desde que hubo parlamento, *dos* partidos, uno “dentro” y otro “fuera”.

—Bien; la función de los de “dentro” (si puedo llamarlos así) era hacer la guerra o la paz, tratados comerciales y demás, ¿no es cierto?

—Claro que sí, dije.

—Y la función de los de “fuera” era (según nos aseguró nuestro viajero, aunque al principio nos mostramos totalmente incrédulos) *evitar* que los de “dentro” logaran cualquiera de esas cosas. ¿Es cierto?

—Más bien se trata de *criticar y modificar* su actuación, corregi.— ¡Sería antipatriótico *obstaculizar* al gobierno en sus esfuerzos por lograr el bien de la nación! ¡Siempre hemos considerado que el *patriota* es el mayor de los héroes, y que un espíritu antipatriótico es una de las peores lacras de la humanidad!

—Discúlpeme un segundo, dijo el anciano caballero cortésmente, al tiempo que sacaba su libreta del bolsillo.— Tengo aquí algunos memoranda de la correspondencia que alguna vez mantuve con un turista y, si me lo permite, simplemente me refrescaré la memoria —aunque claro, estoy muy de acuerdo con usted, se trata, como dice, de una de las peores lacras de la humanidad.

* * * * *

—Es exactamente lo que dijo mi amigo, continuó, tras escudriñar entre papeles.— ¡*Antipatriótico* es exactamente la palabra que utilicé al escribirle, y *obstaculizar* es precisamente el término que él usó en su respuesta! Permítame que le lea parte de su carta:

—“*Puedo asegurarle*” —escribe— “*que, por antipatriótico que le parezca, la función universalmente reconocida de la oposición es obstaculizar, por todos los medios no proscritos por la Ley, la acción del gobierno. Este proceso se llama ‘obstrucción legítima’, y el mayor triunfo que puede obtener la oposición es cuando puede proclamar que, debido a su obstrucción, el gobierno ha fracasado en todo lo que ha intentado hacer por el bien de la nación*”.

—Su amigo no lo expresó con toda claridad, dije.— La oposición, sin duda, se ufanaría de proclamar que el gobierno falla *por su propia culpa*, pero *no* que fracasa a causa de la obstrucción.

—¿De veras así lo cree?, replicó con mansedumbre.

—Permítame ahora leerle este recorte de periódico, que mi amigo envió con su carta. Es parte de un discurso pronunciado por un estadista que, por entonces, era miembro de la oposición:

“Al levantarse la sesión, pensó que no había razón para no estar satisfechos con los resultados de la campaña. El enemigo había sido derrotado en toda la línea. Pero la lucha debía continuar. Lo único que quedaba por hacer era acosar al enemigo, vencido y en desbandada, desmoralizado”.

—Bien, ¿a qué suceso histórico nacional se imagina usted que se refería?

—Bueno... la cantidad de victorias obtenidas durante el último siglo —respondí no sin cierto orgullo británico— es demasiado grande para adivinar exactamente de cuál se trata, de qué conflagración se habla. Sin embargo, mencionaré a la India como lo más probable. No cabe duda de que el motín estaba a punto de ser totalmente sofocado cuando se pronunció ese discurso. ¡Debe haber sido una pieza de oratoria realmente estupenda, viril, *patriótica!*, exclamé entusiasmado.

—¿Cree usted?, respondió con un tono de lástima velada. —Sin embargo, mi amigo me dice que “el enemigo desmoralizado” significa simplemente los estadistas que por entonces estaban en el poder; que el “acoso” no era sino la táctica de obstrucción; y que eso de que el enemigo estaba “en desbandada” sencillamente quería decir que la oposición había logrado impedir por completo que el gobierno realizara el trabajo que la nación lo había habilitado para hacer.

Creí preferible no decir nada.

—Nos pareció extraño, por lo menos al principio —continuó, tras esperar cortésmente durante un minuto que yo hablara—.

—Pero una vez captada la idea, nuestro respeto por su nación fue tan grande que la llevamos a la práctica en todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida. Fue el principio del fin para nosotros. ¡Mi país nunca volverá a ser el mismo! y el pobre caballero exhaló un profundo suspiro.

—Cambiemos de tema, dije.— ¡No se atormente, por favor!

—¡No, no!, repuso, en un esfuerzo por dominarse.— Preferiría acabar con mi relato. El primer paso (tras reducir nuestro gobierno a la impotencia y bloquear toda legislación útil, lo cual no nos tomó demasiado tiempo), fue introducir lo que llamamos “el glorioso principio británico de la dicotomía” al terreno de la agricultura. Convencimos a muchos de los hacendados prósperos de que dividieran su equipo de peones en dos bandos, y de que

predispusiesen a unos contra los otros. Se les llamó, al igual que a nuestros partidos políticos, “los de dentro” y “los de fuera”. La misión de “los de dentro” era arar, sembrar, o lo que fuera, durante una jornada, y en la noche se les pagaba según el trabajo hecho. La tarea de “los de fuera” era impedir que los otros trabajaran, y a ellos se les pagaba por lo que habían logrado obstaculizar. Los hacendados descubrieron que sólo tenían que pagar la mitad de los salarios que antes pagaban, y nunca cayeron en la cuenta de que el volumen de trabajo realizado era tan sólo una cuarta parte de lo que antes se hacía; por tanto, adoptaron el sistema con bastante entusiasmo... *al principio.*

—¿Y después?, pregunté.

—Bueno, después ya no les gustó tanto. En algunos días, las cosas se encarrilaron como rutina corriente. Ya no se trabajaba en absoluto. Así que “los de dentro” no recibían salario alguno, y a “los de fuera” se les pagaba el sueldo completo. Y los hacendados no descubrieron nunca, hasta que todos se vieron arruinados, que los diantres de peones se habían puesto de acuerdo para que esto sucediera, ¡y que se habían dividido la paga entre ellos! Mientras duró aquello, se vieron cosas graciosas. Mire usted, a menudo he visto a algún labrador, con dos caballos ayuntados al arado y esforzándose lo más posible por avanzar, mientras el labrador de la oposición, con tres burros tirando para el otro lado, hacía todo lo posible por retroceder. ¡Y el arado nunca se movía en ninguna dirección!

—¡Pero nunca hemos hecho nosotros tales cosas!, exclamé!

—Sencillamente porque ustedes son menos lógicos que nosotros, replicó *Mein Herr*.— A veces es ventajoso ser un burr..., discúlpeme, no es alusión personal. Todo esto sucedió hace mucho, ¿sabe?

—¿Y tuvo el principio de dicotomía algún éxito en algún sentido?, inquirí.

—En ninguno, confesó cándidamente *Mein Herr*. Se probó por muy poco tiempo en el comercio. Los tenderos simplemente no querían adoptarlo, luego de experimentar una vez con el plan de tener a la mitad de los dependientes ocupados en empaquetar y acarrear la mercancía, mientras otra mitad trataba de repartirse por los mostradores. ¡Dijeron que no tuvo aceptación entre el público!

—No me extraña, observé.

—Bueno, ensayamos el principio británico durante algunos años, y el resultado de todo esto fue... De pronto se le quebró la

voz, hasta no ser más que un susurro, y gruesas lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.— Fue que nos enredamos en una guerra y hubo una gran batalla en la que superábamos con mucho al enemigo. Pero ¿qué podía esperarse, si sólo la mitad de nuestros soldados peleaban, mientras que la otra mitad los alentaba a retirarse? Terminó con una derrota aplastante, con una completa desbandada. Esto dio pie a la revolución, y se exilió a la mayoría de los miembros del gobierno. Yo mismo fui acusado de traición, por haber sido tan fiel partidario del principio británico. Confiscaron todas mis propiedades y... y... me vi forzado al destierro. “Ya que el mal está hecho” —dijeron—, “quizá tendría usted la bondad de abandonar el país”... ¡Casi se me rompió el corazón, pero tuve que marcharme!_____ *El Buscón*





Afrodisiacos

Aquel día de verano le dijero a Arturo que fuera a casa de Alicia preparado para una completa sesión amorosa. Ah, y deja cualquier prejuicio pues todos intervendremos. Será un ménage a quatre maravilloso.

Bueno (fingiendo resignación), tendría una experiencia más, él y sus amigos que ya habían probado un sinnúmero de placeres: orgías, bacanales, shows eróticos, relaciones homosexuales, películas pornográficas, etcétera. A pesar de su juventud el sexo poco les ocultaba. Por tal razón Arturo, esperando lo mejor, se puso fina ropa interior y luego bañado en lavanda inglesa a casa de Alicia.

Estamos todos, dijo la anfitriona mirando a Pedro, Lolita y Arturo. Vengan.

Y los condujo a una habitación llena de almohadones y tapetes de tipo oriental, en cuyas paredes se encontraban muchos desnudos fotográficos.

¿Cómo tendremos la sesión sexual?, preguntó Arturo al grupo.

Sólo beberemos té, pero no temas, respondió Alicia, se trata de un té poco común, afrodisiaco, un amigo me lo trajo de Tanzania. Efectos garantizados.

Eran las seis de la tarde cuando empezaron a ingerir la infusión. Como a eso de las nueve todavía seguían vestidos en

espera de los resultados: ellos una descomunal erección, ellas una intensa excitación que pronto les humedeciera el sexo. Sin embargo nada de esto aparecía en la sofocante noche veraniega. Para ayudar, Alicia, que conducía la sesión, preparó un té cargado, más fuerte y al mismo tiempo puso *Preludio a la siesta de un Fauno* de Debussy y comenzó la lectura de cuentos eróticos de Anais Nin. Al segundo libro y después de muchas tazas de líquido afrodisíaco, Arturo se puso rápidamente de pie y dijo: Necesito algo.

¿Qué?

¿Una cama?

¿Desnudarnos?

No. Nada más orinar.

Y fue corriendo al baño.

Franz Kafka (ejercicio)

Al despertar Franz Kafka una mañana, tras un sueño intranquilo, se dirigió hacia el espejo y horrorizado pudo comprobar que

a, seguía siendo Kafka

b, no estaba convertido en un monstruoso insecto

c, su figura era todavía humana

Seleccione el final que más le agrade marcándolo con una equis.

Fenómeno social

Todos los monstruos que la historia, literaria o cinematográfica, registra son patéticos casos de soledad y desadaptación, seres terriblemente solitarios en un mundo agresivo. No veo la razón por la que un Frankenstein o un Drácula o un hombre lobo pueda causar temor. Mueven a compasión, son marginados sociales a los que en lugar de destruir deberíamos rehabilitar.

Lanza rota

...Es la historia de un cow-boy que trata de evitar una sangrienta guerra entre indios y blancos... matando a los primeros.

Un autógrafo

El joven escritor Rodolfo Bucio iba por las calles de París, contemplándolas con detenimiento. Era su primer viaje a esa ciudad y deseaba retener hasta los menores detalles para después redactar unas notas autobiográficas o tal vez un cuento de ambientación francesa. También miraba con curiosidad a las personas. De entre quienes caminaban por Champs Elysées hacia Place Concorde destacaba una: la miró fijamente: ¡recórcholis, si es García Márquez! Había ocurrido un milagro sin requerirlo. Recordó un artículo en donde el célebre colombiano relataba su distante y fugaz encuentro con Hemingway en el Quartier Latin. La historia, pues se repetía. Sólo que en la versión original no hubo contacto entre ambos narradores y ahora no podía fallar, pues marchaba directo hacia el punto de coincidencia.

Bucio había leído varias veces las obras completas de García Márquez, a no dudarlo era su autor favorito, tenía los muros de su casa tapizados con fotos del premio Nobel de literatura y en ese momento estaba a punto de decirle: Disculpe, maestro, soy un escritor mexicano que apenas comienza, lo admiro; tengo sus libros en primeras ediciones y recorto sus artículos y entrevistas. Y Gabriel García Márquez entre molesto y modesto porque alguien interrumpía su camino hacia el Palais de l'Elysée, con ganas de deshacerse del joven fan, le daría las gracias por aquella "inmerecida" pasión, para enseguida reemprender la ruta.

Así fue como Rodolfo Bucio lo imaginó y así fue como sucedió en aquella esquina de la avenida más famosa del mundo


con rue de Colisée. Antes de que García Márquez prosiguiera su andar, Bucio rogó: Maestro, deme su autógrafo, al tiempo que buscaba papel o algo para que le estampara la firma. Nada. Ni el pasaporte. El colombiano, a su vez, e igual que el mexicano, no traía pluma fuente o bolígrafo. A esas horas de la tarde ya los comercios estaban cerrados, la gente desaparecía rápidamente por las estaciones del metro y Gabo, como le dicen sus amigos, comenzaba a mostrar impaciencia: Miterrand lo esperaba a cenar junto con Julio Cortázar.

Rodolfo Bucio angustiado le suplicó: Por favor, ya que no existe forma de escribir unas líneas, aunque sea díctemelas, las retendré en la memoria. García Márquez, acostumbrado a toda suerte de peticiones y contemplando su reloj (llevaba como buen latinoamericano un retraso de quince minutos) accedió. El joven narrador le proporcionó su nombre y escuchó: Afectuosamente para Rodolfo Bucio en este encuentro del tercer mundo y sin armas para escribir. París, el mes y el año. Con la mano hizo el ademán de firmar. Luego se fue corriendo rumbo a su cita.

Bucio disfrutó más su viaje, recordaba el maravilloso encuentro y ahora pensaba en la posibilidad de toparse con Borges, otro amor literario. En previsión llevaba una pluma Mont Blanc, un ejemplar de la *Historia Universal de la Infamia* y un número preparado: Maestro, diez años de intensa admiración, en el momento en que caía de rodillas y se aferraba a las piernas y al bastón del escritor porteño.

Cuando regresó a México, Bucio fue corriendo a buscar a sus compañeros de taller literario y les narró su buena suerte. Mostraba la primera edición de *Cien años de soledad* y bordaba sobre su conversación con García Márquez añadiéndole algunas frases. Para probar la anécdota abrió el libro en la segunda hoja y leyó la dedicatoria que llevaba escrita en la cabeza.

el Buscón



Francisco
José Paoli

La última batalla
de
Salvador
Alvarado

* Este ensayo forma parte de un libro que publicará la editorial ERA.



Salvador Alvarado dejó el gobierno de Yucatán el primero de febrero de 1918 y partió a la ciudad de México. Menos de siete años iban a transcurrir para que el general sinaloense muriera en el campo de batalla en el sureste del país. Durante unos meses de ese año fue comisionado por el presidente Carranza para que ocupara la jefatura de operaciones militares en el sureste del país. Primero residió en la ciudad de Veracruz y después en la de Oaxaca. En diciembre de 1918 concluyó con la misión y se trasladó a la capital de la República.

En la ciudad de México el general Alvarado vivió en la calle de Querétaro N° 100, colonia Roma. Allí tuvo tiempo para el estudio. Se supone que durante ese tiempo redactó su libro más voluminoso, *La Reconstrucción de México*, que apareció en 1919 en tres tomos. Se interpretó en aquel tiempo, que el libro era una especie de programa presidencial de gobierno de Alvarado. La sospecha no es gratuita ya que en esa obra el general norteño hizo el diagnóstico detallado de los principales problemas y asuntos de la administración pública de su tiempo y a cada uno de ellos les propuso solución. También dejó allí definiciones claras sobre sus concepciones económicas, sociales y políticas.¹

Durante esos meses de 1918 posteriores a su salida del gobierno de Yucatán y de sus actividades militares en el sureste, Alvarado se reunía frecuentemente a comer con los padres del licenciado Víctor Manuel Villaseñor, con quienes tenía amistad. También se veía en aquellas comidas al general Francisco J. Mújica, al general Heriberto Jara y al ingeniero Modesto Rolland.

A principios de 1919, aunque faltaba un año y medio para las elecciones presidenciales, la especulación electoral se había desatado. Desde mayo de 1917 el general Alvaro Obregón, que ocupaba la Secretaría de Guerra en el gabinete de Carranza, se había retirado a su Estado natal donde trabajó como agricultor. Obregón era sin duda el precandidato del que más se hablaba y al que se le calculaban más partidarios. Durante esos dos años, el divisionario de Huatabampo no negó nunca que lanzaría su candidatura, con lo cual la impulsaba indirectamente.

El general Alvarado estudiaba y escribía en los primeros meses de 1919. Entre sus tareas estaba el trabajo periodístico. Fundó y presidía el consejo de administración del periódico *El Heraldo de México*.² En aquellos meses de 1919 se mencionaba como posibles candidatos a otros personajes además de Obregón. El general Pablo González era uno de ellos. La pugna de este divisionario con Obregón era muy conocida y se comentaba que González no aceptaría sin más la candidatura presidencial del manco de Celaya. También se habló de la candidatura de Adolfo de la Huerta, entonces gobernador de Sonora, la que aparentemente se descartó. En el país había temor de que volvieran a resurgir los enfrentamientos militares apenas superados. Las precandidaturas opuestas de los generales Obregón y González premonizaban nuevas etapas de violencia. No había partidos políticos consolidados a nivel nacional. La voluntad de los caudillos militares era el factor político fundamental en la escena nacional. El general Alvarado envió a Venustiano Carranza, Alvaro Obregón y Pablo González una carta abierta el 13 de agosto de 1919. Era una larga misiva en la que glosaba algunos de los puntos principales de su obra *La Reconstrucción de México*. El día 15 de ese mismo mes, Alvarado publicó la carta a ocho columnas en *El Heraldo de México*. En ella se refería a la difícil situación por la que atravesaba el país. Renueva la propuesta sobre la sucesión presidencial que hizo en el libro citado. Consistía en que se hiciera una gran convención revolucionaria de unidad

y en ella se nominara un candidato único que no fuera ningún general de división. Con este planteamiento descartaba al principal pretendiente a la silla, Obregón, a su oponente Pablo González y a sí mismo, para no despertar sospechas sobre su ambición personal de la cual también se hablaba. Es posible que Alvarado pensara desde entonces en la candidatura de Adolfo de la Huerta, que participó destacadamente en la revolución constitucionalista, pero era civil. Alvarado y De la Huerta tenían una vieja amistad, que se iba a probar nuevamente en los años posteriores hasta la muerte del divisionario de Culiacán. La propuesta de Alvarado, por otra parte, recogía una corriente muy amplia de opinión que veía en los generales la posibilidad de reanudar el período de violencia que había empezado a amainar hacia 1916. Un gobernante civil podría sostener un gobierno en paz fundado en las negociaciones y evitar los enfrentamientos de candidatos que tenían lealtad entre los grupos armados.

La propuesta de un gobernante civil, sin embargo, no parecía tener camino. Obregón había lanzado su candidatura desde el 1° de julio de 1919. Carranza no estuvo de acuerdo con ella y así lo comentó a sus allegados, pero se abstuvo de romper en público con el general sonoreense. Los apoyos a la candidatura de Obregón empezaron a manifestarse en los meses siguientes. La apoyaron el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), el Partido Nacional Cooperatista (PNC), la CROM y cien diputados en funciones. Se sabía que esa candidatura contaba con importantes sectores del ejército que hábilmente había comandado Obregón y también de personajes políticos con gran influencia en el panorama público de México como Roque Estrada, Benjamín Hill, Felipe Carrillo Puerto, Miguel Alessio Robles y Andrés Castro.³ En carta abierta Alvarado se propunciaba contra la política personalista y hablaba de la necesidad de erradicarla del panorama; pedía que surgieran candidatos de verdaderos partidos políticos. Refiriéndose a la de Obregón y González, decía: "Es muy probable que ambos candidatos estén obrando de muy buena fe, pero es el caso que las dos candidaturas traen en vicio de origen el carácter personalista que hasta ahora les ha caracterizado. Estoy seguro de que ninguno de los dos ha reflexionado serenamente sobre las consecuencias que al país traería el que la campaña siguiera como hasta aquí y que se resolviera en el triunfo de una candidatura personalista, sin que antes se reformara fundamentalmente nuestra organización política y

las leyes relativas. En ese desgraciado evento, veríamos que se confirmaría en México el sistema de las dictaduras militares, que no tienen otra finalidad que perpetuarse en el poder, porque está en su propia naturaleza; para lo que acuden a toda clase de medios, incluyendo en ellos la corrupción, el despilfarro de los fondos públicos, el favoritismo, las persecuciones y hasta el asesinato".⁴

Esta es una temprana premonición del autoritarismo que hemos visto proliferar en sus expresiones electorales y consolidarse durante décadas en nuestro país.⁵ Y Alvarado tuvo razón. El caudillismo se prolongó de 1920, en que se inició el gobierno de Obregón, hasta 1928 en que fue asesinado después de reelecto presidente de la República. Posteriormente, el caudillismo se filtró en la forma de jefatura máxima durante unos años más, hasta 1935 en que Cárdenas lo expulsó de la escena política junto con su titular: Plutarco Elías Calles. El presidencialismo actual, si bien es un gran paso adelante en relación con el caudillismo y con su velada sucedánea, la jefatura máxima, continúa teniendo un exceso de facultades reales y formales, sigue representando un gran desequilibrio de poderes. Hay ciertos vicios genéticos de nuestro presidencialismo, que vienen precisamente del caudillismo y de la jefatura máxima que lo precedieron y que han sido complementados y sostenidos también por una cultura paternalista y providencialista de las masas que todo lo esperan del presidente en turno.

En la carta publicada en *El Heraldo*, Alvarado manifestaba una gran preocupación por una posible intervención extranjera, si no se arreglaban pacíficamente las disputas domésticas. Decía que éramos acreedores de las tres naciones más poderosas de la tierra. Propone en consecuencia la unidad de los revolucionarios, para propiciar la integridad nacional. A Carranza le propone que sea él quien impulse un auténtico partido liberal y progresista como jefe de la revolución triunfante. Apela al patriotismo de los generales Obregón y González y al de sus partidarios para que coadyuven a la formación de ese gran partido de tendencias avanzadas. Inmediatamente después les pide que renuncien a sus candidaturas personalistas, aunque después si la Convención escogiera alguno, podría ser el candidato presidencial. Dice en la carta: "Organizado nuestro Gran Partido y ya en pleno funcionamiento, se podrá verificar la sucesión presidencial sin sacudimiento alguno, porque podremos presentar a la Nación un candidato surgido de una Con-

vención que bien puede celebrarse en marzo del año entrante”.

El hecho de que pidiera a Carranza, entonces presidente de la República, que convocara al partido y a todos los grupos revolucionarios triunfantes que lo secundaran, es significativo como un barrunto del Partido del Estado. Carranza era presidente. El partido se pretendía convocar, como sucedió más tarde, desde la cúpula del poder. Para curarse en salud reitera Alvarado en la carta: “Por mi parte, declaro una vez más que en el muy remoto caso de que se me postulase NO ACEPTARIA SER CANDIDATO POR NINGUN MOTIVO”. Propone finalmente que los conservadores se agrupen en otro partido y disputen legal y pacíficamente el poder a los revolucionarios. En palabras que recuerdan las que iba a pronunciar Plutarco Elías Calles en su informe presidencial del 1º de septiembre de 1928, anunciando el fin de los caudillos y el principio de la vida institucional e invitando a los revolucionarios a reunirse en una sola organización, dice Alvarado: “No debemos temer las actividades de los elementos conservadores si ellos quieren desarrollarlas por las vías legales”. Considera que la oposición es necesaria para el equilibrio de las fuerzas políticas.

Desde luego que en los meses posteriores ni Obregón ni González retiraron sus respectivas candidaturas personales, ni Carranza convocó al gran partido. Alvarado, sin embargo, no cejó en su intento. El resto del mes de agosto y todo septiembre de 1919 trabajó en el lanzamiento de un nuevo partido político. No es remoto que toda esta acción desplegada por Alvarado tuviera el acuerdo de Adolfo de la Huerta, quien como gobernador de Sonora, tenía dificultades con Carranza. Los problemas entre de la Huerta y Carranza empezaron a aflorar desde el año de 1919, cuando el presidente declaró que el Río Sonora era propiedad de la Nación y el gobernador replicó que pertenecía al Estado. También hubo fricciones entre Carranza y de la Huerta, por el tratamiento distinto que uno y otro querían dar a los indios yaquis: de la Huerta sostenía una posición amigable y de diálogo con ese grupo indígena.





La traición de Carranza

El primero de octubre de 1919, *El Heraldo de México* destaca en su primera plana como principal noticia la constitución del Partido Liberal Democrático (PLD). En la misma nota se atacaba al PLC y se le calificaba como un partido extraviado de la senda revolucionaria. No se atacaba sin embargo al general Obregón, quien había recibido el apoyo del PLC, sino que por el contrario se le reconocía autoridad y se recordaba que Obregón había invitado al PLC a la concordia con otras corrientes revolucionarias. El PLC unos días antes había tratado de impedir el lanzamiento del nuevo partido, que fue presentado en sociedad por el general Alvarado. Él mismo había encabezado la comisión que elaboró los Estatutos y el Plan de Acción del partido en ciernes. La mesa directiva se organizó así: Presidente, diputado José Ignacio Mena; Vicepresidente, Alfredo Alvarez; Secretario, Ing. Atanasio Núñez; Vocal 1º, diputado Vito Aguirre; y Vocal 2º, Luis Zamora Plowes. Entre algunas de las firmas destacadas del acta se encontraban las del propio Salvador Alvarado, el Ing. Vito Alessio Robles y el Lic. Manuel Padilla. El general Alvarado tomó la protesta de la nueva directiva y pronunció un discurso inaugural del que destacan los siguientes términos: "Since-

ramente creo, señores, que esta noche hemos consumado un acto de incalculable trascendencia para la vida pública de nuestro país, como irá poniéndose en claro en el curso de poco tiempo, pues abrigo la firme convicción de que únicamente por este camino se puede evitar la crisis política de la sucesión presidencial, y acaso hasta la pérdida de nuestra independencia y soberanía". Insiste en la necesidad de gestar condiciones pacíficas para la trasmisión del poder presidencial, a través de la acción de los partidos. También reconoce en ese discurso los méritos de Obregón y de Pablo González y su derecho a aspirar a la silla presidencial, así como el de sus seguidores para proponerlos. Apunta sin embargo que el modo personal en que se han lanzado las candidaturas podía llevar al país a la guerra civil. Insiste que no aceptaría ser postulado a la presidencia.⁶

El Universal del 29 de octubre informa el retiro del ejército del general Alvarado para lanzar su candidatura a la presidencia de la República. En *El Heraldo de México* del día siguiente se desmiente dicha información. Entrevistado Alvarado por este último periódico, aclara que efectivamente tramitó y obtuvo su retiro del ejército para poderse dedicar de lleno a las tareas de organización del PLD.

A fines de 1919, Carranza decidió manifestarse a favor de la candidatura del ingeniero Ignacio Bonillas, que era entonces embajador de México en Estados Unidos. Carranza tenía la certeza de que si se lanzaban los dos generales, Obregón y González, el país volvería a entrar en conflictos armados. La candidatura de Bonillas se concreta en 1920. Apoya su candidatura un Partido Civilista que se organizó al vapor. Alvarado publicó un librito titulado *La Traición de Carranza*, sin pie de imprenta, supuestamente impreso en Nueva York en el año de 1920. El impreso contiene un documento fechado en marzo y otro en abril. En ese documento, Alvarado lanza un ataque frontal contra Venustiano Carranza. Lo acusa de corrupto y corruptor, de retrógrado, de dictador, de haber tirado por el suelo las finanzas nacionales y haber endeudado al país. Además lo acusa de gastar enormes sumas del erario para apoyar la candidatura de Bonillas. Le imputa también estar provocando un enfrentamiento violento —que bien podía ser el que se gestaba en Sonora—, para reprimir y evitar las elecciones presidenciales. Dice textualmente al respecto: "Él (Carranza) desea que se produzca ese movimiento antes de las elecciones, porque cree que así podría justificar todas sus

infamias y porque cree que podría sofocarlo con facilidad, pues se supone omnipotente y extraordinariamente hábil, a causa de la adulación que lo ha hecho persuadirse de que llegó a la posición que tiene y ha vencido todos los obstáculos por su propia fuerza y sus propios méritos, y no porque representaba los intereses y las ideas del grupo progresista..." Y anuncia Alvarado que habrá rebelión y que Carranza no podrá dominarla, pero que entonces, puede provocar un conflicto armado con los Estados Unidos para unificar al país en torno suyo.

En un capítulo posterior del mismo libro, Alvarado analiza el presidencialismo de su tiempo y se pronuncia contra ese sistema. Propone cambiarlo por el parlamentarismo. La *Traición de Carranza* incluye una tercera parte consistente en una carta abierta al mismo presidente. Le dice que desde que tomó el gobierno se empezaron a gestar las candidaturas de González y Obregón. Recuerda que él propuso la unión de los revolucionarios en un solo partido y el lanzamiento de un candidato de esas fuerzas coaligadas. Lo acusa luego de no procurar la unión y de fomentar la división en las filas revolucionarias. Una vez lanzadas las dos candidaturas mencionadas y pareciendo que eran las únicas que se disputarían la presidencia, Carranza sacó la candidatura oficial de Bonillas "como una cruel bofetada aplicada a nuestra naciente democracia". Argumenta que Bonillas no puede ser la solución simplemente por ser civil, ya que nadie lo conoce en el país y que su candidatura es obviamente falsa ante los ojos de las masas populares. Le advierte que se ha desatado una represión para quien no comparta la candidatura oficial y que él mismo —Alvarado— fue apresado y detenido diez días en un carro de ferrocarril, por no compartir esa candidatura. Defiende luego el derecho que tienen Obregón y González de lanzarse como candidatos, señalando indirectamente su preferencia por Obregón y refutando que sus calidades de militares los hagan candidatos inviables. Los llama civiles que tomaron las armas como el mismo Carranza, para defenderse de la tiranía de Huerta. Le pide finalmente que retire la candidatura de Bonillas y lo deje regresar a Washington. La carta está fechada en Monterrey, N.L., el 3 de abril de 1920.

En la parte final del libro, se refiere ya a las dificultades entre Carranza y el gobierno sonorensé encabezado por de la Huerta. Las negociaciones pacíficas entre ellos no habían procedido después de un mes de esfuerzos y Carranza estaba

concentrando tropas en torno del Estado norteño. Plantea que la Suprema Corte pudo solucionar legal y pacíficamente el conflicto. Pero que en vez de eso se ha soltado una persecución sobre Obregón y sus seguidores, llegando al punto de encarcelar al propio general de Huatabampo, quien recorría el país en plena campaña presidencial, y declarar a Sonora una guerra de exterminio.

A partir de ese momento ya no podía detenerse el conflicto. Poco después Carranza desconocía a de la Huerta como gobernador y ordenaba al general Ignacio L. Pesqueira que tomara el cargo de gobernador militar del Estado. Calles a su vez, como jefe de militar del gobernador de la Huerta, mandó un telegrama desconociendo al gobierno de Carranza. Alvarado se encontraba ya al lado de su amigo don Adolfo, dispuesto a participar en el enfrentamiento con Carranza.

Obregón era perseguido y estaba oculto. El 20 de abril lanzó un manifiesto en el que decía que en tales condiciones la campaña presidencial no podía continuar. Después se puso a las órdenes del gobernador de la Huerta. En otro manifiesto dirigido a los miembros del Partido Laboral Mexicano (PLM), Luis N. Morones, Salvador Alvarado y Ricardo Treviño declararon que el comité directivo de ese partido trabajaría en favor de Obregón y De la Huerta. Para el día 15 de abril ya la rebelión contra Carranza había sido apoyada por el gobernador de Zacatecas, Enrique Estrada y por el gobernador de Michoacán, Pascual Ortiz Rubio.

El 23 de abril se signó el Plan de Agua Prieta, cuyos principales firmantes fueron Calles, Alvarado, Francisco R. Serrano, Roberto Cruz, Alejandro Mange, Abelardo L. Rodríguez y Fausto Topete. El Plan denunciaba que Carranza había violado sistemáticamente la soberanía de los Estados y traicionado los ideales y aspiraciones de la revolución. Sostenía que Carranza debía abandonar la presidencia y reconocía a Adolfo de la Huerta como Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista. Al término de la rebelión se convocaría a elecciones para presidente de la República y para integrantes del Congreso de la Unión. Varios generales, con mando de tropas, abandonaron a Carranza y se pasaron del lado de los sonorenses, entre ellos Arnulfo R. Gómez, Antonio I. Villarreal y Lázaro Cárdenas. Durante el mes de mayo siguieron manifestándose muchos apoyos al Plan de Agua Prieta en diversos Estados. Carranza se fue rumbo a Veracruz el 7 de mayo a donde nunca llegó, como es sabido. Ocho o

diez mil personas formaban la comitiva presidencial en trenes que, se dice, tenían ocho millas de largo. En los trenes iban también los archivos y el tesoro de la federación. Al llegar a la población de Aljibes, en el Estado de Puebla, el tren presidencial encontró las vías levantadas. No pudo seguir adelante y los rebeldes ya venían pisando los talones al Varón de Cuatro Ciénegas. Además, las tropas de Guadalupe Sánchez en Veracruz, se sumaron al Plan de Agua Prieta y dejaron a Carranza sin lugar a donde ir. La historia de 1914 no pudo repetirse. El presidente perseguido dejó el tren y con un grupo de leales se dirigió a caballo hacia el norte. El 9 de mayo Obregón entró triunfante en la ciudad de México. Después Obregón y Pablo González negociaron. El 15 de mayo éste último retiró su candidatura presidencial por "el interés de la nación".

Carranza avanzó con su reducida comitiva de 70 hombres por las montañas de Puebla. Entre sus acompañantes iba don Luis Cabrera. También lo seguía el ingeniero Ignacio Bonillas y otros distinguidos acompañantes. El 20 de mayo escogieron los militares supuestamente fieles a Carranza el pueblo de San Antonio Tlaxcalaltongo para que pasara la noche. En la madrugada del 21 de mayo, las chozas fueron atacadas por tropas que se habían manifestado leales a Carranza, pero que en realidad ya estaban predispuestas en favor de Obregón. Carranza murió durante ese ataque que había sido dirigido por el general Rodolfo Herrero, el mismo que condujo a la comitiva presidencial a Tlaxcalaltongo.

Precursor del estado moderno mexicano

El 24 de mayo Adolfo de la Huerta fue designado presidente interino por el Congreso de la Unión para que gobernara el país a partir del primero de junio hasta el primero de diciembre de ese año. En su gabinete fue designado el general Salvador Alvarado como secretario de Hacienda y Crédito Público, con lo cual nuestro personaje volvió a entrar de lleno en la escena política nacional. Aparentemente a Obregón no le gustó el nombramiento de Alvarado. El historiador John W.F. Dulles sostiene que "la designación de Alvarado para dirigir la Secretaría de Hacienda causó mayor desagrado a Obregón, debido, cuando menos en parte, a la enemistad personal que se había producido entre los dos generales. En el Hotel Saint Francis (donde Obregón residía), Calles defendió

el nombramiento de Alvarado, explicando a Obregón que Alvarado era hombre de gran iniciativa y que tal cualidad era, por el momento, de mayor importancia que la amistad. De la Huerta también defendió a Alvarado, diciendo que lo conocía bien y que era hombre muy honorable, comprensivo y bien intencionado”.⁸

Alvarado fue Secretario de Hacienda del 3 de junio al 20 de noviembre de 1920. Durante ese tiempo inició la reorganización de la dependencia. Algunas de sus principales ideas económicas las expuso en una conferencia que dictó en el Teatro Noriega de Hermosillo, capital de Sonora, siendo secretario en funciones. La conferencia si bien fue publicada en un folleto con pie de imprenta, no tiene fecha. En esa ocasión sostuvo que había dos tendencias fundamentales en la práctica económica: la del *laissez faire* y la del intervencionismo. Las describe ambas y cuando se refiere a la segunda a la que se afilia, dice: “...proclama la intervención del Estado, como medio para estimular y conducir esas fuerzas (económicas y sociales) evitando la anarquía que resulta de la falta de coordinación en los esfuerzos”. El modelo fundamental, operativo, con el



que Alvarado se identificaba era el de Nueva Zelanda. Aunque reconoce algunos éxitos logrados por la corriente del *laissez faire*, argumenta que los intervencionistas atacan a la otra corriente impulsada fundamentalmente por países anglosajones, porque “permite que un grupo reducido de hombres se apodere de los recursos naturales, y de los medios de la producción de un país, y en algunos ramos y en ciertas épocas de los del mundo entero, produciendo escaseces y alzas artificiales, a tal grado, que la ley de la oferta y la demanda ha venido a ser una cosa del pasado. Por otra parte, las masas privadas del apoyo del Gobierno son aplastadas por los más capaces o los más fuertes y como consecuencia son víctimas de la minoría y de la opresión de la misma”.

Alvarado veía en la corriente intervencionista la organización del futuro, aun en los Estados Unidos, donde ya había experiencias como la del Estado de Dakota del Norte. Refería que en esa entidad de la federación norteamericana se había ampliado notablemente los servicios públicos con lo cual se lograba evitar el aumento artificial de precios; también se habían abierto bancos oficiales para impedir el uso indebido



del crédito. Defiende ampliamente el intervencionismo, pero después argumenta que todo extremo es negativo y que llegar al comunismo o al colectivismo tiene peores consecuencias que el abstencionismo, porque “acostumbraría al individuo y a la sociedad, a esperar todo de un Estado providente y cada vez se ocuparía menos de sí mismo, sin contar con la plaga del funcionarismo, esa lepra de los países latinos y latinoamericanos”.

La forma ideal de participación que Alvarado propone es: “la institución semioficial con gobierno privado, o la institución privada con el apoyo y vigilancia oficial”. A esta forma Alvarado la llama *sindicato* y piensa que debe operar en términos regionales. Independientemente de la organización, no cabe duda que el Estado mexicano ha operado un sinnúmero de empresas públicas, paraestatales o de participación estatal con esta filosofía propuesta por Alvarado. Según explicó en su conferencia del teatro Noriega de Hermosillo, la organización que proponía, encauzaría la producción en general, la asesoraría técnicamente y financieramente, estudiaría su comercialización y analizaría todos sus aspectos legales. No se excluiría la actividad privada, pero se apoyaría con un aparato estatal, a nivel regional, manejado con intervención de los mismos productores. La propuesta entrañaba todo un instrumento de planeación. Prevenía también sobre la utilización negativa de esta organización que pudieran hacer los políticos. La fórmula en la que pensaba Alvarado tenía que ayudar a conformar la sociedad y las relaciones de ella con el Estado.⁹

Aparentemente Salvador Alvarado duró muy poco tiempo al frente de la Secretaría de Hacienda, sin completar siquiera el período de 5 meses del interinato de Adolfo de la Huerta.¹⁰ Alvarado se fue a vivir un tiempo a los Estados Unidos de Norteamérica. Parece ser que durante los años de 1921 y 1922, las relaciones entre Obregón ya presidente y Alvarado, llegaron a ser muy malas. Al menos el juicio del sinaloense sobre el gobierno de Obregón era muy severo. Víctor Manuel Villaseñor señala en sus memorias al respecto: “Durante los dos años en que estuve ausente del país, el antagonismo de Alvarado para con Obregón se había exacerbado y trascendido. Lo consideraba traidor a lo que los principios de la Revolución Mexicana habían significado: saqueaba las arcas de la Nación y disparaba aquellos cañonazos de cincuenta mil pe-

sos que, según él mismo proclamaba con su habitual cinismo, ningún general era capaz de resistir”.

Eran los años en que los políticos y los militares revolucionarios se enriquecían. Muchos de ellos promovieron negocios de cierta importancia y empezaron a fomentar conexiones con familias que fueron poderosas durante el porfiriato. Alvarado también penetró en el mundo empresarial, según él mismo cuenta. Consiguió créditos e ingresó en negocios como el propio *Heraldo de México* que tenía una clara intención de promover la actividad política. Vendió después sus acciones de ese diario al señor Alfonso E. Bravo y quedó deslindado de la empresa.¹¹ Para 1922 ya era accionista de la Compañía de Luz y Fuerza del Istmo de Tehuantepec, sociedad anónima. Aparentemente era el principal propietario de esa empresa aunque no del total de las acciones; narra que obtuvo las acciones de la Caja de Préstamos en 1919, cuando no tenía ningún cargo oficial y cuando sus relaciones con Carranza ya eran malas.

Otro de los negocios en los que intervino fue la Compañía Industrial del Istmo, S.A., dedicada a la explotación de molinos de nixtamal y que compró por 20,000.00 pesos, comprometiéndose a pagarla con mil pesos mensuales. También reseña que había adquirido la planta de luz de Tierra Blanca en 15,000.00 pesos, de los cuales —acota— seis mil pagó por mi cuenta la Comisión Monetaria y los nueve mil restantes se dieron al señor Rafael Ochoa (el vendedor) en dieciocho pagarés mensuales de quinientos pesos cada uno, de los que todavía se le deben ocho mil quinientos pesos”. Alvarado justificaba públicamente su pequeña fortuna y hablaba de los esfuerzos invertidos en las empresas mencionadas para sacarlas a flote y hacerlas muy rentables. También hace la relación de sus bienes muebles e inmuebles, entre los cuales figuraba una casa que había comprado a fines de 1921, en la Calle de Guanajuato número 136 en la colonia Roma y un rancho llamado “La Magdalena”, que adquirió en 40,000.00 pesos. Por último incluía en la relación sus automóviles y las alhajas de su esposa que valían mil quinientos pesos, aunque le habían sido regaladas no por él, sino por parientes de ella. Manifiesta luego que tenía ciertos solares en Tampico a los que no les asigna valor, porque estarían conectados con negocios petroleros en los que tenía interés pero a los cuales habría que invertir trabajo para que se valorizaran. Después hace un recuento de sus deudas, la mayoría créditos obtenidos para los negocios mencionados y un balance: tenía 375,052.96 pe-

sos de activo y 356,678.80 de pasivo, con lo cual su saldo favorable era de un poco más de diez y ocho mil pesos. Toda esa información la proporciona para probar que no se había enriquecido en su gobierno de Yucatán.

Los últimos rebeldes

En 1923 se inició un proceso sucesorio difícil que iba a conducir nuevamente al enfrentamiento armado. Tanto el general Plutarco Elías Calles, como Adolfo de la Huerta sintieron que tenían piernas de jinete. Ambos aspiraban a la silla presidencial. También eran insistentemente mencionados los generales Antonio I. Villarreal y Salvador Alvarado como posibles candidatos presidenciales, pero ninguno de ellos contaba con bases sociales o militares de apoyo, ni mucho menos con el respaldo del presidente Obregón. Este pareció decidirse por Calles, el sonorenses que había sido durante los últimos años secretario de Gobernación y que recogió un número importante de apoyos en diversas regiones del país. Entre los partidos que le manifestaron públicamente su respaldo a Calles estuvieron el Laborista Mexicano de Morones, el Nacional Agrarista de Soto y Gama y el Socialista del Sureste de Felipe Carrillo Puerto con quien Alvarado había roto abiertamente desde 1921. Aparentemente Calles y de la Huerta dialogaron, se entendieron y aunque de la Huerta era muy popular y despertaba simpatía en diversos sectores, no intentó lanzar su candidatura presidencial a partir de ese entendimiento. En julio de 1923 hizo de la Huerta las siguientes declaraciones: "Yo he repetido hasta la saciedad, hasta el cansancio, que por ningún motivo figuraré en la lista de candidatos a la presidencia de la República en las próximas elecciones: todos mis amigos lo saben y no proceden como tales los que pretenden presentarme ante la opinión pública como un político falso, vergonzante, que tiene ocultas intenciones y creo que tengo derecho, de acuerdo con mis antecedentes, a que se me crea".¹² Este tipo de declaraciones las hizo varias veces por aquellos días. Sin embargo, las circunstancias cambiaron en breve radicalmente y, con ellas, su decisión.

En aquel tiempo, un hombre fuerte de la revolución ya retirado pero con manifiestas simpatías por Adolfo de la Huerta, Pancho Villa, fue asesinado. De la Huerta siguió siendo propuesto para la presidencia, tenía simpatías mani-

fiestas entre los diputados. Jorge Prieto Laurens, presidente de la Cámara de Diputados y del Partido Nacional Cooperativista que contaba con la mayoría en el legislativo se inclinó claramente por de la Huerta, en virtud de que Obregón lo desconoció como gobernador electo de San Luis Potosí. Calles renunció a la Secretaría de Gobernación el 30 de agosto de 1923, para atender su salud y después hacer su campaña presidencial, la cual anunció oficialmente el 5 de septiembre. Los partidarios de don Adolfo siguieron impulsando su candidatura a pesar de que él negaba públicamente su interés.

Posteriormente Obregón y de la Huerta, rompieron sus relaciones por el conflicto estatal en San Luis Potosí donde se habían declarado desaparecidos los poderes. De la Huerta volvió a defender la soberanía de los Estados, como lo hizo en el Plan de Agua Prieta un poco más de tres años atrás contra Carranza. De la Huerta renunció a la Secretaría de Hacienda el 24 de septiembre y su renuncia se publicó al día siguiente, con lo cual hacía definitivo su rompimiento con Obregón.

El 14 de octubre el Partido Cooperatista hizo en el zócalo una manifestación de apoyo a la candidatura de Adolfo de la Huerta. Cinco días más tarde don Adolfo aceptó la candidatura que le brindaba ese partido. Esa decisión fue hecha por el civil sonorensé, después de que Obregón lo culpó de haber hecho una gestión desastrosa al frente de la Secretaría de Hacienda. La discusión sobre la crítica situación financiera del país continuó ampliándose y la responsabilidad la atribuyó el gobierno a de la Huerta. Éste y sus partidarios se defendieron públicamente. Alvarado fue un partidario de don Adolfo en todo momento.

Las tensiones políticas, como se sabe, condujeron a la lucha armada a pesar de que de la Huerta trató de evitarla. La decisión de la rebelión delahuertista fue precipitada por una orden de aprehensión dictada en contra del ex-Secretario de Hacienda. De la Huerta salió discretamente hacia Veracruz, ya que allí contaba con el apoyo del general Guadalupe Sánchez y sus tropas. Llegó a Veracruz el 5 de octubre y fue aclamado.

A principios de diciembre de 1923 la rebelión delahuertista que ya era un hecho, contó con el apoyo del general Enrique Estrada. Para fin de ese año, se calcula que la mitad aproximadamente del ejército, unos cincuenta mil hombres, apoya-

ron la rebelión de don Adolfo. El general Enrique Estrada se había proclamado jefe de la rebelión en los Estados de Jalisco, Zacatecas, Colima, Nayarit, Michoacán y Guanajuato. Alvarado se sumó a las fuerzas de Estrada, junto con el general Manuel M. Dieguez y otros militares de prestigio. En el Estado de Tabasco la revuelta contra Obregón cobró también dimensiones amplias. El gobernador Garrido Canabal, fiel al gobierno obregonista, fue atacado por numerosas tropas que mantuvieron en sitio a la ciudad de Villahermosa durante un mes, hasta que el 15 de enero fue tomada por los delahuertistas. Después los rebeldes sufrieron un severo revés en la batalla de la estación Esperanza que tuvo lugar a fines de enero. Los delahuertistas decidieron abandonar Veracruz y que sus fuerzas del sur se concentraran en los Estados de Tabasco, Campeche, Yucatán y Chiapas, donde controlaba la situación. El 5 de febrero los rebeldes dejaron el puerto jarocho y el día 12 de ese mismo mes las tropas de Obregón comandadas por el general Eugenio Martínez entraron triunfantes al lugar.

Obregón dirigía directamente las operaciones contra los rebeldes de la zona oeste del país, desde su cuartel de Irapuato. El general Alvarado estaba precisamente en esa parte del país luchando al lado de los rebeldes. Junto con otros jefes militares y sus tropas se habían atrincherado fuertemente en Ocotlán, Jalisco. La batalla de los obregonistas para recapturar Ocotlán se inició el 10 de febrero desde muy temprano. Para la tarde ya se perfilaba la derrota rebelde y el general Alvarado decidió retirarse después de una reñidísima batalla y de sufrir la traición del general Anzaldo, quien aprehendió al sinaloense y lo puso a disposición del joven general Lázaro Cárdenas. El michoacano admiraba mucho a Alvarado por su obra en Yucatán, como se lo contó 25 años después a Víctor Manuel Villaseñor, así que decidió liberar a nuestro personaje. Alvarado salió para Manzanillo y de allí partió a Vancouver, Canadá.

También el general Estrada fue derrotado, aunque pudo escapar hacia Acapulco. Las derrotas de los rebeldes continuaron dándose. Don Adolfo de la Huerta estuvo un mes en Frontera Tabasco, partió a la Habana y después a Estados Unidos. Luego en Nueva York Alvarado se encontró con don Adolfo de la Huerta. Allí fue nombrado Jefe de la rebelión y regresó a Tabasco en mayo de 1924 a encabezarla. Para entonces la rebelión había perdido mucho terreno. El jefe de-

lahuertista en Oaxaca general Fortunato Maycotte, otro frente importante de la rebelión, había sido derrotado. El general Cándido Aguilar que era el Jefe de la revuelta delahuertista, se entendió con Alvarado y se dividieron el mando, el primero quedó al frente del movimiento en los Estados de Yucatán y Campeche, en tanto que el segundo en Chiapas y Tabasco.

Aparentemente hacia junio de 1924 la derrota de los delahuertistas era inevitable. Alvarado se encontraba en la selva de Chiapas y quiso refugiarse en Guatemala. Al llegar al rancho "El Hormiguero" decidió descansar y tomar unos alimentos en compañía de su escolta. Fue sorprendido por tropas obregonistas mandadas por el general Federico Aparicio, quienes entraron a esa población gritando viva Obregón y disparando sus armas. Alvarado no tuvo tiempo siquiera de defenderse y cayó muerto con el cráneo destrozado por una bala.



Notas

¹ Entre los propósitos manifestados en la *Reconstrucción de México*, está el prescindir de la lucha realizada sólo a través de la violencia y la destrucción. La fase constructiva de la revolución a nivel nacional apenas empezaba en medio de una situación económica crítica, con una deuda pública muy fuerte y con gran desorganización social en todo el país. La violencia era todavía parte de la vida cotidiana. Alvarado piensa que había que abandonar las actitudes “del caudillo de revuelta y de motín”, del “soldado de fortuna que se lanza a la lucha sólo para satisfacer pasiones y apetitos inconfesables”. Planteaba que era necesario “alejar de nuestro medio la *política caciquil* de compadrazgos y favoritismos y que se imponga la alta y verdadera *Política basada en la ciencia de Gobierno*, en el ahorro del esfuerzo, en la línea de menor resistencia; en una palabra en la *eficiencia administrativa*”. Para Alvarado la tarea fundamental era construir un Estado moderno, poderoso, promotor de la economía y de la organización social; un Estado educador, eficiente y honesto. En los primeros capítulos hace un recuento de nuestros recursos naturales, de la necesidad de inventariarlos y planear su explotación. Toca también el problema agrario y la cuestión agrícola. Analiza los problemas financieros, fiscal y las deudas públicas interior y exterior. Después se refiere en particular al petróleo. Tenía ideas bastante claras sobre nuestros recursos petroleros. Pensaba que el gobierno mexicano tenía el derecho de reclamar para la nación la propiedad del subsuelo y que el petróleo debía ser aprovechado para la prosperidad de México, aunque nunca llega a proponer la expropiación. Después analiza en esa misma obra algunos problemas financieros internacionales: “el imperialismo financiero”, las inversiones de países europeos y sus ganancias, las “nuevas tendencias del imperialismo”, la diplomacia del dólar y nuestra diplomacia, nuestras relaciones con Centroamérica, la solidaridad latinoamericana.

En la segunda parte del libro plantea “el problema social”. Empezar por las clases sociales en nuestro país; después continúa con la problemática de los indígenas, la educación, la planeación por regiones, la higiene y la salud de la población, la alimentación (propone restaurantes del Estado), la habitación, el seguro social y dedica una larguísima parte a los problemas del niño. Hace un estudio detallado de un número enorme de problemas sociales: la ciudadanía y la educación cívica, el alcoholismo, la prostitución, la vagancia y la mendicidad, el agiotismo y el capitalismo que llama “ocioso”. Argumenta largamente para rechazar nuestra pretendida inferioridad frente a otros países; describe la situación de la mujer y replantea la organización de la justicia.

En la tercera parte de esa obra toca el problema del ejército y la marina. Después dedica muchas páginas al trabajo y las relaciones laborales; en este punto es en el que propone un *socialismo de Estado*. Después toca el problema político, la cuestión electoral, la libertad municipal y la necesidad de reorganizar por completo el gobierno nacional. Casi al final estudia el desarrollo urbano, en un análisis que va desde la casa habitación, hasta la planificación de ciudades y los servicios públicos que requieren. Remata el trabajo con consideraciones sobre el presidencialismo y la democracia.

² En un artículo publicado el 5 de mayo de 1922 en el diario *El Demócrata*, cuenta cómo y por qué fundó ese periódico a principios de 1919: "Cuando después de haber entregado mi comisión militar me radiqué en esta capital (ciudad de México), encontré que el ambiente era desfavorable a las ideas revolucionarias; y que revolucionario y bandido eran sinónimos, y además encontré a los revolucionarios en su mayoría, alegres, contentos y satisfechos, creyendo que la revolución había triunfado porque ellos habían triunfado; nadie hablaba de reformas ni de organización, ni de la parte constructiva de la revolución y eso me llevó a escribir un libro que titulé *La Reconstrucción de México* y a fundar *El Heraldo de México...*" Luego da cuenta de los créditos que obtuvo para el sostenimiento del diario, que en total sumaron \$193,000.00 pesos. Dice que después vendió las acciones de la empresa al señor Alfonso Bravo.

³ Cfr. Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana*, Los años constitucionalistas, FCE, pp. 362-366.

⁴ *El Heraldo de México*, 15 de agosto de 1919.

⁵ Más adelante en la misma carta abierta se refiere ya de lleno y claramente al caudillismo que veía gestarse: "...de nada sirven los cambios de hombres en el poder, si continuamos con los mismos sistemas. Mala, muy mala administración habrá en México, mientras sigamos cometiendo el absurdo tradicional de confiar toda la vida del país a un solo hombre, con facultades para disponer de enormes sumas de dinero, del Ejército, de la Marina, de la resolución de todos los asuntos públicos y privados de todos los habitantes del país; que tiene el poder de declarar la guerra y hacer la paz, enriquecer o arruinar regiones enteras, erigir y matar industrias; de cuya voluntad depende el éxito de toda negociación y de toda empresa, y la seguridad y prosperidad de todos y cada uno de nosotros. Esto sin taxativas ni responsabilidades. Mientras nos empeñemos en encomendar el gobierno a un solo hombre, sufriremos las consecuencias (...) Un sistema donde la única condición para desempeñar los puestos públicos, desde los más importantes hasta los más ínfimos, es la adhesión sin condiciones a la persona del caudillo, no puede traer otra cosa que las desgracias y la vergüenza que la Nación ha sufrido a través de su historia. Y esto es lo que nos traería también ahora la elección de un caudillo, sin reformar nuestra organización política".

⁶ En sus estatutos el PLD se planteaba como una federación de partidos liberales que se funden en cada Estado o Territorio del país, los

que serían completamente autónomos para decidir lo relativo a la política interior de sus entidades. Las formas de organización partidaria eran los Clubes y las Juntas que abarcaban varios Clubes de un municipio o Estado. Entre los principios por los que lucharía estaban: la libertad de enseñanza y de conciencia; la descentralización de los poderes públicos; el desenvolvimiento de la autonomía municipal; la democratización del ejército; la organización científica de la administración pública; la simplificación, aligeramiento y distribución más equitativa de los impuestos públicos; el mejoramiento económico y moral de las clases trabajadoras; la mayor ilustración y cultura del pueblo en general; la buena y pronta administración de justicia; la efectividad del sufragio público y el mejor aprovechamiento de las riquezas naturales del país, oponiéndose a los monopolios injustos y acaparamientos inconvenientes y sin hostilizar ni excluir deliberadamente al hombre y al capital extranjero, manteniendo en este punto un inteligente patriotismo y defensa de los intereses nacionales, que sepa respetar, sin embargo, los derechos de la humanidad en general. Se propone la formación de una Junta Nacional Organizadora que fuera registrando y organizando las Juntas Estatales y éstas, a su vez, lo harían con las municipales. Para designar al candidato presidencial se haría un cuestionario que responderían todos los Clubes del partido y se enviarían los nombres de los cinco postulantes que tuvieran más votos. En la Convención Nacional se sacaría al candidato definitivo. Se preveía que en la Semana Santa de 1920 se debería reunir la Convención Nacional del nuevo partido. Todos estos datos sobre el PLD, sus Estatutos y planes de organización se publicaron el 1º de octubre de 1919 en *El Heraldo de México*.

⁷ A continuación un párrafo modular de sus consideraciones: “Como se ha visto la acción del sistema presidencial, practicado en la forma en que nosotros lo sufrimos, no puede ser más funesta para una nación. Mata el espíritu público, destruye en el hombre la confianza en sí mismo, la independencia, el carácter, la personalidad, la energía, el espíritu de empresa, el valor civil; en una palabra aniquila toda fuerza moral y toda excelencia de carácter, que son los factores a que deben su progreso las sociedades, hasta convertir al país en un verdadero pantano, de donde no salen, ni pueden salir otras emanaciones que las que acusan una profunda corrupción. Preciso es, pues, abandonar el sistema. El parlamentarismo es el que nos conviene, pero con las restricciones que eviten en el otro extremo: el congresismo anárquico y destructor”.

⁸ John W.F. Dulles: *Ayer en México*, FCE, pág. 79.

⁹ EL siguiente párrafo ilustra sus ideas al respecto: “Sociedad la nuestra en formación, de carácter patriarcal, comunista y regida por representativos y caciques, no ha tenido en realidad gobierno en la acepción que el vocablo le da en nuestros días sino oligarquías de cacique y politiqueros. Para sus funciones en colaboración con los gobiernos locales, con las Secretarías de Estado, con los Cónsules y at-

tachés comerciales en el extranjero. Las obras que proponga, como presas, canales, carreteras, puertos, ferrocarriles, plantas eléctricas, servicios públicos, nunca las hará directamente en caso de obtener los contratos; constituirá compañías subsidiarias "ad-hoc", para así obtener las ventajas de las tres bases de una buena administración, a saber: subdivisión del trabajo, especialización de las funciones y definición de las responsabilidades. No se trata, repito, de suplantar las funciones del individuo por el Estado, ni de matar la iniciativa privada, sino por el contrario, de estimularla, encauzarla y coordinar los esfuerzos, para evitar la anarquía y el despilfarro inherente al estado caótico que la producción y el trabajo han conservado hasta hoy en nuestro país".

¹⁰ J. A. Ruibal Corella, sostiene que Alvarado duró sólo dos meses como titular de Hacienda y después salió hacia Nueva York a defenderse de los *trusts* norteamericanos que lo habían demandado como dictador de Yucatán.

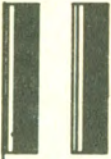
¹¹ Alvarado publica tres largos artículos en el diario *El Demócrata*, aparecidos los días 4, 5 y 8 de mayo de 1922. En el segundo de ellos, titulado "Los millones de Alvarado", narra detalladamente de los negocios en los que intervino y de su participación en dinero. En el primero refiere su obra en el Estado de Yucatán y en el tercero, titulado "El fracaso del Socialismo en Yucatán", crítica al gobierno socialista por no haber tomado las medidas de austeridad que él recomendó desde fines de 1918. Al finalizar la guerra mundial era lógico pensar que la demanda de henequén se reduciría. Acusa a los acaparadores antiguos (la "casta") que él derrotó de conquistar a Carranza y ganar su favor. Finalmente afirma que la mayoría de los dirigentes socialistas no eran personas preparadas para gobernar y mucho menos para conducir las finanzas del Estado.

¹² Aarón Sáenz, en *Excelsior*, 16 de marzo de 1958, citado por J.W.F. Dulles, *Ayer en México*, FCE, pág. 164.

Marx a la luz y a la sombra del siglo XX

Segunda parte

DOSSIER



● Bolívar ECHEVERRÍA

En la hora de la barbarie

“Por otra parte, pudiéramos tomar venganza de vosotros sin hacer armas ni rebelarnos, con sola nuestra separación... se quedaría el mundo como muerto, la soledad os representaría como aniquilada esta Ciudad... quién os libraría de los enemigos ocultos que arruinan el espíritu y la salud, de esos demonios quiero decir, que arrojamos de vosotros sin recompensa alguna: sólo este medio de dexarlos que os poseyesen era suficiente venganza.”

Tertuliano, *Libro apologético*.

No sabemos bien lo que Rosa Luxemburg quería decir con “barbarie” cuando, en el verdadero comienzo de este siglo, en la Gran Guerra, reconocía para la marcha de la historia una encrucijada inevitable: o adopta el difícil camino del socialismo o se hunde en la barbarie. ¿Era adecuado este reconocimiento? Alguien llegado de afuera diría que sí, que es evidente: la historia se decidió por la barbarie y ésta se generaliza y profundiza. Nunca como en el siglo XX, insistiría, tantas posibilidades sociales y técnicas de felicidad, de armonía entre los hombres y entre éstos y la naturaleza, fueron convertidas de manera tan sistemática en compulsiones a la desgracia y la destrucción. Pero los que viven

este siglo no están dispuestos a una constatación tan contundente y condenatoria como ésta. Criados para el arte de interpretar lo malo como menos malo a la luz de la posibilidad de lo peor; ansiosos de encontrarle siempre a todo, incluso a lo peor, el lado bueno, se resisten con recelo fetichista a sumar bajo el término "barbarie" todas las catástrofes y las masacres de su época, la frustración de pueblos y generaciones enteras que ella contiene, el asfixiante estrechamiento de la vida individual y colectiva que ella ha traído consigo. Para ellos, pese a todo, el progreso —que sería por esencia bueno— sigue; la humanidad mantiene su marcha ascendente.

Barbarie: una vida cuyo transcurrir fuera el discurso de un idiota, lleno de ruido y furor y carente de todo sentido. Ausencia de *sentido*: he ahí la clave de la barbarie. ¿Ha sido el siglo XX como una mera corporización de un cuento incoherente y violento? El mural de barbaridades del siglo XX, inmenso y recargado, no puede ser descrito dejando de lado una presencia tangencial pero dominante, que organiza su contenido en la misma medida en que lo niega. Me refiero a la presencia real de un proyecto de sentido o, mejor de *contra-sentido* para la historia contemporánea: el Comunismo; a la materialización de éste en una entidad sociopolítica peculiar: la Izquierda; a su manifestación en conceptos mediante un discurso propio: el Marxismo.

Sólo un hecho impide hablar del siglo XX como de una época de barbarie. No se trata de la existencia de un nexo que al unir una barbaridad con otra les otorgue un sentido trascendente; una categoría de males necesarios en el camino a un bien último. Se trata de la existencia de la *Izquierda*: una cierta comunidad de individuos, una cierta fraternidad, a veces compacta, a veces difusa, que ha vivido esta historia bárbara como la negación de otra historia deseada y posible a la que debe accederse mediante la revolución. En virtud de la existencia de la Izquierda, la miseria de la vida moderna, la destrucción de los hombres y de la naturaleza en las ciudades y en los campos de la época industrial deja de ser un absurdo y se vuelve un acontecimiento histórico dotado de un sentido —negativo— y por tanto explicable. Se explica por el hecho de que la reproducción de la vida social —la unidad de trabajo y disfrute— se lleva a cabo de un *modo* peculiar que no sólo se ha vuelto ya *sustituible*, sino que despierta el *deseo* de su sustitución al contradecir las tendencias sociales y técnicas inherentes a ese mismo proceso en tanto que proceso de producción y consumo de bienes. La existencia de la Izquierda le da un sentido —un contra-sentido— al sin sentido del siglo XX. Gracias a ella,

las guerras mundiales no son meras riñas inevitables entre organismos nacionales a los que se les desboca su agresividad instintiva, ni el sangriento control colonialista del planeta un mero episodio en la lucha por la supremacía del más fuerte y la extinción del más débil; éste, como aquéllas, viene de la traslación de la irracionalidad de la vida capitalista nacional a la escala planetaria; son catástrofes y genocidios tal vez inimaginables pero sí penetrables a la razón como resultado necesario de la disputa entre los capitales nacionales imperialistas por alcanzar el dominio sobre los demás. Porque la Izquierda estuvo allí, *Auschwitz* dejó de ser un holocausto casual provocado por un loco: fue el resultado del fracaso de la propia Izquierda; el sacrificio excedentario con el que el cuerpo social debía pagar el triunfo de la contrarrevolución anticomunista en la Europa de la civilización burguesa.

Pero, “el desierto crece”: incluso la fuente de su contra-sentido amenaza con cegársela al siglo XX en estos, sus últimos decenios. Comunismo, Izquierda y Marxismo se encuentran en crisis; en un momento en que su renacimiento o su desaparición son igualmente posibles. No se trata, sin duda, de una situación de subordinación total de la sociedad al aciago destino que le marca la acumulación del capital; la rebeldía brota por todas partes, de manera más o menos radical, poderosa y duradera: el ser humano se resiste en tanto que fuerza de trabajo mal pagada, en tanto que variedad discriminada por su sexo, su raza o su comportamiento, en tanto que grupo social reprimido en lo político, lo nacional o lo religioso. De lo que se trata es de un desgaste irrevocable de la figura histórica concreta que la presencia del contra-sentido en el siglo XX, como resistencia y rebeldía reales, como tríada Comunismo-Izquierda-Marxismo, heredó del siglo anterior. La tríada Comunismo-Izquierda-Marxismo sólo pudo adquirir una figura concreta, una vigencia efectiva en la historia contemporánea mediante un conjunto de tres *auto-afirmaciones teórico-prácticas* que debieron ser *compatibles* con la esencia de lo político delimitada por la sociedad civil o burguesa. La afirmación de que su “base social” existe de hecho y coincide aproximadamente con lo que el curso sociológico llama “clase obrera industrial”. La afirmación de que su modelo de sociedad alternativa es realmente viable y que —habida cuenta de factores distorsionantes— puede ser encontrado empíricamente en la URSS y sus prolongaciones. La afirmación, por fin, de que su acción, lejos de ser utopista, no es otra cosa que el intento de “modernizar” la sociedad, de adecuarla a las conquistas productivas innegables, logradas espontáneamente por los medios de producción.

Pero estos últimos cien años han sido demasiados años para la capacidad de adaptación de cualquier figura concreta de una realidad histórica. Demasiados también, por lo tanto, para la figura tradicional de la Izquierda y de la tríada a la que ella pertenece. En primer lugar, el abigarrado panorama de brotes de impugnación del sistema no puede ya ser descrito como una simple modificación de la misma figura histórica de la Izquierda. Muchas de esas rebeldías son, más que extrañas entre sí, enconadamente hostiles las unas a las otras. La “clase obrera industrial”, por su lado, al mismo tiempo que ha dejado de ser la portadora del proyecto comunista de una contra-historia contemporánea, ha perdido también la capacidad de ofrecer un plano homogéneo de acción a los demás sujetos de la rebeldía, y de ser así su representante. En segundo lugar, la necesidad de la existencia de los *Gulag*, de la represión de la democracia y del anquilosamiento de la vida social para el sostenimiento del “socialismo real” no puede ya ser interpretada como una necesidad impuesta desde afuera, por el contorno capitalista, a un proceso de “transición al socialismo”; debe ser reconocida como la presencia perversamente metamorfoseada, interesada en consolidarse y perseverar, de las mismas leyes generales del modo capitalista de la reproducción social. El modelo de sociedad alternativa sólo puede tener en el orden implantado por la URSS la imagen de lo que no debe ser. Por último, no hay ya esfuerzo capaz de mantener en pie la creencia en una “bondad” intrínseca de la técnica; resulta ilusoria la posibilidad de que un nuevo orden social desplace del lado negativo al lado positivo el mecanismo que regula el sentido del funcionamiento de *una misma* tecnología, la tecnología moderna. Tecnología ideada para potenciar la explotación de la fuerza de trabajo, impone ahora su destructividad desahogada; no puede ya mantenerse en su papel de benevolente correctivo realista para los sueños de una historia alternativa.

La caducidad de la figura concreta que la tríada Comunismo-Izquierda-Marxismo debió adoptar para tener efectividad en la historia contemporánea se muestra de manera muy especial en lo que respecta al Marxismo. La fuente del discurso de la rebeldía y el contra-sentido ha experimentado en este siglo una diversificación y una radicalización tan marcadas, que la *versión* de sí mismo que el discurso crítico marxista debió elegir y desarrollar desde la época del propio Marx —la de un cuerpo de saber científico positivo, propio de la “clase obrera industrial” y capaz de sustituir a su equivalente burgués como garantía de racionalidad, para el nuevo orden social— resulta demasiado estrecha e inofensiva

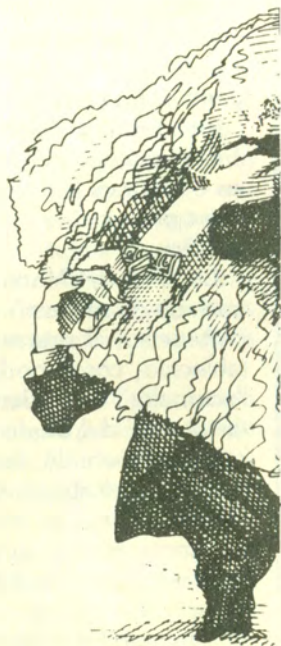
cuando pretende ofrecer a todos los otros esbozos de discurso crítico un terreno común para su formulación e interpenetración.

De esta versión del discurso crítico, que llegó al ridículo con el Dia-Mat staliniano y que tuvo su último intento de adaptación a comienzos de los años sesenta (el materialismo histórico: un nuevo "continente" en el mapamundi de la ciencia), escribía Foucault que "se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como pez en el agua; es decir, en cualquier otra parte deja de respirar". Para Foucault, la teoría marxista carece de actualidad porque, además de pertenecer al siglo XIX, es decir, de haber alcanzado vigencia histórica en él —lo que de por sí sería una virtud—, permanece atrapada en la problemática propia de este siglo, cuyos alcances son estrechos y faltos de radicalidad. La "encomienda" que el espíritu revolucionario del siglo XIX hacía al pensamiento era la de "establecer para el Hombre una permanencia estable sobre esta tierra, de la que los dioses se habían apartado o esfumado". Una "encomienda", si no mezquina (como la llamaría



Heidegger), sí superficial. Porque lo que está en cuestión radicalmente —esto debe saberlo la época del pensar que se abre con Nietzsche— no es el logro y la distribución de los “bienes terrenales”, no son las posesiones del Hombre (el moderno *maître et possesseur de la nature*), sino lo humano mismo, esta entidad histórica peculiar que está en trance de desaparecer una vez que todas las virtudes que desarrolló a costa de cruentas mutilaciones se convierten una a una en vicios nocivos para él mismo y para la naturaleza. El discurso contemporáneo sólo puede ser radical si acepta la “encomienda del pensar” que viene de esta “peligrosa inminencia”: “el fin del Hombre”.

Pero, ¿se detiene la “encomienda” del comunismo a su discurso crítico en los límites respetados —en “acomodación al espíritu de la época”— por la versión predominante del Marxismo: sociologista, estatalista y progresista? Si no es así, ¿qué otra manifestación concreta ha tenido o puede tener ese discurso crítico comunista?: ¿un Marxismo “diferente” o un nuevo “-ismo”, post-marxista?



La actividad y el discurso de Marx son como una sustancia que adquiere diferentes formas según la situación en que son invocados para fundamentar diferentes *marxismos*: diferentes garantías teóricas (científicas) de proyectos prácticos (empíricos), histórico-concretos, de actividad política que se pretende anticapitalista. Aparte del nombre "Marx", disputado por su prestigio legendario, estos diferentes proyectos pueden llegar a no tener en común más que algunos retazos de teorema, extraídos siempre de un sector muy limitado de la extensa obra de Marx; o incluso menos: unas cuantas fórmulas "marxistas" dotadas de un valor puramente emblemático. Pero es posible clasificar a todos los marxismos en dos grandes grupos: de una parte, el de los que —como el Marxismo dominante— resulta de la *imposición* de una forma a una sustancia, tratada ésta como si fuera una materia libre de conflictividad interna, compuesta por elementos homogéneos y por tanto *pasiva*; de otra, el de los que resultan de la *elección*, de entre los varios *esbozos divergentes de forma* que presenta por sí misma la sustancia Marx, aquél que, por su radicalidad y su *universalidad concreta* (Sartre) —y mediante su *perfeccionamiento crítico*— resulta indispensable para armonizar el discurso plural del comunismo, de la rebeldía multiforme frente a la historia capitalista, que de otra manera permanecería balbuceante y contradictorio. Esos varios esbozos de forma para la sustancia Marx son en verdad los distintos proyectos de identidad individual, privada y pública, práctica y teórica, que se combinaron conflictivamente para constituir la vida de Marx y que, uno a uno, predominaron en determinados períodos de ella. Elegir entre ellos lleva incluso en ocasiones a disentir de la preferencia explícita que el propio Marx pudo haber mostrado en este o aquel momento por alguno de ellos.

La crisis del Marxismo parece decidirse, en un sentido, por el traslado de su versión tradicionalmente dominante, y de otras que pertenecen al mismo tipo, al campo del discurso del Poder establecido, como poder estatal en el que convergen los intereses "normales" u occidentales y los intereses modificados o "socialistas reales" del modo capitalista de la reproducción social.

En otro sentido, la crisis del marxismo parece dirigirlo, en cambio, hacia el abigarrado campo de la rebeldía contemporánea, a discutir dentro de él, sin límites, reservas ni concesiones, todos sus contenidos y su estructura misma como discurso, todas sus formas de presencia como movimiento práctico.

La "encomienda" que el Comunismo hace a su discurso histórico concreto ha rebasado siempre —desde la época en que el pro-

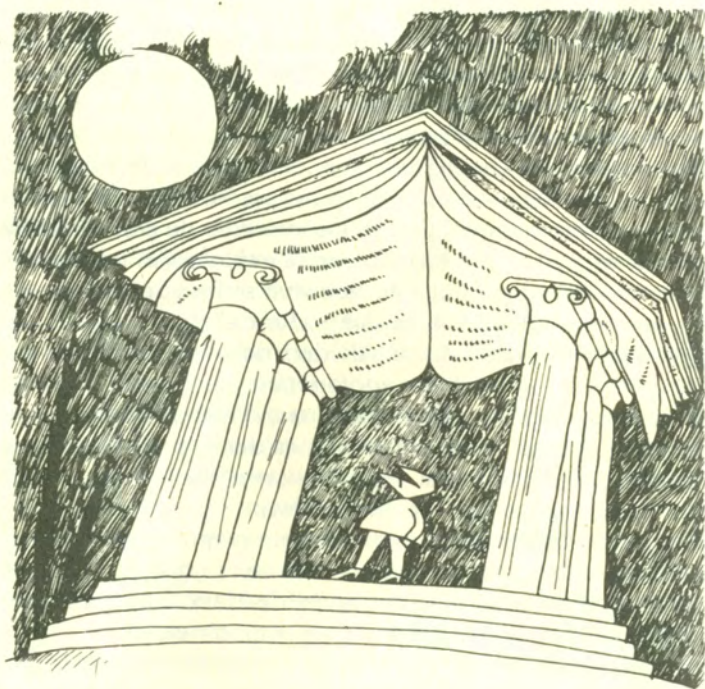
pio Marx hizo burla del Programa socialdemócrata apoyado por la fracción “marxista” en Gotha— los límites del Marxismo “demasiado realista”. Se ha hecho presente en muchos Marxismos marginales —conocidos por ciertos nombres claves que van de Rosa Luxemburg y Hermann Goerter a Karel Kosík y Rudi Dutschke, pasando por Karl Korsch, Wilhelm Reich y muchos más— que, al acompañar, en calidad de estorbos y desviaciones, la historia del Marxismo predominante, fueron la causa de la persistencia en él de un cierto grado de radicalidad y por tanto de efectividad revolucionaria.

En una historia que ha desgastado todas sus “vías preferenciales”, que se ha vuelto, toda ella marginal, el Marxismo que parece poder renacer de su crisis actual es el de esta tradición heterodoxa.

La insistencia en un *doble descubrimiento teórico* del Marx joven (1843-1848), que se vuelve una doble constante teórica, más o menos manifiesta pero siempre determinante, de los escritos del Marx maduro (el de *El capital*, la inconclusa “crítica de la economía política”), parece estar conectada con la posibilidad del renacimiento y la renovación marxistas. El primer aspecto de este descubrimiento tiene que ver con la idea misma de un discurso capaz de llevar adelante la “encomienda” comunista. Se trata del reconocimiento de que la historia del *discurso positivo*, del *logos* para la producción —esta creación específica del ser humano— ha estado de tal manera ligada a los intereses de consolidación de modos de reproducción basados en la explotación y la represión, que hoy en día, en la época en que vivir se ha vuelto sinónimo de existir para el mantenimiento del poder del capital y su congreso de Estados nacionales, la positividad del discurso ha llegado a identificarse con su *carácter apologético* del sistema. Se trata así del descubrimiento de que el discurso del comunismo sólo puede ser tal, si es estructuralmente crítico, es decir, si vive de la muerte del discurso del Poder, de minarlo sistemáticamente; si su decir resulta de una estrategia de contra-decir.

El segundo aspecto del descubrimiento que puede renovar la actualidad del Marxismo tiene que ver con lo que podría llamarse el teorema crítico central de *El Capital* de Marx. La idea de que todos los conflictos de la sociedad contemporánea giran, con su especificidad irreductible, en torno a una fundamental contradicción, inherente al modo capitalista de la reproducción social: la *contradicción entre valor de uso y valor*; entre dos “formas de existencia” del proceso de reproducción social: una, “social-natural”, trans-histórica, que es determinante, y otra histórica-

mente superpuesta a la primera, parasitaria pero dominante, que es la forma de "valor que se valoriza", de acumulación de capital. Todos los conceptos centrales del Marxismo, el de "enajenación", el de "fetichismo", el de "plusvalor", etc., obtienen su validez última y su actualidad de la vigencia, que apenas hoy se vuelve evidente, de este doble descubrimiento teórico de Marx.



12. Adolfo GILLY

¿Qué tan real es el “socialismo real”?

Estas tesis constituyen una síntesis de las que desarrollo en mi libro *Sacerdotes y burócratas*, Ediciones Era, México, 1980. Fueron presentadas, en su versión original, en la conferencia sobre “Las sociedades post-revolucionarias” organizada en Milán, Italia, del 5 al 7 de enero de 1979, por el periódico comunistas // *Manifiesto*. La presente versión ha sido revisada para la edición de *El Buscón* dedicada al centenario de Marx.

Los acontecimientos de Polonia desde 1980, la movilización revolucionaria de la clase obrera polaca entre agosto de 1980 y diciembre de 1981 y el surgimiento de *Solidaridad* como organización obrera de masas sindical (y en parte política) independiente del Estado de la burocracia y enfrentada a él, vuelve a recordar que, más que nunca, las sociedades postcapitalistas y la transición al socialismo son el definitivo banco de prueba del marxismo y de su esencia crítica, en su triple e indivisible carácter de teoría de la explotación, teoría de la revolución y teoría de la liberación, radical, activa e igualitaria.

A.G.
Julio 1983.

En su libro *La Alternativa*, Rudolf Bahro sostiene que entre la sociedad sin clases y la sociedad de clases hay un entero período histórico, que en la Antigüedad se cumplió “hacia adelante” y hoy se realiza en sentido inverso, caracterizado en ambos casos por una función específica del Estado: la de ser una emanación directa de la *división del trabajo* y de la *cooperación* en el seno de la sociedad.

En la primera transición, la propiedad se va formando a partir de los privilegios de función de las castas sacerdotales y guerreras del modo de producción “asiático”. En la última transición —completamente diversa, incluso antagónica de aquélla, y comparable sólo por analogía— la propiedad se “disuelve”, se “extingue”, junto con el Estado y la división del trabajo, pasando nuevamente por el dominio de una casta burocrática con privilegios de función basados en la persistencia de esa división que no se puede abolir por decreto.

Creo que sin la noción de transición —que algunos pretenden también “abolir”— no puede haber comprensión del paso de un modo de producción a otro. Es un sofisma responder que el mundo siempre está en transición: tanto vale negar el movimiento. Hay épocas enteras en que las relaciones sociales de producción son estables y se reproducen casi automáticamente, acumulando con lentitud pequeños cambios a través del crecimiento de la productividad del trabajo. Hay otras épocas, al contrario, en que las viejas relaciones de producción están en crisis, no alcanzan a asegurar su propia reproducción, y las nuevas todavía no se han afirmado como hegemónicas en el conjunto del cuerpo social. Son períodos en los cuales se establecen relaciones sociales híbridas, propias de la transición entre un modo de producción y otro, relaciones cuyo rasgo común es la inestabilidad (medida según el tiempo de la historia, no el de la vida humana) y la mutación. Son épocas violentas, confusas, donde la crisis parece ser la norma y la catástrofe y la utopía los soles gemelos en el horizonte de cada mañana.

Las transiciones son largas y dolorosas. Esto no es ninguna novedad. En el actual territorio mexicano, la transición del modo de producción despótico-tributario (o “asiático”) de los antiguos imperios mesoamericanos al capitalismo embrionario que, envuelto en instituciones feudales, trajeron los españoles a partir de 1520, duró cerca de un siglo, se caracterizó por una institución híbrida (“asiático” —feudal— capitalista) como la encomienda y provocó hasta 1605 la muerte del 80 al 90%, aproximadamente, de una

población que, según las estimaciones, oscilaba alrededor de los 20 millones de habitantes. Ni Pol Pot ni su padre Stalin inventaron las masacres de la transición, ni el tener tales antecedentes históricos debería enorgullecer demasiado a sus partidarios.

Quiero fijar en seis puntos, necesariamente esquemáticos, algunas observaciones sobre el tema:

1. Creo que se tiende a dar por liquidada demasiado rápidamente la polémica soviética de los años 20.¹ Sin dominarla a fondo no se puede avanzar en la discusión de las sociedades de transición. En ella están ya contenidas muchas de las tesis que hoy se redescubren como novedades; entre otras, la tesis sobre la existencia de un capitalismo de Estado en la Unión Soviética.

Esa polémica estuvo lejos de ser académica. Fue anticipada por algunos atisbos geniales de Rosa Luxemburgo. Se abrió en los hechos con la NEP (si no la presagió la tragedia de Kronstadt). La encaminó Lenin con sus últimos escritos, aquellos que forman el núcleo teórico de lo que Moshe Lewin llamó *El último combate de Lenin*. La discusión se polarizó, como todos sabemos, en dos posiciones dentro de la 3a. Internacional: la teoría del socialismo en un solo país y la teoría de la revolución permanente. El VI Congreso (1928) la resolvió expeditivamente: expulsión de los opositores a la línea oficial (manifiestamente errónea, como lo demostrarían los años inmediatos). A partir de entonces, la polémica comenzó a quedar jalonada por los cadáveres de miles de comunistas de las diversas oposiciones, muertos por defender sus ideas sobre la transición y por resistir el revisionismo contenido en la teoría del socialismo nacional y oponerse a sus trágicas consecuencias para la URSS y para el movimiento comunista mundial. Podemos no estar de acuerdo con unos o con otros. No podemos ignorar el carácter y la profundidad de la polémica, hoy que todos sus temas retornan cuando se hunden las certidumbres del "socialismo real".

Trotsky señaló, en 1930, que la teoría del socialismo en un solo país entrañaba una *ruptura con el marxismo* tan profunda como la realizada por la socialdemocracia alemana en la cuestión de la guerra y el patriotismo en el otoño de 1914. Ambas tenían un denominador común: el "socialismo nacional". En 1936 aquella teoría recibió su consagración oficial en la Constitución soviética, que declaró ya establecida la sociedad socialista en la URSS. En el mismo año apareció *La revolución traicionada*, de León Trotsky, que sostiene y desarrolla la teoría de la sociedad de transición al socialismo. Son, a mi entender, los puntos de llegada extremos

de la polémica. En los cuatro años siguientes, ella se cerraría con el asesinato de todos sus protagonistas de primera línea, salvo aquél que tenía el poder del Estado, el dueño del "monopolio de la violencia legítima" en la discusión teórica entre comunistas: Stalin. Hago notar que, como puede comprobarse en las publicaciones de la época, por aquellos años también estaba de moda, en los medios de la izquierda literaria no comunista, hablar sobre la "crisis del marxismo".

2. Ni la historia ni la teoría se detuvieron, por supuesto, en esos años. Cuatro decenios han confirmado y desmentido muchas hipótesis. Ante todo, han dicho una cosa: la transición es larga y violenta. Hay quien sostiene que durará siglos, y no hay pruebas de que no será así ni tampoco hay garantías en cuanto a su término. Aquellas pruebas, en favor o en contra, sólo puede darla la revolución socialista en los países avanzados. No la tenemos aún.

¡Pero es que las transiciones han durado siglos y han sido terribles! De la antigüedad al feudalismo, podemos contar desde el siglo IV hasta el VII o el VIII; del feudalismo al capitalismo, podemos hacerlo desde el siglo XIV hasta el XVIII, *et encore...* Formas híbridas, imperfectas, inmaduras de relaciones sociales han cubierto esos períodos, según las regiones, y perduran en otras todavía después de que el capitalismo en el siglo XIX unificó al mundo a través del mercado mundial.

La revolución socialista, acto político que se realiza al nivel del Estado, sólo puede ser nacional. Pero el socialismo, que debe partir necesariamente de un desarrollo de las fuerzas productivas superior al alcanzado por el capitalismo, sólo puede realizarse como un sistema mundial, porque parte de las fuerzas productivas que se expresan en el mercado mundial, creación específica del modo de producción capitalista, y no del mercado nacional. Imaginar al socialismo mundial como la suma de los socialismos nacionales me parece aún más absurdo que concebir al mercado capitalista mundial como la suma de los mercados capitalistas nacionales.

Lo que en cada país se establece, al triunfo de la revolución, es una sociedad de transición, con sus especificidades nacionales, en la cual el poder estatal desempeña un papel determinante como en todas las transiciones, pero en ésta más todavía. La lógica de la evolución de esa formación económico-social se caracteriza por la lucha entre sus elementos capitalistas todavía subsistentes y sus elementos socialistas en desarrollo, tanto al nivel del Estado como al nivel de la economía y del conjunto de las relaciones sociales. Esa lucha es terrible: nadie, salvo los reformistas en ruptura con el

marxismo, prometió que sería pacífica y armoniosa. Pol Pot está lejos de ser el primero o el último de una estirpe burocrática híbrida y sangrienta que se nutre de la hibridez, la violencia y la turbulencia de este verdadero "fin de época". Esa lucha, por lo demás, tiene lugar a escala nacional y a escala mundial, no sólo por la aparición de diversas sociedades de transición sino también porque éstas deben confrontarse constantemente con el mercado mundial, del cual no pueden sustraerse (aunque se protejan de sus contragolpes inmediatos con el monopolio del comercio exterior), y deben también confrontarse entre ellas mismas.

El que hoy esta última confrontación se haga en términos nacionales burgueses, a través del juego de la ley de valor y del intercambio desigual y no a través de la planificación internacional de las economías de transición, hay que cargarlo a la cuenta de los intereses privados de las burocracias dirigentes, cada una identificada con *su* Estado, y de la teoría que de esos intereses surge, el "socialismo nacional". Esos intereses contribuyen a prolongar la existencia del "Estado burgués sin burguesía" de que hablaba Lenin ya en 1920, y la persistencia del "derecho desigual". De este modo, el derecho concebido como expresión abstracta del valor de cambio impera con toda su barbarie en las relaciones entre los países llamados "socialistas", que si hoy se hacen la guerra es porque antes comerciaron entre sí.

Hace más de seis decenios que, en octubre de 1917, se abrió en el antiguo Imperio de los zares la época de la transición *mundial* al socialismo. Me parece un juicio ahistórico, pasado un período tan breve, pedirle cuentas al marxismo por promesas que *nunca* hizo y negarse a utilizarlo en aquello que, a mi entender, es *su verdadero banco de prueba*: no tanto la teoría del desarrollo capitalista, cuanto *la teoría de la transición al socialismo*.

3. No encuentro fundada ni probada la teoría del capitalismo de Estado aplicada a estas sociedades. Creo que en su origen está una disyuntiva falsa, corolario de la teoría del socialismo en un solo país: o son socialistas, o son capitalistas. La idea de transición desaparece. El que describe Bettelheim es un extraño capitalismo, sin la competencia entre muchos capitales (una de sus relaciones sociales de producción fundamentales), sin baja tendencial de la tasa de ganancia, sin ejército industrial de reserva, sin flujo y reflujos de recursos económicos entre una y otra rama de la producción determinados por el juego de la ley del valor.

La existencia de intercambios mercantiles, del salario y de la moneda, la persistencia del despotismo fabril que la burocracia hereda y toma del capitalismo, no bastan para indicar la supervivencia del

capitalismo: ni la moneda, ni el trabajo asalariado, ni la familia, ni el Estado pueden “abolirse” por la toma del poder. Perdura, modificándose, en la transición. El salario y la división del trabajo se “extinguen”, como el Estado, a lo largo de todo el período de transición —la *larga* transición— y por las mismas razones por las cuales el Estado se “extingue” y no se “suprime” de un día para otro, como quería el viejo pensamiento mecanicista del anarquismo.

Por otro lado, para probar su teoría Bettelheim se ve obligado a forzar los hechos y negar prácticamente la función del plan, invocando para ello las evidentes irregularidades de su cumplimiento.

4. El principio del plan se presenta, sin embargo, como un rasgo determinante de la transición. Su ejecución está mediada y controlada por el mercado, porque de transición se trata. El mercado es uno de los reveladores —por demás imperfecto— de los errores y las desproporciones del plan. Sin mercado y sin democracia socialista no hay control social del plan. El progreso de la transición se puede medir en cómo el elemento fundamental del control va pasando del mercado —como en la NEP inicial— a la democracia de los productores. Ese progreso, bien lo vemos, está congelado en la estructura actual de los Estados de transición, o da pasos atrás como en China.

El otro revelador es el mercado mundial, a cuyo control no puede escapar ninguna economía nacional pues es en él donde en definitiva debe cotejar su indicador económico decisivo: la productividad del trabajo.

La transición va de la generalización de las relaciones mercantiles, características del capitalismo, a la superación (no la supresión) de las relaciones mercantiles propia del socialismo. El plan no suprime las relaciones mercantiles, sino que los sucesivos planes cubren la mediación entre un extremo y otro de ese proceso histórico mientras esas relaciones se extinguen, sustituidas por la cooperación de los productores asociados.

El principio del socialismo no es el plan, es la *cooperación*. Los polos antagónicos que luchan entre sí no son el mercado y el plan, sino el *mercado* y la cooperación, la lógica de la sociedad de los propietarios iguales de mercancías y la lógica de la sociedad de los productores libremente asociados. El plan media entre ambas, cubre y simboliza en sí mismo la transición, pero es todavía *un ámbito de la división del trabajo*. Si su elaboración y su sentido apuntan hacia el socialismo, el contenido del plan debe tender a desarrollar los elementos de la cooperación y a ir absorbiendo los elementos de la división del trabajo heredado de la sociedad de clases.

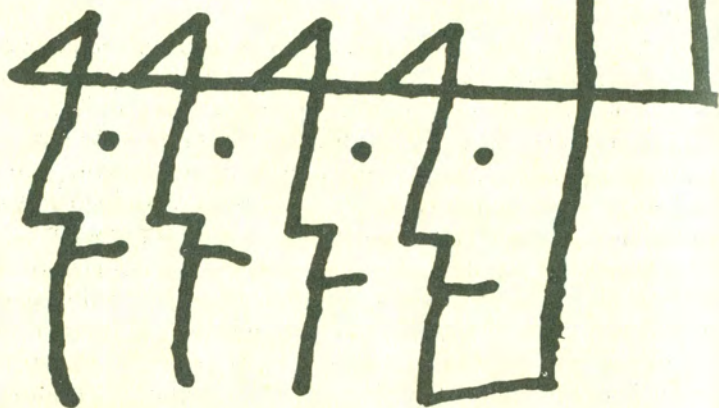
Si se me permite una cita: "La producción capitalista genera, con la necesidad de un proceso natural, su propia negación. Es la *negación de la negación*. Esta no restaura la propiedad privada, sino la *propiedad individual* pero sobre la base de la conquista alcanzada por la era capitalista: la *cooperación y la propiedad común de la tierra y de los medios de producción producidos por el trabajo mismo*", dice Marx casi al final del capítulo XXIV de *El Capital*.

El plan requiere la propiedad estatal de esos medios de producción. Pero no es ésta la condición esencial del socialismo oculta ya en las relaciones de producción capitalista. Esa condición es ante todo la cooperación entre productores libres de todo lazo de dependencia personal, característica de la gran industria, que el capitalista pone en marcha al adquirir la fuerza de trabajo y usarla en un trabajo que se efectúa precisamente en cooperación.

La transición significa el crecimiento de la cooperación como relación social de producción dominante, lo cual sólo puede ser un proceso y no una conquista instantánea. En el curso de ese proceso, el plan es el instrumento para el desarrollo de las fuerzas productivas que media la utilización de la propiedad común de los medios de producción. El plan tampoco puede ignorar ni "abolir" la ley del valor, pero no está atado a ella para sus decisiones: puede violarla constantemente al determinar las proporciones entre las distintas ramas de la economía, así como las proporciones entre: 1) fondo de acumulación y fondo de consumo; 2) fondo de acumulación productivo y fondo de acumulación improductivo; 3) fondo de consumo social y fondo de consumo individual.

En esa transición persisten el mercado y el carácter mercantil de los medios de consumo. Los medios de producción pierden su carácter mercantil *directo* en el interior del plan. Pero lo conservan indirectamente no sólo en cuanto se presentan como mercancías en el mercado mundial (aún entre Estados de transición), sino también porque deben cotejar permanentemente sus costos de producción con los del mercado mundial. Son, por así decirlo, mercancías "imperfectas".

Del mismo modo, la fuerza de trabajo conserva un carácter mercantil imperfecto. No existen desocupación y ejército industrial de reserva. Pero existe la posibilidad de cambiar de trabajo. El plan, al fijar el fondo de consumo, fija el monto global de los salarios, y su división en fondo de consumo social e individual. Pero luego el reparto del fondo de consumo individual (y en parte del social) se opera en el mercado, entre fuerzas de trabajo más o



menos calificadas (o supuestas tales) que *compiten* entre sí por el salario. La remuneración por rendimiento, el trabajo a destajo, por lo demás, es el testimonio vívido de la persistencia del carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, pese a las asignaciones centrales del plan en cuanto al fondo global de salarios y de la competencia entre trabajador y trabajador. Ese carácter no puede ser abolido, debe extinguirse.

El Estado, que posee los medios de producción, asume (como decía Trotsky en *La revolución traicionada*) el papel de “comerciante, banquero e industrial universal” en relación con la fuerza de trabajo, una función ligada con la explotación, con la extracción del plustrabajo. El Estado, por lo demás, se apropia también de la renta absoluta de la tierra nacionalizada.

La cuestión entonces es quién controla el Estado, problema clave de la transición.

5. Aquí también la cuestión se juega entre quien posee (o controla) los medios de producción y los productores directos. *Quien controla el trabajo muerto, controla el trabajo vivo.* Preci-

samente, el sentido último de la transición consiste en que el trabajo vivo, por primera vez en la historia desde la afirmación de la división social del trabajo y la estabilización de un plusproducto y con ellos del Estado, controle el trabajo muerto, controle entonces su producto y su plusproducto y establezca relaciones socialistas de producción.

La clase obrera, los trabajadores manuales, con toda evidencia no controlan el Estado en las actuales sociedades de transición. Lo hace en su nombre una capa de funcionarios, trabajadores intelectuales para los cuales la condena más grande es volver al purgatorio del trabajo manual cuando caen en desgracia.

Esa capa no es otra clase. Es una capa superior surgida de la clase obrera, contenida ya en ésta bajo el capitalismo.

El proletariado tiene en la sociedad capitalista un *doble carácter: es vendedor de mercancías* (su fuerza de trabajo) y es *productor colectivo* en el proceso cooperativo de producción en la fábrica de la gran industria. Ambos caracteres no hacen sino uno: son, por tanto, inseparables. Esquemáticamente: del primero sale el sindicato, del segundo el consejo obrero; del primero, el "alma reformista", del segundo, el "alma revolucionaria". Separar todo esto es pura utopía ultraizquierdista (o reformista), porque la clase obrera es una, no dos, del mismo modo como en la mercancía no se puede separar el valor de cambio del valor de uso. Comprender a la clase es comprender su doble carácter.

Al torñar el poder y destruir con la expropiación a las viejas clases dominantes, la clase obrera a su vez se *escinde*. La línea divisoria pasa, *grosso modo*, por la línea de la división del trabajo en manual e intelectual. En el seno de la clase se reproducen una "comunidad superior" y una "comunidad inferior", mediadas por la "comunidad ilusoria" del Estado bajo el control de la primera.

Esto no es producto de la arbitrariedad de los intelectuales o capa superior. Tiene su raíz en aquel doble carácter, sobre el cual obra la herencia de la división del trabajo. El Estado obrero o Estado de transición suprime la propiedad privada de los medios de producción. Pero no suprime, *ni puede hacerlo* mientras deba subsistir el mercado, la *propiedad privada de la calificación profesional*. El trabajo calificado, el trabajo intelectual, tiene la propiedad de sus conocimientos. Tiene *trabajo objetivado*, trabajo muerto, incorporado a sí mismo. En el mercado es fuerza de trabajo valorizada; por tanto, mejor pagada.

Esos conocimientos son además necesarios para el plan, para el Estado, para el funcionamiento de la economía, para el comercio y para la guerra. Los que *saben* —como los brujos, los sacer-

dotes y los guerreros de la antigüedad comenzaron a hacerlo— todavía después de la estatización de la propiedad controlan los medios de producción como antes controlaban la astronomía, las siembras, los canales, la religión, los templos, las pirámides y el arte de la guerra. Ejercen el privilegio de una función insustituible mientras el conocimiento no esté *socializado*. Aquí hay una diferencia radical en el sentido de la marcha, invertido por el milenario desarrollo intermedio de las fuerzas productivas: aquel conocimiento iba hacia la propiedad y era *iniciático*, este conocimiento se aleja de la propiedad y es *difusivo*. Pero su *socialización* es un proceso, dificultoso y sembrado de luchas y resistencias, y no un acto instantáneo.

Entretanto, a través del trabajo objetivado en el conocimiento de los que saben (saber real o ficticio), el trabajo muerto prolonga todavía su dominación sobre el trabajo vivo.

El trabajo valorizado, mejor pagado en el mercado, se asegura un consumo superior (incluso de conocimientos). Detrás viene todo lo demás. Por eso el carácter mercantil “imperfecto” de la fuerza de trabajo está lejos de ser una característica secundaria de la transición.

En el mercado y en el plan, y entonces en el Estado, la fuerza de trabajo calificada, los trabajadores intelectuales, tienen preeminencia sobre la fuerza de trabajo menos calificada o no calificada, los trabajadores manuales (y correlativamente: los viejos sobre los jóvenes, la ciudad sobre el campo, los países avanzados sobre los países atrasados, los hombres sobre las mujeres según la escala bárbara e inicua de la sociedad de clases).

Esa es la base sobre la cual los trabajadores intelectuales (y sus correlatos) se aseguran el control del plan. Pero no tienen propiedad, tienen un simple privilegio de función, como todas las burocracias que en el mundo han sido. Este privilegio no es un “abuso” o una “excrecencia”. Tiene raíces económicas. Reconocerlo no quiere decir aceptarlo o declararlo eterno, del mismo modo como comprender el capitalismo no quiere decir aceptarlo. Pero sin comprenderlo no se puede luchar contra él sino con exhortaciones morales o propuestas políticas abstractas, cuando la cuestión tiene su raíz en la economía y en las relaciones sociales de producción híbridas propias de la transición.

El hecho de que la burocracia no sea otra clase, sino un sector superior surgido de la propia clase que se separa y controla el Estado, dificulta terriblemente a la clase obrera autodeterminarse frente a ese Estado en el cual no reconoce al capitalismo, y a esa capa burocrática que lo controla, una dificultad que se asemeja a

la que encuentra en el sindicato frente a la dirección burocrática. Permite a esa capa, además, mantener, una cierta movilidad social con la cual "descrema" a la clase obrera industrial abriendo las puertas inferiores de la carrera burocrática, desde el sindicato y la empresa, a sus elementos más dotados, que al ascender no se sienten "traicionando" a su clase.

El privilegio de función que detentan los burócratas encuentra la oposición de las tendencias democráticas procapitalistas, que quieren volver a la propiedad privada, y de las tendencias democráticas proletarias, que quieren avanzar hacia el socialismo. Estas dos tendencias no pueden tener un programa en común. Una quiere la democracia del mercado, la otra la democracia de la cooperación: son programas *antagónicos*. La burocracia en realidad aprovecha de su situación intermedia entre ambas para sostener su predominio. Media, se presenta ante los unos como garantía contra los otros, y viceversa: hace un juego "bonapartista" de nuevo tipo. Usufructúa y estimula, además, la persistencia del sentimiento nacional para darse una legitimidad de la cual carece como clase.

Ella se presenta ante la clase obrera como la encarnación de la nación y del plan, como la reguladora de la marcha al socialismo. En realidad, representa la *congelación* de esa transición, porque reproduce constantemente la división del trabajo, el predominio del trabajo intelectual sobre el trabajo manual y todas las formas de subordinación correlativas.

6. Si el dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo comenzó en el paso de la sociedad sin clases a la sociedad de clases a través del privilegio de función de los iniciados, los que *saben*, los grandes sacerdotes, los intelectuales; en alcanzar el resultado inverso, el dominio del trabajo vivo sobre el trabajo muerto, consiste el contenido del proceso de la superación de la división del trabajo.

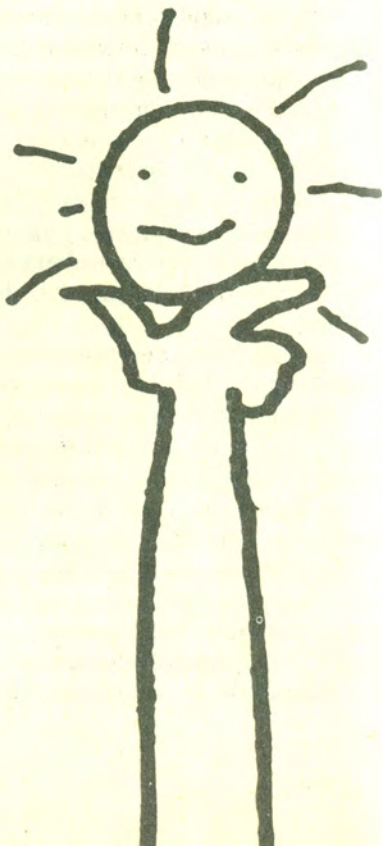
Si esto es así, la cuestión esencial que tiene ante sí la clase obrera de las sociedades de transición es determinarse con respecto a su propio Estado, a su capa superior. Determinarse significa elaborar su propio programa para la transición. Y formular su programa conlleva organizar su partido, que no puede ser el partido de la burocracia que hoy controla el Estado: la pluralidad de partidos es una reivindicación fundamental del proletariado.

El núcleo de ese programa no es la democracia del mercado, según propone la oposición democrática. No es tampoco el plan como sustituto del mercado, según sostienen las tendencias centralistas estatales aliadas con un ala de la burocracia. No es, mucho menos, la reivindicación ultraizquierdista y voluntarista de

la abolición del trabajo asalariado, de la división del trabajo y del mercado, demandas que no pueden pasar del papel en cuanto no se fundamenten en el desarrollo de las fuerzas productivas: no se suprime el mercado distribuyendo bonos en vez de dinero ni se elimina la división del trabajo enviando a los intelectuales a trabajar la tierra.

El núcleo de ese programa está en la *cooperación*, relación social exclusiva de la clase obrera, relación específica en torno a la cual se organiza su identidad histórica como clase en el capitalismo y su extinción como clase en la transición al socialismo, hasta disolverse (con el Estado, la moneda, el mercado y otras herencias del primitivo pasado) en la comunidad de los productores asociados.

Esto, empero, es un proceso de larga duración. Apenas estamos en sus confusos inicios. Estos comienzos son muy difíciles. La clase obrera mundial —no sólo la de las sociedades postcapitalistas— está ante un nuevo problema histórico: no solamente establecer su identidad —o sea, su programa— ante su polo de clase antagónico,



la burguesía; sino además establecerla ante su propia capa superior, la burocracia, los trabajadores intelectuales, los funcionarios que de ella se separan en la transición (y cuyo antecedente está ya en los funcionarios de los partidos obreros y de los sindicatos en la sociedad capitalista).

Ese programa se asienta, en lo *político*, en la democracia obrera cuyo organismo experimentado por la historia son los consejos; en lo *económico*, en la planificación internacional de las economías de transición; en lo *social*, en la lucha por la igualdad y la eliminación de los privilegios del trabajo intelectual sobre el manual, de los viejos sobre los jóvenes, de los hombres sobre las mujeres, de la ciudad sobre el campo y de los países avanzados sobre los atrasados. El principio rector que unifica esos tres puntos es el principio de la cooperación.

Lo que algunos llaman “crisis del marxismo” es, a nuestro entender, simplemente el hecho evidente y contundente de que la lucha del proletariado, como clase que “existe en el plano de la historia universal”, ha llegado a un punto en que su *programa histórico* no puede avanzar un solo paso más si la teoría no da respuesta a este problema capital, interior a la propia clase: *la sociedad de transición*. Su explicación, la formulación del programa del proletariado para esa sociedad y su organización sindical y política independiente del Estado en el período de transición, para poder avanzar hacia el socialismo, aparecen así como la cuestión más importante del marxismo contemporáneo.

¹ Ver, entre otros materiales, los documentos inéditos de esa polémica publicada en los *Cahiers León Trotsky*, núms. 6 y 7/8, seleccionados por Pierre Broué en los archivos de Trotsky abiertos en Harvard en 1980. Una reseña de esta publicación aparece en la revista *Nexos*, México, julio 1983, págs. 49-51.

13.

Claus OFFE

Los límites de la ingobernabilidad *

Los conceptos de capitalismo, propiedad capitalista, trabajo asalariado, continúan siendo utilizados, incluso por la sociología no marxista, y son considerados aspectos esenciales de las sociedades modernas. Al contrario, el estancamiento y los límites de las categorías marxistas parecen evidentes en el análisis del estado social, aquel neurálgico "punto terminal" en la historia del estado moderno. ¿Hacia dónde debe entonces dirigirse una "crítica del Estado" que quiera aún llamarse útilmente marxista?

Recordemos que en el análisis marxista clásico dos elementos centrales definen la estructura social capitalista: uno es el control privado de las inversiones, el otro el carácter de mercancía que tiene la fuerza de trabajo. El rol del poder político es, entonces, el de proteger la propiedad privada y garantizar el carácter de mercancía del trabajo. Y en la crítica marxista del Estado el aspecto central es aquél que ve al Estado como garante de las estructuras fundamentales del capitalismo. En este sentido, el capitalismo depende del Estado, pero también este último, para hacerse garante de aquél, depende del proceso de acumulación; por ejemplo en relación a las entradas fiscales subordinadas a un determinado ingreso. El análisis clásico configura entonces un esquema de dependencia entre capitalismo y Estado, bajo un proceso de mutua alimentación.

* Entrevista aparecida en *l'Unità*, Suplemento al N.º. 48 del 27 de febrero, 1983, p. V.

Hoy, sin embargo, en el trasfondo de la crisis, el proceso se interrumpe, se traba: por una parte, el Estado no depende ya completamente del capitalismo y, por otra, la acumulación y la propiedad privada no ven ya en el Estado contemporáneo su supremo garante. Pensemos, por ejemplo, en la introducción de elementos de control democrático del Estado o en la adopción de políticas sociales. La independencia del Estado parece, en todo caso, relativa, condicionado como lo está por la crisis económica que debilita sus márgenes de autonomía. Además, la forma estatal democrática no parece ya aquélla que en *toda* situación económica asegura la independencia del propio Estado frente a las consecuencias de la crisis. Los gastos sociales, para dar un solo ejemplo, pueden ser recortados. En presencia de la crisis, la independencia del Estado es debatible. Me parece que son éstos los elementos esenciales para una "crítica" del Estado contemporáneo.

Ingovernabilidad: al margen del uso conservador del concepto, la crisis de la democracia es real. El "teorema de la gobernabilidad", como tú mismo lo has definido, prevé un Estado orgánicamente impotente en las democracias occidentales, incapaz de enfrentar la "revolución de las expectativas crecientes". ¿En qué forma es entonces posible promover un proyecto de expansión de la democracia?

Cuando los conservadores hablan de ingovernabilidad, temen una ruptura del vínculo entre el Estado y la economía, entre el Estado y los imperativos de la acumulación, ruptura que sería posible en un proceso democrático de politización, producido por la presión de las fuerzas populares. Pero así, dicen los conservadores, se pierden los lazos con la realidad, el país no está a tono con las innovaciones tecnológicas, pierde fuerza en la competencia internacional. El capitalismo teme además una rigidización excesiva del mercado de trabajo, una protección excesiva, alcanzada por medio de luchas y presiones. Se basa, para poder funcionar, en una extrema fluidez del mercado de trabajo. La crisis, sostienen entonces los conservadores, nace porque el Estado no consigue proporcionar el "input" necesario para la acumulación y, viceversa, el mundo de la economía no asegura al Estado el "input" para el mantenimiento del orden. ¿Hay déficit? La derecha responde: se cede demasiado a las presiones populares. El diagnóstico de los neoconservadores puede ser traducido en términos marxistas diciendo que el Estado se destruye a si mismo destruyendo las bases de la acumulación.

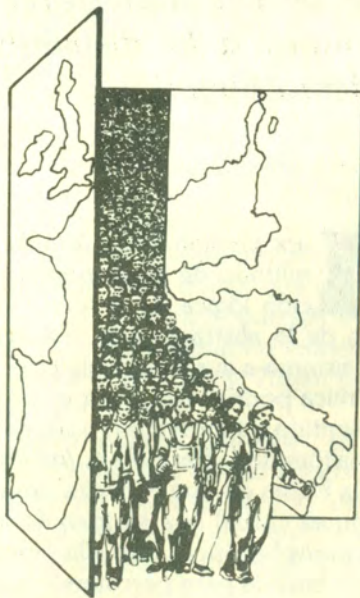
Pensar en un proyecto de expansión de la democracia en esta situación es, sin duda, difícil. Ciertamente los conservadores tendrían razón si el proceso económico fuese lineal, sin crisis, si nos encontrásemos en presencia de un proceso ininterrumpido de acumulación. Pero no es así; aun si el Estado no hiciera nada, se mantuviera al margen, la economía sufriría crisis de discontinuidad, tendríamos desocupación. Pero la derecha no ve este aspecto: piensa aún que el mercado se puede autorregular. Es verdad que cuando los capitalistas “están mal” todos pagan las consecuencias, con cortes en los gastos sociales, por ejemplo. Es también verdad que los capitalistas pueden dejar de invertir, crear desorden. Pero es también verdad que las instituciones democráticas y las luchas populares pueden oponerse a la revancha del capital. Sin embargo, las instituciones democráticas no son lo suficientemente fuertes para resistir en todos los casos, así como las presiones populares son insuficientes para contrabalancear las presiones del capital. Más bien, durante la crisis, los sindicatos se ven obligados frecuentemente a aceptar reducciones de salarios o reducciones de representatividad. Y hablo de los núcleos centrales de la clase obrera “fuerte”, no de los desocupados y los marginales. Cuando las formas de presión democrática son débiles y vulnerables el capital refuerza su propio poder de resistencia. Hay necesidad de institucionalizar entonces nuevas y más adecuadas formas de presión. Por ejemplo, el control efectivo de las inversiones, de formas de producción económica sustancialmente diferentes del modelo de racionalidad capitalista, como las cooperativas u otras actividades útiles en el plano social. En suma, formas alternativas de organización económica son más útiles que la pura y simple presión política. No basta por ejemplo esforzarse por el pleno empleo de acuerdo con las reglas del capital, es necesario orientarse hacia formas económicas alternativas que subviertan la lógica del mercado de trabajo: modos de producción no basados solamente en la monetarización.

El crecimiento de la conflictividad en la época contemporánea configura una sociedad compleja que se caracteriza —dice Luhmann— por la difusión de los intereses de clase en intereses recomponibles sólo coyunturalmente. ¿Cuál es entonces el posible sujeto de las transformaciones?

La visión de la clase obrera como protagonista es, por cierto, obsoleta. La privación y la alienación presentes en el capitalismo no dependen ya sólo de ella. Y gran parte de la vida social no se estructura ya sobre la vida laboral: desde comienzos del siglo hasta hoy la proporción de tiempo de trabajo sobre el tiempo total de vi-

da se ha reducido en un 40%; la proporción del así llamado tiempo libre se ha incrementado. Este tiempo residual se divide entre la familia, el consumo, la educación; allí intervienen las políticas culturales e institucionales y encontramos nuevas formas de antagonismos, que resultan de los proyectos de modernización y control dirigidos desde arriba. Existen cuatro tipos fundamentales de relaciones: trabajo, consumo, servicios públicos, partidos y medios de comunicación. Las formas del conflicto que se operan en estas esferas diversas son independientes unas de otras, a diferencia de lo que Marx haya podido pensar. En suma, no hay un solo conflicto, vertical, sino varios conflictos, que atraviesan horizontalmente la sociedad.

Por cierto la relación con el trabajo no está desapareciendo; sólo que su significado es muy diferente, según si uno es obrero o empleado en los servicios sociales. Existe una gran heterogeneidad y la organización que pretenda hablar por la clase obrera, o a nombre de la clase obrera, se equivoca.



La crisis ¿Límite histórico del capitalismo?

Cada nueva crisis, si bien repone al capitalismo de sus malestares, lo acerca, al mismo tiempo, a la disyuntiva de su desmantelamiento histórico.

Marx planteó en la *Introducción General* que el verdadero método de la economía política sería aquél, cuya exposición lógica de la teoría sintetizara un “proceso de ascensión de lo abstracto a lo concreto”: de los elementos esenciales del sistema a sus formas de comportamiento; sólo de esa manera la crítica podría reproducir el movimiento de lo real capitalista, de su sentido y tendencias, para poder comprender los límites de su transitoriedad. Para Marx *los límites* del sistema deben buscarse en la forma en que el capitalismo se abre paso a través de la crisis. Y no es casual que su idea de la revolución esté vinculada a las opciones históricas que ella engendra. No hace falta saber demasiada historia para percatarse de que la ruptura del sistema capitalista *siempre* sobreviene en el contexto de la crisis. De ahí el permanente interés en su estudio, ya sea para entender las formas de controlarla y regularla o para provocar el estallido de sus contradicciones.

Recordemos simplemente, a manera de ilustración, algunas de las polémicas más relevantes sobre este problema. En el contexto de la discusión sobre la vía a la revolución socialista que se gesta al interior de la II Internacional, se abre paso un corriente, en aquel momento denominada "reformista", que sustentó la visión del *paso gradual* del capitalismo al socialismo. La socialización de la producción alcanzada por el capital, acompañada de un proceso de expansión política del proletariado y de su incursión en el aparato estatal burgués, despertaron no pocas expectativas de revolución pacífica y transformación gradual. El soporte teórico de esta visión estratégica frente a la crisis, en parte descansó en la interpretación de ésta como un proceso que tenía su origen en la "desproporcionalidad" de la producción capitalista. De allí a pensar la posibilidad de su "control" por la vía de la racionalización de la inversión, había solo un paso. Es necesario aclarar que esta posición no es la única dentro del supuesto campo del reformismo; hay otras que preservan la radicalidad del planteamiento de Marx, pero que se mantienen en el estricto terreno de la discusión teórica y terminan cediendo en el campo de la confrontación política. Con ello queremos decir que no hay *un solo* Kautsky a lo largo de toda la polémica.

Aunque parezca paradójico, esta misma óptica la recoge a su manera Lenin en las condiciones de la lucha política en un terreno *estrictamente nacional*, que no es precisamente el de un capitalismo desarrollado. Para Lenin no se trata de agotar, a la manera clásica, el estudio de la naturaleza de la crisis, sino de demostrar la posibilidad objetiva del desarrollo del capitalismo en las condiciones de la Rusia Zarista. Y la crisis del mismo transitaba por problemas de desproporcionalidad, que nada tenían que ver con la imposibilidad del desarrollo capitalista, que los populistas se encontraban empeñados en demostrar. El razonamiento teórico de Lenin, en este caso, en poco se diferenciaba del de Tugan Baranovsky; más bien estaba emparentado con él.

En otro contexto y quizá con raíces teóricas diferentes, se encuentra el razonamiento de Rosa Luxemburgo, más ambicioso en su momento por encontrar los límites no sólo lógicos sino históricos del desarrollo del capitalismo. La incompreensión analítica de Rosa Luxemburgo frente al discurso de Marx en torno a la *no identidad* de la condición de producción y circulación del capital, la orillan a ubicar el análisis de la *crisis* a partir de la imposibilidad creciente para la realización del plusvalor en el mercado mundial. Mientras más avanza el capitalismo a partir de los espacios abiertos para la realización de la plusvalía en la periferia, más se

reduciría la posibilidad de su reproducción. En realidad, frente a la Luxemburgo no se eregía sólo un problema teórico, sino la discusión política frente al reformismo que empezaba a ser dominante en la II internacional y que se preocupaba más por atender a las posibilidades del capitalismo y la necesidad de su gradual transformación. Y ello a partir de una raíz teórica como era el desencuentro entre crisis y revolución: la solución de la primera era posible gracias a los mecanismos de la regulación de la desproporcionalidad de la producción, que podía ser solventada mediante la regulación estatal; en tanto que la revolución, como asalto del poder, transitaría lentamente por la transformación del antagonismo de las relaciones de producción mediante la ascendente participación del proletariado en el estado capitalista. Luxemburgo y la oposición de izquierda, durante y después de la II Internacional, veían la posibilidad de la revolución en la imposibilidad del desarrollo del capitalismo, que mucho tenía que ver con las barreras históricas de la realización de la plusvalía social a escala mundial. Esta vertiente del pensamiento es la que da como resultado un titánico esfuerzo teórico en la obra de Grossman que, a su manera, no sólo toma en cuenta los problemas de la realización, sino que introduce creativamente el problema de la desproporcionalidad.

En el plano puramente teórico, no faltaron citas aisladas de "El Capital" que sustentaran la creciente inviabilidad del desarrollo capitalista a partir del enunciado de Marx que señala, que en última instancia, la contradicción cada vez más social de la producción capitalista y el carácter privado de la apropiación de sus resultados, conducirá por necesidad a la existencia de enormes masas empobrecidas con escasas perspectivas de incrementar su consumo. De ahí a la afirmación contundente de que la *causalidad* de las crisis se ubica en el subconsumo, había solo un paso.

Históricamente el desarrollo del capitalismo registra dos formas fundamentales sobre las que descansa todo el andamiaje de la producción de plusvalor. La primera, que tiene una existencia histórica dominante en la primera fase del capitalismo, hasta antes de la revolución industrial del siglo pasado, descansa sobre la tendencia al alargamiento indeterminado de la jornada laboral, hasta llegar al *límite de la posibilidad* de la destrucción de la clase obrera. En este período, la base técnica sobre la que descansa la producción material, es exigua en cuanto a su potencial de productividad. La segunda forma descansa sobre la construcción por parte del capital de una poderosa base material que llega al punto de reproducirse a partir de sus propias condiciones de existencia y constituye una de las

partes de mayor masa del capital en funciones. La valorización del capital, en este caso, estará determinada por la tendencia a la disminución del trabajo necesario, en términos relativos, en la producción de mercancías. Esta tendencia tiene como base el desarrollo de las condiciones favorables a la elevación de la productividad del trabajo social. Esta necesidad intrínseca del capital de incrementar la productividad, no toma en consideración las condiciones del mercado. La *crisis* será la manifestación de esta contradicción entre la necesidad de generar mayor plusvalor y la multiplicación de los productos en términos de su valor de uso, aunque en cierta medida, ésta a su vez, es una de las condiciones de la reproducción ampliada del capital.

Sin embargo, en este nivel del análisis, *plusvalor y crisis*, Marx presupone que toda producción generada se realiza sin contraposición en el campo de la circulación; hace abstracción de ella. Y en los hechos, la explicación de la crisis, queda incompleta salvo por la definición de las contradicciones entre *trabajo asalariado y capital*. En la *Historia Crítica de las Teorías de la Plusvalía* nos previene de esta limitación, cuando afirma que la *crisis* como *síntesis* de las contradicciones del capitalismo requiere del análisis de la *unidad contradictoria* entre producción y circulación, cuyas condiciones si bien son de complementariedad no son idénticas, por lo que en un momento dado pueden entrar en oposición. Esta unidad contradictoria nos revela, en todo caso, que la contradicción fundamental del capital con el trabajo se expresa, por necesidad, a través de la confrontación de los capitales entre sí.

Regresando a nuestro punto de partida: la acumulación vista como tendencia histórica, le plantea al capital la necesidad de revolucionar las fuerzas productivas como mecanismo que le permite mantener una *relación favorable* del trabajo excedente frente al trabajo necesario. Esta *proporcionalidad* —la tasa de plusvalor— se da siempre a partir de una oposición que se manifiesta en la tendencia de la valorización y se sintetiza en la propia acumulación. La forma en que el capital resuelve a su favor la oposición entre el plusvalor y el trabajo necesario, consiste en el desarrollo de la productividad como mecanismo que conduce a la desvalorización de la fuerza de trabajo. Esta tendencia tiene como *sopORTE material* una determinada forma de acumulación que implica el crecimiento más que proporcional de la parte del capital existente en forma de medios de producción respecto a la fuerza de trabajo empleada. Así, a mayor masa de capital en funciones corresponderá una masa relativa menor de trabajo vivo, que es precisamente la única fuente de plusvalor. Ello se reflejará —contradictoriamente,

si relacionamos la masa de plusvalor producido frente a la masa de capital en funciones— en una tasa de ganancia al descenso.

La tasa de ganancia expresa negativamente la valorización del capital al decrecer la proporción que ella implica entre el plusvalor y la suma de valor empleada como capital. Esta *negatividad* tiende a acelerar la acumulación como expediente inmediato para compensarla con una mayor masa de plusvalor; situación que, a su vez, acentúa la desproporcionalidad entre el trabajo disponible y la masa del capital en funciones. En este nivel del análisis, Marx supone que la acumulación genera estas tendencias a partir de una tasa de plusvalor invariable. En un nivel de mayor acercamiento al *mecanismo concreto* de la acumulación, Marx demuestra que aun introduciendo la variable de una tasa de plusvalor en ascenso, tendencialmente predominará, en términos del ciclo económico, la tendencia a la caída periódica de la tasa de ganancia y, por lo tanto, a la aparición de las *crisis* del capitalismo. Mediante la acumulación de capital se abre paso, pues, una oposición entre tasa de plusvalor y tasa de ganancia que se expresa por medio de la crisis.

Para Marx, el desarrollo del capitalismo transcurre a partir del establecimiento de una condición básica: la necesidad permanente de revolucionar las fuerzas productivas y, como consecuencia, la elevación de los niveles de productividad del trabajo social comandado por el capital. El capital, por necesidad, se enfrenta consigo mismo a través de la disputa generalizada por obtener una parte mayor de la plusvalía producida: *la forma en que ella se redistribuye difiere de la forma en que se produce*. Su distribución se da a partir de la conformación de una tasa media de ganancia y de la magnitud de los capitales en funciones, no importando la colocación del capital en sectores productivos o no. Mediante la acumulación, el capital tiende a potenciar su fuerza productiva que, en el campo de la circulación, aparece más como resultado de todas sus partes, más que la potenciación de la fuerza de trabajo. Esta tendencia, analizada históricamente, se expresa en un incremento más que proporcional de la parte del capital invertido destinado a la ampliación de las condiciones materiales de la producción —el capital constante— frente a la parte constitutiva del capital variable. Así, a volumen creciente de inversión de capital, corresponderá una mayor participación del capital constante en su estructura. Esta proporcionalidad creciente determina, tendencialmente, una presión de la tasa de ganancia a la baja.

Las tensiones que la acumulación crea, obligan a los capitales a

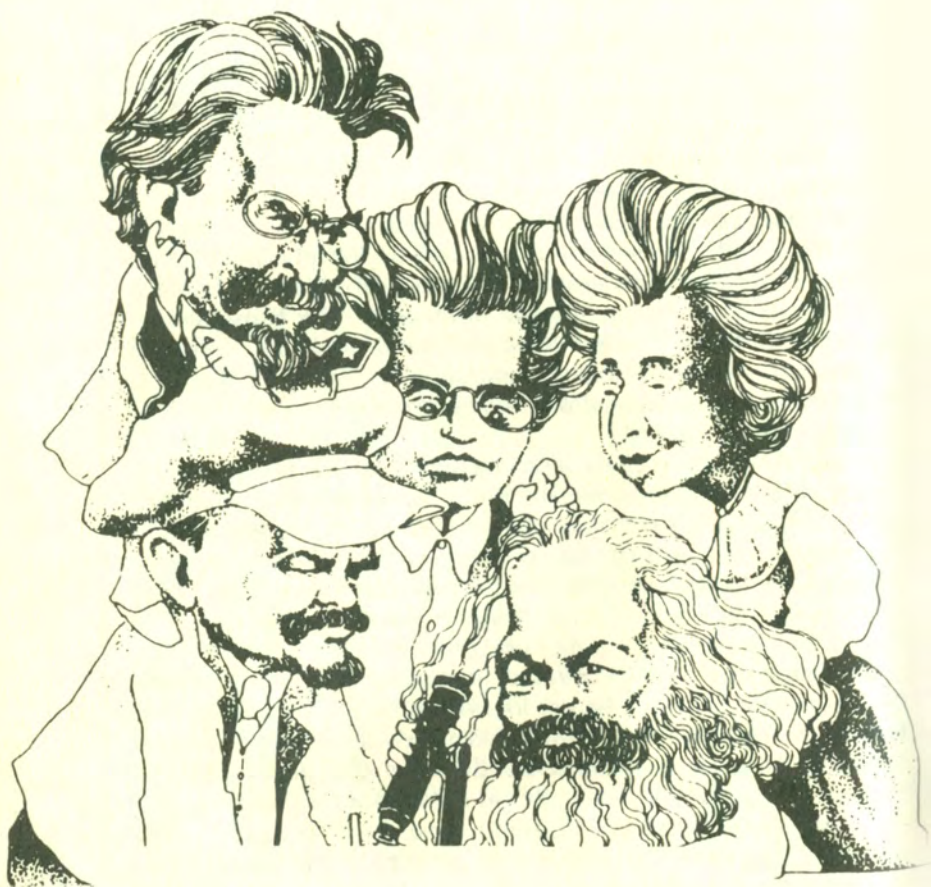
operar a partir de sus propias escalas establecidas de producción, más allá de toda consideración de las posibilidades efectivas de la realización de la masa de mercancías producidas, cuyo contenido de valor de uso no puede ser otro que capital constante potencial y medios de consumo. La presión a la baja de la tasa de ganancia, se manifestará en la *generalización de condiciones de sobreproducción*. Es así que, sobre-producción, baja de la tasa de ganancia y crisis, constituyen una trilogía de tendencias que se abren paso periódicamente en la historia del capitalismo. La caída de la tasa de ganancia y su clausura en una crisis son la forma de resolución de la contradicción entre *tasa de ganancia y tasa de plusvalor, entre producción y circulación, entre sobreproducción y consumo, entre producción de valores de uso y producción de valor*.

El capital marca el *paso* del trabajo necesario al plustrabajo, del valor al plusvalor. El capital crea históricamente las condiciones de la existencia del trabajo necesario y hace depender a la vida social misma de la existencia y desarrollo del trabajo excedente. Así subordina a la clase obrera a una *existencia necesaria* para su valorización, al mismo tiempo que tiende a reducir esta vitalidad frente a la aplastante riqueza material que se le enfrenta como capital. La crisis hace evidente esta contradicción el capital, al no obtener el suficiente plustrabajo realizable en plusvalor frente a una masa creciente de medios de producción. Por consiguiente, se verá impedido a poner *trabajo necesario*, atentará contra sus propias bases de existencia. De ahí que la crisis tenga su razón de ser en la *dialéctica contradictoria entre el fin y el medio de la valorización del capital*.

El desarrollo de las fuerzas productivas y las formas de organización de la producción social determinaron, en cada momento del desarrollo del capitalismo, la existencia de una *necesaria proporción* entre el trabajo socialmente necesario y el plustrabajo que por necesidad debe expresarse en plusvalor realizado. Para Marx, esta proporción sostiene todo el andamiaje del capitalismo. Por ello su violentación es sinónimo de crisis.

Para terminar una pregunta: ¿históricamente hacia dónde apunta esta proporción? Parece lógico afirmar que es precisamente hacia la disminución del trabajo socialmente necesario, al agotamiento de la fuente generadora del valor y el plusvalor en la producción social, vista siempre, no como una masa dada y aún en crecimiento de trabajo necesario, sino como una proporción frente al plustrabajo. Es así que, desde un punto de vista del dis-

curso crítico y también del comportamiento de la realidad capitalista, cada nueva crisis, si bien repone al capitalismo de sus males-tares, al mismo tiempo lo acerca más a la disyuntiva de su *desmantelamiento histórico*.



15.

• Elvira CONCHEIRO

¿Marx vs. Lenin?

El contenido de la ruptura de Marx con la filosofía idealista y con el materialismo vulgar desemboca en la actividad política práctica, que ambas corrientes filosóficas niegan. Una práctica política transformadora que no le vuelve la espalda a la crítica teórica, sino que se apropia de ella en la medida en que la teoría corresponde, simultáneamente, a las necesidades reales de los hombres y a la transformación revolucionaria de la sociedad. De la crítica del “partido político teórico” y del “partido político práctico”, surgen las bases del *partido político de la filosofía de la praxis*, fundado por Marx. Cuando hablamos de partido político de la filosofía de la praxis, de ninguna manera lo hacemos en sentido laxo o figurado. La filosofía de la praxis y el rompimiento con toda la filosofía anterior, no tienen sólo implicaciones de orden teórico, sino también, y de manera fundamental, de orden político. La filosofía de la praxis, en tanto filosofía de la transformación revolucionaria de la sociedad, más allá de sus implicaciones teóricas, que sin duda tiene, conlleva directamente efectos práctico-políticos. Es en este sentido que la entendemos como partido político.¹

Esta es la acepción que da Marx a su partido “en sentido histórico”. Partido del que habla en repetidas ocasiones, al referirse indistintamente a organizaciones específicas como “episodios en la vida del partido”, aunque se refiera a organizaciones en las que él

directamente militó, como la Liga de los Comunistas, o a aquéllas con las que tuvo importantes diferencias, como el partido blanquista. Así también Marx se refiere a *El Capital* como “una victoria científica para nuestro partido”, y a la Comuna de París, como “la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección de junio en París”.

El partido de Marx “en sentido histórico” es la *actividad teórico-política* encaminada a lograr la comprensión de las condiciones reales de existencia del proletariado, las posibilidades de éste como clase, su papel en la emancipación social de los hombres. En vida de Marx dicha actividad transcurre a través de organizaciones revolucionarias específicas, muy incipientes y de diverso tipo, y en ocasiones carece, incluso, de ese instrumento orgánico concreto. Será largo el proceso que conduzca a la confluencia del partido de la filosofía de la praxis, o partido del socialismo científico —por utilizar el nombre que Marx y Engels le dieron a su concepción—, con el partido “efímero”, o sea, con el partido de una organicidad determinada. De dicho proceso —ligado siempre a la experiencia de la lucha obrera— Marx apenas vio su comienzo. Realmente, el surgimiento y desarrollo de los *partidos de los marxistas* se producirá después de la muerte de Marx.

Partido histórico, partido efímero

La forma partido como expresión de la lucha política o medio para llevarla a cabo, es la consecuencia del desarrollo de la lucha que protagoniza la burguesía, primero contra la aristocracia feudal y después entre fracciones de ella misma. La burguesía, así como el proletariado, en el momento en que traspasan el nivel parcial e individual de sus luchas se constituyen propiamente en clases. Es decir, en el momento en que asumen y realizan su lucha ya no localmente sino en forma nacional por influir y tomar el poder del Estado, por convertirse en representantes de la mayoría, su lucha se transforma en una lucha de clases, en una lucha política. Esta transformación no ocurre de manera súbita ni engloba a toda la clase en su conjunto necesariamente, sino que es un proceso. Pero el proletariado, a diferencia de la burguesía, no puede reconocerse a sí mismo y unirse alrededor del Estado, sino justamente en el partido, que para él no sólo es un instrumento político, sino la instancia en que se reconoce a sí mismo como clase que disputa el poder.

A partir del siglo XIX —bajo el estado político— la lucha política se ha expresado siempre, de manera más o menos aca-

bada, en la lucha entre partidos de diversa índole. En realidad esa es la forma que adquirió la lucha de las clases en el capitalismo. Marx y Engels recogen la experiencia del movimiento real y desentrañan las bases materiales sobre las que ésta se sustenta. Serán ellos los que descubran que la base de la formación de los partidos políticos, de la lucha entre partidos, está en los antagonismos de clase, que surgen de determinadas relaciones económicas. El estado político expresa la igualdad de los individuos ante la ley, que es un resultado del proceso de predominio de la compra-venta de la fuerza de trabajo de hombres jurídicamente libres y desposeídos. El poder público se va convirtiendo en el terreno específico de la expresión de los antagonismos sociales a través de muy diversas formas, muchas veces sutiles que ocultan el carácter de clase de la lucha política y de los medios para llevarla a cabo. Por ello, en el seno de una misma clase, surgen caminos diferentes, partidos distintos.

Apenas expuestas para ellos mismos las bases científicas de su concepción en *La Ideología Alemana* y hecho público su ajuste de cuentas con la corriente de la cual procedían —la izquierda hegeliana— en su escrito *La Sagrada Familia*, Marx y Engels se entregan a la actividad política de partido.²

Con el objeto prioritario de *difundir* sus descubrimientos, Marx y Engels forman en 1845 el Comité de Correspondencia Comunista, organismo que les permitió establecer relaciones con importantes personalidades políticas y dirigentes del movimiento obrero de diversos países. Asimismo, su preocupación por vincularse en forma más directa con la lucha política alemana los lleva a fundar la Asociación de Obreros Alemanes en Bruselas, donde ambos residían.³ Esa perspectiva rigió su comportamiento en los tres grandes momentos de su militancia de partido: La Liga de los Comunistas (1847-51), La Asociación Internacional de Trabajadores (1864-72) y el Partido Socialdemócrata Alemán (1875).

La Liga de los Comunistas fue el resultado del proceso de transformación de la Liga de los Justicieros. Esta, que a su vez había surgido de un desprendimiento en 1836 de la Liga de los Desterrados, era una organización que agrupaba fundamentalmente a revolucionarios alemanes que actuaban en París. Era "un brote alemán del comunismo obrero francés", decía Engels. Una organización semiconspirativa, estrechamente vinculada con la *Société de Saisons* de Blanqui, en la que predominó el comunismo wetlingiano y el comunismo igualitario. En 1846 se trasladó a Londres el centro de actividad de la Liga de los Justicieros. Ahí inicia un proceso de reestructuración que culminará en 1847 con el congreso que dio origen a la Liga de los Comunistas, en el que

ya participaron Marx y Engels. El traslado a Londres, permitió a la Liga desprenderse de los conspiradores parisinos, con lo cual se dispuso a abandonar su carácter conspirador, aun cuando las condiciones políticas le obligaron a mantenerse en la clandestinidad. Por otra parte, comenzó a atraer a revolucionarios de distintas nacionalidades, concibiéndose más como un partido internacional, aunque los alemanes mantuvieron siempre su predominio.

Bajo estas nuevas condiciones, varios de los principales dirigentes de la Liga de los Justicieros, partidarios de que el proceso de reestructuración desembocara incluso en el cambio de la concepción teórica que venían sustentando, invitaron a Marx y Engels a integrarse, ofreciéndoles amplias posibilidades para desplegar su nuevo comunismo. Las condiciones de Marx y Engels para ingresar a la Liga no solamente fueron de carácter teórico (la transformación de ésta en la Liga de los Comunistas, la superación de la fórmula de "comunidad de bienes" por la abolición de la propiedad burguesa, etcétera), sino también de carácter práctico: la transformación de la Liga en un instrumento de la acción política cotidiana. Para ambos era fundamental superar la vieja concepción de las organizaciones conspirativas, que renunciaban de hecho a la propaganda del programa y a la intervención en las luchas políticas concretas, y que suponían que la emancipación de la gran masa de desposeídos podía alcanzarse con la lucha intrépida de un puñado de hombres, al margen de la actividad de esa masa. De ahí que pusieron el acento en el carácter propagandístico de la organización. La propaganda era el medio principal para influir en las luchas de los obreros y para organizar y desarrollar los núcleos revolucionarios. La construcción del partido abarcaba, así, las dos cuestiones fundamentales que encontraremos posteriormente en Lenin y otros marxistas de finales del siglo XIX y del siglo XX: la teoría íntimamente ligada a la cuestión del programa y la organización política.⁴

Del período de lucha de Marx y Engels desde 1848, es necesario fijar la atención en tres aspectos principales: la formación de la *Liga de los Comunistas*, la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista* y la fundación de la *Nueva Gaceta Renana*. En los tres encontramos plasmada una concepción de partido. La Liga era para Marx y Engels el intento más importante, hasta entonces, de formar un partido comunista con un programa claramente definido y alrededor de una concepción teórica con bases científicas. *El Manifiesto* es en realidad el primer programa basado en la nueva concepción, que, para sus autores, resume las bases teóricas del comunismo y la táctica del partido. La *Nueva Gaceta Renana* fue

el instrumento propagandístico más importante del período. Durante este breve lapso, los fundadores del socialismo científico llevaron a la práctica sus concepciones sobre el partido. En primer lugar la definición teórica y programática; en segundo, los medios para impulsar la lucha, el periódico de masas, y por último, la posibilidad de contar con grupos organizados en diversos lugares que fueran capaces de aplicar de manera más consecuente las concepciones y la táctica del partido.

Lo que recogen Marx y Engels de este período es, principalmente, el avance de la nueva concepción; es decir, del partido en su sentido más amplio, en su sentido histórico, y la incapacidad del partido, en su sentido concreto, el partido efímero que habían contribuido a formar: la *Liga de los Comunistas*. Habían sido más fuertes y convincentes el *Manifiesto* y la *Nueva Gaceta* que la *Liga*, a pesar de que muchos de los miembros de esta última estuvieron en la primera fila de las insurrecciones y otras acciones de los obreros europeos. Cuando Marx y Engels llegan a la conclusión de que la revolución había sido derrotada y no era de esperarse un resurgimiento, permiten que sobrevenga la división de la Liga, en la que no veían mayor interés y posibilidades bajo las nuevas condiciones políticas europeas. A partir de que Marx disuelve la *Liga* transcurrirán más de diez años en los que se negará, lo mismo que Engels, a incorporarse a otra organización obrera.

A principios de la década de los 60 el movimiento obrero europeo comenzó de nuevo a reorganizarse. En esos años, durante el movimiento de solidaridad con la rebelión polaca de 1863, se produjo el histórico mitin en Sn. Martin's Hall, en donde se acordaría fundar la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Evidentemente, éste es otro tipo de partido con respecto a la Liga de los Comunistas. La Internacional fue propiamente un frente que agrupó a diversos tipos de organizaciones obreras: sindicatos, partidos políticos y personalidades tuvieron cabida en la nueva organización. Su estructura orgánica tiene una flexibilidad mucho mayor que la de la *Liga*; aunque la AIT mantiene la idea básica de una dirección única centralizada, deja sin mayor precisión las relaciones de sus secciones. Para Marx, el nivel de la lucha obrera alcanzado hasta entonces, como el tipo de organización que era la Internacional, no permitían una concepción y un programa claramente definidos como el que ellos habían podido darle a la *Liga*. Sin embargo, varios aspectos esenciales de la teoría fundada por Marx y Engels, son parte del *Manifiesto Inaugural* de la Internacional, redactado por el propio Marx.

La derrota de la Comuna de París en 1871 afianza la idea, ya existente desde los inicios de la Internacional, de la necesidad de la formación de los partidos nacionales obreros. De hecho, las primeras conclusiones que elabora Marx de la experiencia de la Comuna tienen relación con el problema de la organización política de la clase obrera, la dirección única y el programa único. La experiencia de la Comuna constituye una formidable prueba para las concepciones de Marx, en primer término, sobre la cuestión del Estado y del poder político; es en gran medida la confirmación práctica de la posibilidad real de la toma del poder político por la clase obrera y el descubrimiento de la forma estatal concreta de la dominación del proletariado. Todo ello tuvo, sin duda, una enorme trascendencia teórica y política entre la clase obrera europea y americana. Los partidos socialistas y socialdemócratas europeos fueron, en buena medida, productos de la experiencia de la Comuna de 1871 y del triunfo de la concepción de la necesidad de la lucha política por el poder del Estado (expuesta y defendida durante largos años por el propio Marx). En este sentido, puede decirse también que la Internacional, con su aguda lucha interna y sus experiencias prácticas, así como la Comuna de París, con todo su enorme cúmulo de enseñanzas, constituyeron un terreno privilegiado de la lucha de Marx, Engels y los marxistas (ya en estos momentos puede hablarse efectivamente de marxistas en un sentido concreto), por desarrollar la nueva concepción en el movimiento obrero europeo. Fue en gran medida, una etapa de la formación del partido obrero revolucionario en su sentido histórico, como lucha teórico-práctica por la transformación de la sociedad capitalista.

Marx y Lenin entre partidos

Antes de la década de los 70 del siglo pasado nadie podía imaginar el surgimiento de los grandes partidos socialistas en Europa. Éstos, en realidad, no fueron invento de ningún líder o ideólogo, sino producto de la Comuna de París y de las nuevas condiciones surgidas en las sociedades europeas. Sin embargo, Marx y Engels tenían una posición visiblemente elaborada frente a la cuestión del partido. Luchaban por difundir la nueva concepción y la táctica sintetizadas en el *Manifiesto* también buscaban nuevas formas de organización para construir el destacamento político capaz de ser portador de aquella nueva concepción revolucionaria.

Aunque Marx y Engels subrayan la diferencia entre el partido en sentido histórico y el partido efímero, nunca los concibieron en

forma separada. La agrupación revolucionaria era necesaria para desarrollar el socialismo y confrontar a éste con la realidad, especialmente con el movimiento revolucionario de la clase obrera. La *Liga* y el *Manifiesto* surgen simultáneamente, aunque éste último haya estado siempre muy por encima de las posibilidades reales de los miembros de aquélla.

Conviene volver aquí al *Manifiesto*. No es casual que su título sea el *Manifiesto del Partido Comunista*. Tampoco carece de significado la declaración de que los comunistas no forman un partido aparte y opuesto a los partidos obreros, ni existe una contradicción entre la difusión del programa del partido comunista y la participación de los comunistas en los partidos obreros. En realidad ambos concebían al *Manifiesto* como el programa del nuevo partido, que no era la *Liga de los Comunistas* en su totalidad, sino el partido del socialismo científico: un partido que debería ganar a los partidos obreros, es decir, a las organizaciones políticas obreras, para la lucha por los objetivos revolucionarios.

Una situación por completo diferente existía cuando Lenin abordó la cuestión del partido en 1902, 1905, 1907, 1910 y en los años próximos a la Revolución de Octubre. En todos estos años, ya existían los partidos socialistas y socialdemócratas en Europa; algunos de ellos eran verdaderos partidos de masas. En estos partidos existían las tendencias marxistas y en algunos de ellos predominaban ampliamente, como en el caso de Rusia. El marxismo había adquirido ya carta de naturalización en los partidos obreros. No obstante la diferencia de situaciones, las bases de las que partían Marx y Lenin no fueron diferentes, incluso existen visibles coincidencias.

Existe, sin embargo, la difundida idea de que Marx carecía de una concepción acabada sobre el partido, mientras que Lenin se destaca, entre otras cosas, justamente porque abordó la llamada "teoría del partido". En realidad esta idea surge de la "necesidad" de ubicar a Lenin como elemento que "completa" al marxismo, que supuestamente Marx no pudo "completar". Esta "necesidad" supone que el marxismo es una concepción acabada y que "acabó" justamente en Lenin y gracias a él. Se opone por completo el pensamiento del propio Lenin que consideraba al marxismo como una teoría viva y en constante desarrollo. Las aportaciones teóricas y prácticas de Lenin a la lucha revolucionaria no requieren de tergiversaciones de su pensamiento ni de intentos de atribuirle un predominio sobre Marx.

Por otro lado, frente a la concepción que considera a Lenin "complemento" indispensable del marxismo debido, entre otras

razones, a su "teoría del partido", ha surgido la idea de que para Marx el partido es la clase obrera en su conjunto y en su movimiento político y que en ello, precisamente, se diferencia de Lenin. Para justificarlo se recurre a la frase del *Manifiesto* en la que se habla de "la organización del proletariado en clase, y, por tanto en partido político..." y a otros escritos del propio Marx en los que se menciona al partido obrero. En realidad se trata de una interpretación inversa y errónea de la afirmación de Marx, que está hablando aquí del proceso y las condiciones a través de las cuales el proletariado se convierte propiamente en clase, pero no de lo que es el partido político.

Dicho proceso de constitución del proletariado en clase, transurre para Marx en dos niveles: en el económico, que le da existencia objetiva a la clase obrera, y en el político, que la proyecta como clase revolucionaria que disputa el poder político, como medio para alcanzar su plena emancipación. De ahí la famosa diferenciación hecha por Marx entre "clase en sí" y "clase para sí". El proletariado pasa de ser sólo efecto pasivo de la economía a ser efecto activo de la política y la ideología, organizándose en partido político. Ello no significa, en modo alguno, que Marx piense de manera voluntarista, que ello ocurre en un solo acto y en la totalidad del proletariado. En ese mismo sentido, Lenin afirmaba que el proletariado que no asume la idea de la hegemonía no es aún propiamente una clase; "la conciencia de la hegemonía —escribía Lenin—, la actividad práctica en que toma cuerpo, es justamente lo que convierte la suma de gremios en clase".

Para Marx, y de manera mucho más clara para Lenin, el partido es justamente un instrumento necesario para el desarrollo de la hegemonía de la clase obrera entre las demás clases trabajadoras. Si la clase obrera es la única clase capaz de emancipar a la sociedad al emanciparse ella misma, ello sólo puede ser producto de una lucha obrera nacional, que desde sus inicios busque integrar a la mayoría del pueblo trabajador. Y justamente, a través del partido revolucionario de clase, el proletariado puede incorporar a la lucha —allí mismo, en el mismo partido— a múltiples elementos de las otras clases oprimidas, precisamente porque el partido obrero revolucionario puede tener un programa para toda la sociedad —un programa nacional— y no sólo para los obreros.

La expresión de Marx de que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos, solamente se refiere a que dicha emancipación no podrá estar a cargo de reformadores, ni de representantes de otras clases, a diferencia de lo sucedido con anteriores estamentos oprimidos.

La identificación de clase y partido pretende combatir la concepción vanguardista de que la teoría y el programa de una organización socialista constituyen "factores externos a la clase". Sin embargo, se soslaya así que el marxismo surge no sólo como crítica del pensamiento burgués, sino también como un esfuerzo por explicar las condiciones de existencia de la clase obrera y como una crítica al comunismo y al socialismo preexistentes. Es, por ello, una toma de partido en el seno del movimiento obrero, que surge en lucha contra otros partidos, entendidos como otras teorías y otras prácticas; otros partidos en el sentido histórico, hasta entonces influyentes en el proletariado europeo.

El marxismo surge sobre la base de la existencia objetiva de la clase obrera, pero se diferencia claramente por su contenido científico. La exactitud de la teoría es una formidable arma revolucionaria. Movimiento obrero y conocimiento científico no son dos cosas separadas por una muralla gnoseológica. Por el contrario, bajo el capitalismo, la clase obrera en su movimiento es la única que puede generar sus propias condiciones de conocimiento científico. Más todo ello sólo reafirma la necesidad del partido como actividad política encaminada a lograr la comprensión de las condiciones materiales de existencia del proletariado y su papel en la transformación revolucionaria de la sociedad.

Visto así, el partido no es solamente producto del movimiento obrero, ni tampoco único instrumento gracias al cual el proletariado alcanza su conciencia de clase. En realidad la concepción de Marx y de Lenin es coincidente: el partido es un producto del movimiento obrero y, al mismo tiempo, su superación. Por encima de una u otra cita circunstancial, Marx y Lenin conciben al partido estrechamente vinculado a la lucha obrera y, al mismo tiempo, como elemento insustituible en el desarrollo de la conciencia de clase.



¹ Con plena razón, Adolfo Sánchez Vázquez rechaza que la ruptura de Marx sea un mero "corte epistemológico", pues si bien se "corta" con una teoría, más allá de eso, se trata de romper con la concepción que hace de la filosofía un instrumento político de justificación y conciliación con la realidad. A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la Praxis*. Ed. Grijalvo, México, Segunda Edición, pág. 191.

² "Estábamos obligados —escribía Engels— a razonar científicamente nuestros puntos de vista, pero considerábamos igualmente importante para nosotros ganar al proletariado europeo, empezando por el alemán, a nuestra concepción. Apenas llegamos a conclusiones claras para nosotros mismos, pusimos manos a la obra". F. Engels, *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas*, O.E., tomo II, pp. 362-263.

³ Estrictamente sólo estas dos organizaciones fueron creadas por Marx y Engels. Renuentes siempre a convertirse en "predicadores en el desierto" —como decía Engels de los utopistas— lo que buscaron fue *influir* en el movimiento revolucionario de la época a través de las organizaciones políticas existentes. Ahí donde ellos veían a las corrientes más radicales, con mayor sentido proletario, es donde insertaban su acción. "Si no hubiéramos procedido de este modo —escribe Engels, explicando su actuación durante la revolución en Alemania—, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresista y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarlo así hacia adelante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta". F. Engels, *Marx y la Nueva Gaceta Renana*, O.E., tomo II., ed. Lenguas Extranjeras, Moscú.

⁴ Es necesario tomar en cuenta que en 1847 había una muy escasa experiencia en materia de organización política obrera. Lo que se tenía entonces eran círculos de diverso tipo, con distintas posiciones ideológicas, a la cabeza de los cuales se encontraban jefes, políticos unas veces y, otras, simples predicadores. En realidad no habían surgido los partidos obreros propiamente dichos. Estos estaban en el proceso de surgimiento y no existían, por tanto, experiencias organizativas más o menos completas.

Karl Marx .

Huella de Palabras

La CIA en Guatemala: Crónica del Terror*

Durante los años 70 el Congreso norteamericano permitió que los archivos de la FBI, el Departamento de Estado, el Departamento Naval y otros que reunían documentos sobre la política exterior, fueran abiertos al público. Documentos que hasta entonces se hallaban bajo el polvo, han posibilitado una reevaluación, a la luz de los acontecimientos actuales, de la historia de la guerra fría.

Varios investigadores norteamericanos, tras la promulgación de la hoy controvertida "Freedom of Information Act", se aprestaron a desenterrar la historia de las acciones encubiertas de los gobiernos norteamericanos en colaboración con la CIA, dentro y fuera de su país. Solamente en 1982 vieron la luz pública dos estudios sobre el golpe de estado en Guatemala en junio de

1954: *The CIA in Guatemala* de Richard Immerman y la *Fruta Amarga* de Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer. El segundo de los libros fue traducido al español y apareció en el mercado en México a fines del año pasado.

Revelaciones reveladoras. La "Operación Exito" en contra del gobierno de Arbenz fue diseñada según la táctica practicada en el golpe de Estado contra el primer ministro Mohammed Mossadegh de Iran en 1953. Recientemente instalado en la Casa Blanca y urgido por

* Richard H. Immerman, *the CIA in Guatemala: The foreign policy of intervention*. University of Texas Press, Austin, 1982.

Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The untold story of the American coup in Guatemala*. Doubleday & Company, Inc. New York, 1982. En español, *Fruta Amarga: La CIA en Guatemala*. Siglo XXI, México, 1982.

el secretario de Estado John Foster Dulles, el presidente Dwight Eisenhower dio indicaciones a la CIA para que derrocaria a Mossadegh y devolviera el trono al Sha. El éxito de ambas operaciones infundió tanto optimismo a los arquitectos de la política exterior norteamericana que intentaron repetirlo por tercera vez en Cuba en 1961. El fiasco de esta operación es bien conocido. Cuba no era Guatemala y también el panorama internacional había cambiado.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la política exterior de la administración Truman se basaba en el principio de que el mundo se había dividido en dos grandes bloques: el capitalista y el comunista, opuestos, antitéticos e irreconciliables. No fue sin embargo hasta que Eisenhower y John Foster Dulles ocuparon la Casa Blanca cuando este principio se convirtió en el estandarte de una cruzada anticomunista.

La mayoría de los países latinoamericanos no presentaban problema alguno dentro del esquema norteamericano del ordenamiento del mundo. Gobernados por regímenes dictatoriales o favorables a la inversión norteamericana no encarnaban ninguna amenaza para los intereses de Estados Unidos a diferencia de Europa y el Lejano Oriente. Eisenhower no era insensible a los problemas sociales y económicos de los países subdesarrollados, que engendraban inquietud e inestabilidad en sus habitantes. Sin embargo creía que la solución a esos problemas debía ser gradual y pacífica, acompañada de una transición a la democracia capitalista. A sus ojos, los pueblos de estos países se halla-

ban impacientes, hecho que aprovechaban los comunistas para llenar sus cabezas con los sueños de la utopía. No por ser pobres y analfabetos se convertían en comunistas, sino porque la Unión Soviética se aprovechaba de su situación. A principios de 1953, Eisenhower anotó en su diario:

“El nacionalismo está avanzando y el comunismo mundial se está aprovechando de ese espíritu nacionalista para provocar discordia en el mundo libre. Moscú está conduciendo a mucha gente desorientada a creer que puede contar con la ayuda comunista para alcanzar y sostener sus ambiciones nacionalistas. En realidad, lo que está ocurriendo es que los comunistas esperan aprovecharse de la confusión, resultado de la destrucción de las relaciones existentes y de las dificultades e incertidumbres debidas a la interrupción del comercio, la seguridad y el entendimiento, para hacer avanzar los objetivos de la revolución mundial y la dominación de Kremlin sobre todos los pueblos”. (Immerman, p. 16).

La distinción de Eisenhower entre el nacionalismo y el comunismo era tan tenue que tomaba uno por lo otro. Para su política anticomunista Eisenhower contaba con su secretario de Estado John Foster Dulles. Hijo del ministro presbiteriano y ex-presidente del Consejo Federal de Iglesias, su visión del mundo tenía raíces filosóficas y religiosas. Dulles veía la guerra fría como una confrontación entre la fe cristiana y la atea. Era un asiduo lector de los escritos de Lenin y Stalin y los comparaba con *Mein*

Kampf de Hitler. Su fe religiosa convergía con su fe en el sistema capitalista. Antes de ser secretario de Estado, Dulles había sido uno de los abogados mejor pagados en Wall Street y creía en la bonanza de las inversiones corporativas en el extranjero. Para él, estas inversiones enfrentaban serios peligros, porque los agentes de la Unión Soviética alentaban en todo el mundo a ingenuos nacionalistas a expropiar los bienes extranjeros y, en general, a crear condiciones económicas adversas a los intereses de Estados Unidos. En la medida en que la seguridad nacional norteamericana era concebida como complemento inseparable del bienestar económico del país, Dulles veía la "salud fiscal" como un componente fundamental de la política de defensa.

En la década de los 40, el Código Laboral (Jacob Arbenz) y la Reforma Agraria (José Arévalo), afectaron las ganancias y los privilegios económicos de la United Fruit Company (UFCO) en Guatemala. La Company se aprestó a defenderse tanto de los sindicatos creados dentro del enclave a raíz de la legislación laboral, como de la afectación de sus tierras, aunque solamente el 15% de ellas fueran cultivadas. En realidad, la injerencia norteamericana en los asuntos internos del gobierno democrático había empezado ya bajo la administración Truman, cuando el embajador norteamericano Patterson exigió a Arévalo que despidiera a diecisiete funcionarios por supuestos comunistas. Anteriormente Patterson había sido declarado persona *non grata* por Tito en Yugoslavia cuando intentó inmiscuirse en asuntos internos del país en calidad de emba-

ador norteamericano. Ante la protesta del presidente Arévalo, Patterson fue revocado de su puesto en Guatemala antes de ser expulsado como lo fue de Yugoslavia.

Bajo Eisenhower y Dulles la política exterior norteamericana iba a ser más agresiva con sus opositores. A pocos meses de haber llegado a la presidencia, Eisenhower había decidido derrocar al gobierno de Arbenz. La United Fruit Company lo había decidido aún antes. Con Truman la CIA fue utilizada por el gobierno para recoger informaciones de inteligencia, con Eisenhower para llevar a cabo acciones encubiertas contra los "enemigos del estado norteamericano".

Edward Bernays, experto en técnicas de persuasión y encargado de las relaciones públicas de la UFCO, dirigió la campaña de "sensibilización" de la ciudadanía norteamericana sobre el inminente peligro comunista en Guatemala. En 1950 comenzaron a aparecer artículos en los principales periódicos de Estados Unidos acerca de los problemas que enfrentaba la Company. Thomas Corcoran, consejero personal del director de la UFCO actuó como enlace entre la UFCO y la CIA. Fue él quien participó en el primer plan para derrocar a Arbenz con la ayuda militar de Somoza. A última hora, el Departamento de Estado se enteró del plan y lo detuvo. Para la CIA, el escenario internacional no estaba todavía suficientemente preparado para una acción de tal magnitud. Primero, había que encontrar un embajador para Guatemala que colaborara con el plan. John Peurifoy era el hombre designado por Dulles por sus buenos servicios anticomunistas

rendidos en Grecia. Después había que seleccionar al hombre más idóneo para reemplazar a Arbenz y ponerse a la cabeza del "Ejército de Liberación". A falta de un civil fue escogido Carlos Castillo Armas, a la sazón en exilio, donde fraguaba con los Somoza el derrocamiento del gobierno guatemalteco. Castillo Armas no tenía todavía conocimiento de que la Casa Blanca y la UFCO tramaban el mismo plan.

En tercer lugar, el gobierno norteamericano se propuso alinear a los países de América Latina para condenar al régimen guatemalteco. Para ello convocó la Conferencia Interamericana en marzo de 1954 cuyo propósito, según el secretario de Estado, era "asegurar una resolución fuertemente anticomunista que reconociera el comunismo como una conspiración internacional en lugar de considerarla sólo como un movimiento nativo" (Immerman, p. 145). Los cancilleres asistentes a la conferencia firmaron la Declaración de Caracas, con la abstención de México y Argentina. Guatemala votó en contra. Su canciller, Guillermo Toriello, acusó allí públicamente a Estados Unidos de regresar a la tradición del gran garrote y la diplomacia del dólar y tildó la declaración de ejemplo del macartismo internacional. Pero fue en vano.

Sólo faltaba el pretexto para iniciar la invasión. El pretexto fue la llegada de armas a Puerto Barrios desde Checoslovaquia en mayo de 1954. La invasión empezó el 18 de junio. El "Ejército de Liberación" contaba con unos cuatrocientos hombres, mercenarios casi todos. El éxito de la operación dependía del impacto psicológico sobre Ar-

benz y la lealtad o desertión del alto mando de su ejército. La guerra de nervios fue organizada por medio de transmisiones de la "Voz de Liberación", coordinadas por un equipo técnico norteamericano y por el bombardeo de puntos estratégicos en la capital guatemalteca, ejecutados por aviones y pilotos también estadounidenses. Arbenz ordenó a los oficiales militares distribuir armas a los campesinos y obreros. Pero era ya demasiado tarde. Los oficiales se negaron y en cambio pidieron a Arbenz su renuncia o que llegara a un acuerdo con Castillo Armas. El 27 de junio Arbenz dimitió.

La historia de Guatemala después del golpe de Estado es tristemente célebre por la sucesión de gobiernos militares represivos que llevan a cuestras miles de asesinatos y desaparecidos. La responsabilidad del gobierno norteamericano es evidente.

Básandose en las mismas fuentes, los autores de la historia de la CIA en Guatemala, ofrecen una visión de los acontecimientos y su interpretación muy similares. Schlesinger y Kinzer tienden más al rescate de los sucesos con estilo periodístico. Immerman es más académico en su método de presentación, posiblemente más crítico de sus fuentes. Los tres autores llegan a la misma conclusión: el derrocamiento de un gobierno democrático y reformista, sucedido por regímenes represivos y despóticos ha obligado al pueblo de Guatemala a emprender la lucha armada en organizaciones revolucionarias y con una perspectiva socialista.

OCTAVIO PAZ

SOR JUANA
INÉS DE LA CRUZ

O
Las Trampas de la Fe

La historia de una afición desmedida, de una pasión prolongada en el tiempo, se transforma en una legítima y pertinaz obsesión amorosa. En el caso de Octavio Paz hacia sor Juana, la fascinación personal y creadora se traduce en la continuidad consumada de un ensayo a otro. En 1950, Octavio Paz escribe un breve pero intenso y penetrante trabajo intitulado simplemente "Sor Juana Inés de la Cruz", ensayo que después inserta en *Las peras del olmo* (Imprenta Universitaria, México, 1957). A lo largo de más de tres décadas, Paz, sin olvidarla nunca, vuelve "al imán de sus gracias atractivo", a la personalidad, más que tratada, pero siempre desafiante y escurridiza de la monja jerónima. Incluso en una de sus últimas colaboraciones en *Vuelta* ("Sor Juana testigo de cargo", mayo de

1983), Paz confiesa, a propósito de una investigación recientemente descubierta por él: "Me había prometido no ocuparme de sor Juana en muchos años y el folleto de Tapia Méndez me obligaba a quebrantar mi propósito". Sucumbe Paz ante la tentación de frecuentar de nuevo otros estudios e investigaciones acerca de la escritora barroca. No cabe duda que la complicidad de aficiones compartidas, por un lado, atenúa la afición, y por otro, la alienta.

La admiración del mayor de nuestros poetas vivos hacia la más grande de nuestros poetas, culmina en una gran obra crítica, deslumbrante, pacientemente informada, que legítimamente queda, como dice Francisco Rivera, como "...uno de los grandes libros en prosa de la cultura hispanoamericana del siglo XX" ("Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe", *Vuelta*, mayo de 1983). Agregaría yo, un gran ensayo creativo, con la fascinación indiscutible de un creador embelesado ante una mujer mito, enigma y gran alquimista de la palabra.

En esta reseña comentaremos las líneas directrices y los aspectos más originales y atractivos, sin agotar, naturalmente, todo lo que Paz vuelca acerca de la vida, la obra y la época de sor Juana. El ensayo podría llamarse, pienso yo, "Del espíritu de un personaje y su época". El primer lineamiento que muy conscientemente anima la obra que estudiamos, es el análisis "desde dentro" de la sociedad que enmarca a sor Juana. Paz cala hondo en la compleja situación social, económica y espiritual que significó la Nueva España. El mundo neome-

dieval que se transplanta a América, sus complejidades raciales, su hegemonía religiosa, la designación de toda una sociedad a partir de la fusión entre el concepto de estado político y el religioso, la interacción y el dominio ejercido por ambos como una teoría absoluta del poder. Paz no sólo examina a la sociedad colonial, sino que siguiendo su inherente y también añeja preocupación por el "ser mexicano", patente desde *El laberinto de la soledad*, establece la dialéctica entre el pasado y el presente. Uno de los problemas fundamentales que aborda el ensayista es la peculiaridad de México como entidad histórica, y de qué manera la falta de modernidad de España y sus colonias le otorga a Iberoamérica en general, y a México en especial, una identidad plenamente singular. El autor, en esta primera parte, hace, más que historia, auténtica historia de la cultura de una época y de una sensibilidad colectiva. Da el contorno exacto de un tiempo y un espacio que fueron el ámbito real de sor Juana y que conformaron su singularidad, su rebeldía, su sumisión, sus pasiones, que de reales se hicieron imaginarias y literarias. La represión de una sociedad profundamente jerárquica y estamental, que Paz, con parcialidad peyorativa, compara con las sociedades totalitarias marxistas de nuestros días. Creemos que establece inflexibles reglas generales históricas (para él tan causalmente similares) que a veces ensombrecen la grandeza del libro, genial en los demás niveles de erudición y apreciación crítica. *Pecata minuta* del gran ensayista.

Como señalábamos anteriormente, Paz marca con exactitud la necesi-



saria sumisión moral del individuo ante una sociedad que, al preservar la ortodoxia como fuente de poder, establece sus exclusivos lineamientos de cultura. El autor señala un agudo paralelismo entre la teocracia política de la Nueva España y las escasas posibilidades de realización intelectual que un espíritu excepcional, como sor Juana, podía lograr. En este ambiente aristocrático, Paz deriva la cultura y la literatura de la época de la jerarquización de la sociedad virreinal. En los focos del poder están situadas las irradiaciones de cultura: Iglesia, Universidad, Corte. En efecto, en los Siglos de Oro Españoles, la cultura es un elemento eficaz, colectivo y manipulador que ejercen las clases dominantes.

El mundo novohispano, señala el ensayista, es, a pesar de sus diferencias obvias, un organismo sociopolítico y cultural, regido por los moldes peninsulares. De ahí que la literatura del XVII mexicano sea un trasplante de la española: "La

poesía barroca de la Nueva España fue una poesía trasplantada y que tenía los ojos fijos en los modelos peninsulares, sobre todo en Góngora" (p. 80). No obstante, Paz establece la singularidad del criollo (clase a la cual pertenece sor Juana), tanto como ente histórico y como escritor. El criollo se adapta, por naturaleza de su idiosincrasia, a la visión barroca de la existencia.

En este universo complejo vive sor Juana. Paz lo delinea para, después de esta espléndida parte introductoria, desarrollar la vida de sor Juana, paso a paso, como la historia de una pasión, la del conocimiento, de una vocación, las letras, y de una esencia femenina situada y sitiada en la dificultad de realizarse como intelectual. Cuando Paz habla de la vida de sor Juana, desmiente a Pfandl en sus ligeras audacias psicoanalíticas, y expresa sus propias teorías acerca de las figuras claves en la primera etapa vital de la monja: la madre, el padre ausente, el padrastro y el abuelo. Nos refiere su conclusión en cuanto al conflicto de identidad y la presencia definitiva del abuelo: "El abuelo no sólo es la compensación por la ausencia del padre sino que representa la sublimación de la sexualidad masculina." (p. 116). De ahí deduce el escritor el refugio que el abuelo brinda a sor Juana y que norma su relación con la realidad: la biblioteca y su significación. La futura monja y su genio eligen no las cosas sino "... los signos de las cosas" (p. 117).

Lo más fascinante y notable del ensayo es el planteamiento que el escritor hace del origen hermético de la cultura. A lo largo de la histo-

ria del pensamiento ha existido lo que podemos llamar una cultura lícita, de difusión, destinada a las grandes masas. Paralela a ella, ha coexistido una concepción hermética, esotérica, más o menos subterránea o disfrazada. La historia de la espiritualidad de sor Juana y de su siglo que más le interesa replantear a Paz es, precisamente, la hermética. Sor Juana está inmersa, como la mayoría de los escritores importantes de su tiempo, en esta tradición hermética que nutre a Occidente desde tiempos muy remotos. Una de sus fuentes más importantes, junto a la tradición neoplatónica, es la del jesuita alemán, Anastasio Kircher. Dice Paz: "El caso de Kircher es extremo pero no único. La mezcla entre las creencias e ideas del neoplatonismo hermético, la alquimia, la Cábala y las nuevas ciencias fue una característica general del siglo XVII." (p. 238). De ahí las fuentes que explican a sor Juana en su contexto cultural, en el que ella es genial, más no excéntrica. En el ambiente intelectual del siglo XVII, tanto en el cortesano como en el eclesiástico, la herencia hermética se codifica y se hace expresión literaria. Las más profundas interpretaciones del mundo nacen de ella. La iglesia, incluso la permite y hasta participa de ella, siempre y cuando no agreda a la ortodoxia oficial. Sor Juana es vista por Paz bajo estos parámetros de la doctrina hermética, que sólo los iniciados saben retomar para hacerla suya, como interpretación filosófica o estética del universo.

Si lo que podemos llamar "la teoría del conocimiento" de la escritora se desprende del hermetismo, la concepción amorosa de su

poesía es indudable que proviene de la tradición neoplatónica y del amor cortés. Los trovadores provenzales, como es bien sabido, inventaron una exquisita y compleja retórica de la pasión. Por ser la poesía amorosa de sor Juana quizá la más conocida, Paz se detiene en la fascinación y el enigma que todavía provoca. Paz se embelesa en este canto de las sirenas y nos presenta ya no sólo ámbitos culturales e ideológicos, sino que, con gran destreza y atractivo, figuras de la época que tienen el valor protagónico de personajes. Este es el caso de las dos virreinas que la monja más frecuentó y que le otorgaron su amistad: la Marquesa de Mancera y la Condesa de Paredes. Sobre todo con la segunda la une lo que Paz llama "una amistad amorosa" (p. 206), que conforma e inspira buena parte de su poesía erótica. En los poemas dedicados a la Condesa de Paredes se observa todo el ritual del amor. En ellos sor Juana inmortaliza toda una dialéctica del sentimiento amoroso: celos, despecho, sufrimiento, autoexaltación, masoquismo... "¿Cuál fue la indole de su relación con María Luisa Manrique de Lara? También ella se hizo esta pregunta y la respondió con sus poemas que dicen todo y no dicen nada", (p. 302). Con estas palabras, Paz da, a su vez, la más honesta de las respuestas. Lo cierto, lo que únicamente se puede descifrar de su amistad con la Condesa es la permanencia de algunos de los poemas amorosos más intensos, apasionados y mejor escritos de la lengua española.

Uno de los capítulos más apasionantes y de más invitación a la controversia es el que se refiere a "Primero Sueño", el máximo poe-

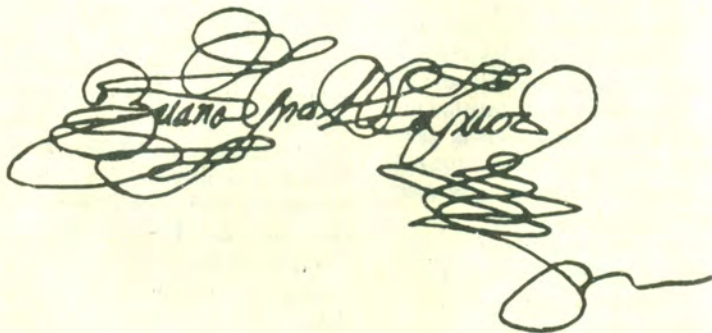
ma de sor Juana. Auténtica *Summa Artis* de toda su preocupación intelectual. Sabido es que fue hecho "imitando a Góngora", como la propia autora lo declara. Paz, coincidente con la mayor parte de los críticos que lo anteceden, encuentra lo gongorino del poema: "Por sus latinismos, sus alusiones mitológicas y su vocabulario. Lo es, además, por el uso reiterado del hipérbaton, que invierte el orden normal de la frase procurando ajustarla al patrón del latín" (pp. 469-470). Conviene Paz que sólo ahí reside la semejanza, pues dice que mientras la poesía del cordobés es descriptiva, la de sor Juana es discursiva: Paz, en la parte medular del análisis, conecta el poema con toda una estirpe hermética acerca del sueño, proveniente de la Antigüedad. Para los lectores no familiarizados con la innegable dificultad del poema, el crítico hace una magnífica descripción explicativa del contenido del poema (pp. 485-496). Pensamos que lo medular del texto es cuando Paz dice que "Primero Sueño" es "la historia de una derrota" (p. 497). Lo creemos en cuanto que Sor Juana en el momento culminante del acto de conocer y su desafío (versos 821-827 del poema) corta la epopeya intelectual del alma (su propia alma). ¿Qué significa esto, en realidad? Creemos, con Jaime Labastida, que esta aparente claudicación es la rebelde actitud de sor Juana ante los límites que señala toda una conformación lícita (la escolástica cristiana) del conocimiento. Labastida dice lo siguiente: "...el contenido del 'Primero Sueño' es, si no moderno o ilustrado, por lo menos revolucionario con relación a la escolástica: mostraría el desen-

canto intelectual que pretende valerse de los métodos tradicionales..." (*El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*, Ed. Novaro, México, 1973). Labastida cree, sin embargo, que sor Juana se apega a la fe ante la incapacidad del conocimiento racional del universo. En esto, disentimos de él y creemos con Paz que: "La figura de Faetón fue determinante para sor Juana de dos maneras. Primero como ejemplo intelectual que reúne el amor al saber y la osadía: la razón y el ánimo. En seguida, porque representa la libertad en su forma más extrema: la trasgresión" (p. 504). La caída del personaje mítico es en sí misma, en su desafío trágico, el signo de su propio triunfo. Creo que lo mismo podemos decir de Sor Juana en "Primero Sueño".

Paz hermana "Primero Sueño" con la "Respuesta a Sor Filotea de la Cruz", como defensa del ansia de conocer. En efecto, la "Respuesta" es una especie de monólogo interior

heroico en el que sor Juana hace una genial introspección de su intelecto y su sensibilidad. A partir de este capítulo el ensayo llega a la parte climática del personaje. Aparecen los enemigos de sor Juana: Aguiar y Seijas y el terrible Núñez de Miranda. La "Respuesta" muestra la singularidad de la literatura confesional en el ámbito hispánico. Los religiosos simbolizan el anacronismo y el letargo de la sociedad virreinal. Sor Juana contrasta con ellos por su interés por la experimentación, que la separa de una ortodoxia intelectual sumisa. La aparente claudicación de sor Juana es dialéctica también: entre el triunfo y la derrota su genio y su espíritu crítico se imponen sobre los límites de su realidad contemporánea. Nunca aprehensible, ni en su tiempo ni en el nuestro, creemos, con Paz, que sor Juana-Faetón ejerce la fascinación de una gran figura mítica.

Ma. Dolores Bravo A.

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read "Ma. Dolores Bravo A.", with a long, sweeping underline.



México, *un pueblo en la historia* ofrece una lectura diferente de la historia nacional.

En una interpretación crítica, reveladora de mitos, expone las tendencias generales del devenir de la sociedad mexicana. No es una obra para especialistas, se dirige al amplio público interesado en la historia y busca ser un material útil a los estudiantes universitarios. De lectura ágil, con un relato ameno logra dar cuenta de la complejidad de los procesos que constituyen la totalidad social y su movimiento.

La mayoría de las historias generales con que contábamos hasta hoy, parten de una concepción positivista cuyo relato articula de manera lógica el material fáctico y coloca como nudo central de su explicación la actuación de "personajes" e instituciones, o bien nos ofrecen la yuxtaposición de ensayos que con sus diferentes enfoques y metodologías abordan distintos periodos de la historia nacional sin lograr encontrar su unidad y coherencia. *México, un pueblo en la historia*, en la que participan alrededor de 15

investigadores que comparten la misma matriz teórica, ofrece una interpretación centrada en el análisis del proceso de génesis, desarrollo y crisis del modo de producción capitalista en México. Asume como necesaria la unidad de las ciencias sociales en la aprehensión de las múltiples manifestaciones de la cambiante realidad social.

A diferencia de otras historias generales, la presente rechaza la visión del "pueblo" como aquella masa anónima, bárbara y manipulable por los "grandes personajes de la historia", y lo considera como una fuerza activa y creadora que determina las grandes transformaciones de una sociedad que se desarrolla de acuerdo a tendencias generales y objetivas, independientemente de la voluntad individual. Se preocupa por reconstruir en sus múltiples aspectos el movimiento de las contradicciones que se producen entre las clases, ámbito en que se expresan con mayor fuerza los procesos vitales de la sociedad. Este aspecto se coloca como eje fundamental de su interpretación.

El estudioso de la historia nacional tiene en sus manos una obra que sin "narrar toda la historia" da cuenta de los procesos y las estructuras fundamentales que nos ayudan a entender el complejo México de hoy.

Como toda historia general, en *México, un pueblo en la historia* destaca la unidad en la diversidad, convirtiéndose en una invitación a profundizar en las especificidades de la historia misma. En un país tan heterogéneo como México, el análisis de los desfazamientos y particularidades regionales complejizan y enriquecen la interpretación global, tarea que sólo se podrá emprender a

condición de impulsar los llamados estudios "microhistóricos" hasta ahora escasos.

De los tres tomos publicados, el primero analiza el periodo que va desde las primeras ocupaciones del territorio mexicano hasta la crisis del sistema colonial implantado por España. A cargo de Nalda, Semo y Sugawara, son analizadas las primeras formas de organización social que en su desarrollo dan lugar a la estratificación del México prehispánico; se presenta además una crítica de las periodizaciones existentes y se proponen dos periodos del México prehispánico: el de la comunidad primitiva y el llamado de transición a las formaciones estatales, iniciándose en este último las formas despótico-tributarias. En la segunda parte del volumen I, se ofrece un análisis de la formación, el desarrollo y la crisis del sistema colonial en su vinculación permanente con los procesos europeos y se propone una interpretación basada en la coexistencia contradictoria de tres modos de producción: el despotismo tributario, el feudal y el capitalista embrionario, que conforman una estructura pluriparticular y multideterminada donde las relaciones sociales y de producción no adoptan formas "puras". El volumen se cierra con un análisis de la reformas borbónicas, donde se destaca cómo el auge del último tercio del siglo XVIII termina agudizando las contradicciones del orden colonial que, al combinarse con la crisis española, terminan por crear una situación revolucionaria.

El volumen II se ocupa del siglo XIX. Inscribiéndose en el proceso de transición al capitalismo iniciado en el último tercio del siglo XVIII,

analiza las tres revoluciones burguesas mexicanas. Elsa Gracida y Esperanza Fujigaki ofrecen un análisis detallado y crítico de la revolución de independencia. Fijan sus etapas en base a la participación popular en el proceso y observan cómo la "revolución popular" fue derrotada y los grupos protocapitalistas logran hegemonizar el segundo lustro de la década revolucionaria. En la segunda parte, a cargo del prematuramente desaparecido Gilberto Argüello, a cuya memoria se dedica el volumen, se desarrolla un sugerente análisis de las vicisitudes del proceso de transición al capitalismo en el lapso de la historia que va de 1821 a 1867. Destaca la paulatina incorporación al mercado mundial, la formación de las clases, su cultura, el proceso de conformación del estado nacional burgués en los marcos de un análisis de la revolución de reforma.

De la tercera parte se ocupan Margarita Carbó y Andrea Sánchez. Examinan críticamente el desarrollo del capitalismo durante la dictadura de Porfirio Díaz, mostrando cómo el periodo posee sus propias características, entre las que destaca la expansión económica, la definitiva incorporación al mercado mundial, el proceso de conformación de la burguesía nacional y el proletariado y las condiciones de miseria y explotación que imperaban en el campo, las cuales se agravan a raíz de las crisis de 1901 y 1907. Se explica como se fueron agudizando las contradicciones entre la burguesía nacional y las clases subalternas con el bloque del poder. En la última parte del volumen II, Adolfo Gilly analiza el proceso revolucionario de 1910. Recreando el ambiente de la época, ofrece un exá-

men crítico de las fuerzas protagonistas, su influencia regional, sus demandas, y destaca cómo la irrupción violenta de las masas derivó en una revolución democrático burguesa de amplia participación popular.

El volumen IV se ocupa del México de nuestros días. Ilán Semo propone un análisis crítico de la década 1958-68 y Américo Saldívar analiza la crisis durante la década de los 70. En su conjunto, el volumen desmitifica el papel del Estado, muestra cómo la burguesía ya no puede considerarse participe de una revolución que ha muerto y revela el carácter cada vez más reaccionario y despótico de bloque dominante. Se analiza la insurgencia obrera de 1958, el ascenso de las clases medias y su irrupción en la escena política en 1968, se estudian las guerrillas de fines de la década de los 60 y principios de los 70. Se desarrolla un análisis de la crisis actual en sus manifestaciones más importantes, se destaca el carácter monopólico de la economía y el entrelazamiento entre la oligarquía financiera con el Estado, así como el deterioro de las condiciones de vida de la clase obrera en los marcos de una crisis sin precedentes, cuya respuesta es el ascendente movimiento sindical y fortalecimiento de los partidos políticos de oposición. El conjunto de la obra está acompañada de una cronología por periodo y una bibliografía comentada.

Teresa Aguirre



historias

REVISTA DE LA DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DEL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Entre las desigualdades que existen en la historiografía mexicana, una de las más patentes se registra en el ámbito de las publicaciones. Mientras que la historia monumental —también llamada oficial— cuenta con un sinnúmero de revistas y boletines, y la historia anticuaria continúa siendo el género más publicado y solicitado, las corrientes empeñadas en la interpretación crítica de la historia apenas inician el esfuerzo de organizar su ya visible presencia en publicaciones permanentes. La revista *historias*, editada por la Dirección de Estudios Históricos del INAH y dirigida simultáneamente por Enrique Montalvo, Carlos Aguirre y Marco Bellingeri quiere ser una contribución a este esfuerzo. Para sus autores las intenciones de la revista son varias: crear un espacio para presentar y discutir —abierta, diversa y pluralmente— las aportaciones más recientes al estudio de la historia; salir del territorio impuesto por las capillas y los grupos cerrados; adentrarse en la dimensión contemporánea de la historiografía; es decir, una disciplina que pretende ser científica sin agotar, con ello, las posibilidades de comprender la realidad ni pretender una verdad definitiva; e inaugurar un foro de debate sobre la historia.

Una revisión de los dos números aparecidos de *historias* nos hace pensar que las buenas intenciones no siempre conducen al infierno. Combinando el ensayo con la investigación histórica, *historias* (nos) descubre que la interpretación crítica de la historia en México no es tan escuálida como se suponía.

En su segundo número *historias* publica una amplia reflexión del pensador peruano Carlos Franco en torno a la problemática del marxismo latinoamericano, en el que se destaca el análisis de la falta de originalidad de dicha corriente, así como el esfuerzo por pensar a América Latina de una manera nueva (no eurocéntrica) propia de Mariátegui y Haya de la Torre.

En la misma problemática de la relación entre Marx y América Latina se sitúa el artículo de Alberto Filippi titulado "La relación Hegel-Marx y las interpretaciones de la historia latinoamericana". Partiendo de las reflexiones de José Aricó sobre el tema, Filippi profundiza en la especificidad de lo que el mismo recomienda denominar formaciones político-económico-sociales, contrapuestas a las características tradicionales, que implican un trasplante de terminologías creadas para Europa.

Describir y explicar la visión que José Carlos Mariátegui elaboró sobre la revolución mexicana es el objetivo del trabajo de Giovanni Casetta. Ahí se deja ver como Mariátegui transita de una interpretación optimista sobre el radicalismo de los revolucionarios mexicanos hasta comprenderla como una revolución antioligárquica y pro-burguesa.

Completan el número los artículos de Lief Adleson, "La adoles-

encia del poder: la lucha de los obreros de Tampico para definir los derechos del trabajo, 1910-1920"; de Rodrigo Martínez, "El desarrollo económico novohispano (siglos XVII y XVIII): Tendencias historiográficas contemporáneas"; de Esteban Sánchez de Tagle, "El Regimiento de la Reina: ¿el final de las reformas borbónicas?" y de Ilán Semo, "Liberales y populistas".

Luis Vázquez

Espacios

Publicada por SEPAC, Servicios Educativos Populares, A.C. y CENCOS, la revista trimestral ESPACIOS se dirige a los militantes políticos de la izquierda y el país. Cada número estará dedicado a un tema monográfico, nacional o internacional, de interés visiblemente compartido. Su propósito es "abrir un espacio editorial en el que se expresen, en sus términos y con absoluta libertad, aquellas organizaciones que representan los niveles más avanzados de la lucha independiente del pueblo trabajador".

En el primer número, las organizaciones de izquierda hablan sobre sí mismas. Representantes de doce agrupaciones presentan en forma sucinta sus historias, programas y objetivos en ensayos documentados.

Encabezado por José Álvarez Icaza, Miguel Angel Armada, Adolfo Armenta, René Bejarano y Eduardo Cervantes, el Consejo Editorial encuentra que una de las causas de la división de la izquierda independiente reside en el sectarismo que hace creer a cada organización que su proyecto es el único viable, ignorando las experiencias, posiciones y luchas de los demás.

La revista se propone contribuir a superar estos "monólogos de islas sin ecos", debatiendo ideas y compartiendo experiencias.

Si se mantiene el nivel de elaboración del primer número, el esfuerzo no será del todo inútil.

Carlos López

Novedades

Alberto Armani

**CIUDAD DE DIOS Y
CIUDAD DEL SOL**

El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)

●
Dieter Jähnig

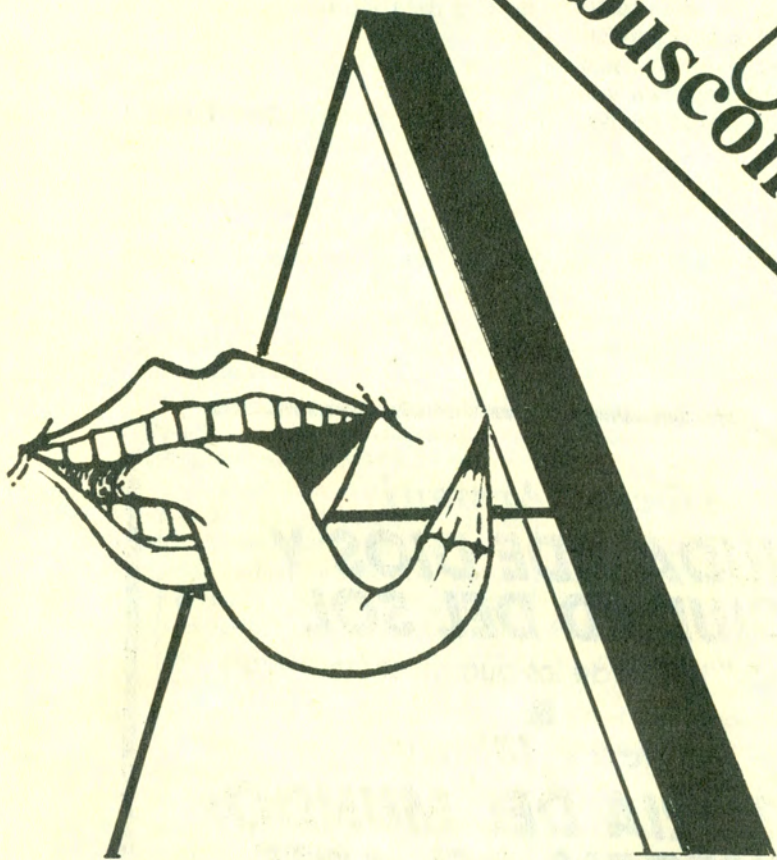
**HISTORIA DEL MUNDO:
HISTORIA DEL ARTE**

Breviario 314



Fondo de Cultura Económica

rebusconadas



nun

cios

de emoción

AQUI CANOFILUS. Remato por falta de espacio (político) magnifico perro guardián condicionado biológicamente para enfrentarse sin temor a los helicópteros. Trato exclusivo con patriotas. Informes: finca Las Coníferas.

SE SACA CASCAJO Y PESOS MEXICANOS. Informes en "Materiales de Desperdicio" FDRL y CV.

ALARMAS Y CAJAS DE SEGURIDAD. Garantizadas contra asaltos y justificaciones desventuradas. Nos especializamos en bancos centrales y regímenes complacientes. "El Cerrojo", casa matriz y sucursales en toda la república.

SISTEMAS DE ENFRIAMIENTO PARA ECONOMIAS SOBRECALENTADAS. Aseguramos funcionamiento efectivo o devolución. Solicite informes a "Imported Maquinations" Inc. Tenemos agentes en todos los países en desarrollo.

RETROSPECCIONES INUTILES, informes de gobierno, alegorías de la justicia social, añoranzas, leyendas desvanecidas, glosas varias, acrósticos con las iniciales del término Desarrollo Estabilizador, ruelas y otros objetos, casa de antigüedades "El Milagro Mexicano".

GRATIFICARE ampliamente a la persona que me indique sobre el paradero de un brazo moreno, con biceps regulares, vello ralo y una sola mano la cual muestra evidentes quemaduras de cigarrillo. La última vez que lo vi se hallaba colgando de mi hombro izquierdo. Estaré disponible para cualquier informe en cuanto hallen mi cadáver e identifiquen mi personalidad (no me extendo más en los detalles para no aparecer sospechoso de autosecuestro).

QUEREMOS HACER SABER por este medio a nuestros clientes, amigos y público en general, que los cadáveres que aparecen en territorio nacional sin nuestro sello inconfundible no los reconoceremos como obra propia bajo ninguna circunstancia. Jack The Ripper y asociados.

OFRECEMOS EN MAGNIFICAS CONDICIONES de uso pruebas contundentes de que Don Porfirio no se embarcó en el Ipiranga, de que en 1968 se le vió en céntrico sitio empuñando "La Matona" de estabilizador memoria, de que asistió a gran saraho de gala en compañía de Don Susanito Somellera y Peñafiel y de que todavía al estar redactando este anuncio su sombra había to-

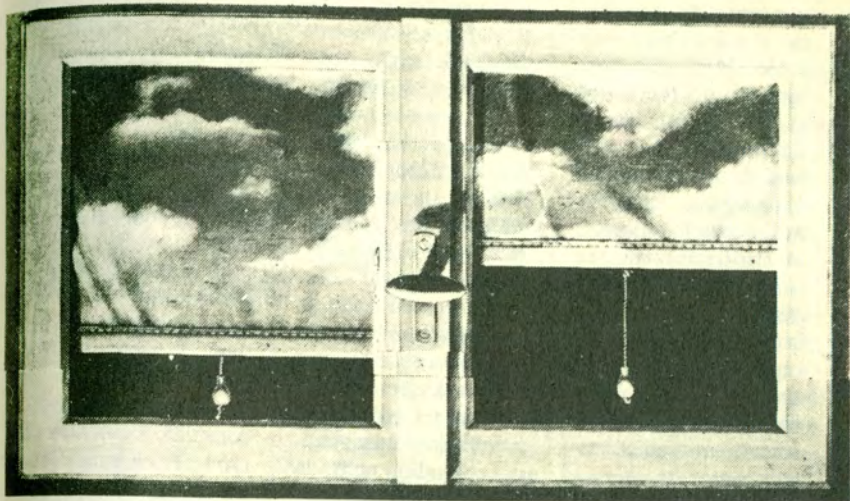
mado la forma del smog de (?) las calles de la ciudad en las horas pico. Interesados y conocedores dirigirse a Porfirifilos Actuantes de la Nación (PAN).

ATENCION ENEMIGOS DEL REVISIONISMO y los manchones eurocomunistas. Obras completas de Stalin en Edición que incluye los trabajos inéditos escritos en México durante los últimos meses. Descuentos especiales para los cuadros de dirección formados en el socialismo a la mexicana. Ediciones Poderlas. Atendemos pedidos.

ORGANIZAMOS TODO TIPO DE CAMPAÑAS. Nuestra especialidad son las electorales. Proporcionamos todo lo necesario: paisajes variados para los efectos de contraste, cómodos itinerarios que den la apariencia de gran ajetreo, sombreros campiranos para tomarse fotos con grupos subalimentados de las áreas rurales pero provistos de genuinos rostros tostados al sol, tortas de galantina y queso de cerdo, así como multitudes *ad hoc* para que se las coman después de los aplausos y las consabidas doce horas de espera, ponencias en blanco para ahorrarse rebuscamientos inútiles, discursos confeccionados con las pausas necesarias para no delatarse cuando se carezca de tablas en

la política y con los remates suficientes y apropiados en caso de carecer de convicción, calles recién pavimentadas para los recorridos de rigor y obras terminadas que jamás serán puestas en funcionamiento para que no sólo se luzca el candidato, edecanes de propósito múltiple en la cantidad que se requieran, reporteros audaces que le pregunten al aspirante a la Silla (sin temor a la censura o a quedarse sin el sobre acostumbrado) la hora o su propio nombre, equipos de sonido a prueba de los epítetos más sobados para descalificar a los otros adversarios, confeti en formato newyorkino, guaruras entrenados por personal calificado de los EU en número garantizadamente mayor al de los públicos enfrentados, lemas de profundo contenido político doctrinario pero de fácil comprensión para las masas habituadas a la síntesis de una, dos y hasta tres palabras, cobertura nacional a través de todos los medios de difusión incluida la telepatía, mantas, pancartas, banderitas, mañacas, playeras, hoteles, gubernamentales, legislaturas locales entidades federativas completas y por un precio adicional, el país entero junto con el triunfo anticipado al día de las elecciones. Somos únicos y no aceptamos imitadores. Promociones Legítimamente Constituidas, S.A.

ABRAMOS LAS VENTANAS



Estimados
compañeros:

Un saludo y una felicitación por la gran revista. Leyendo el artículo llamado "Ciencia que te quiero Ciencia" que es una entrevista con Antonio Lazcano, me fui llenando de un progresivo malestar, que no acabé de digerir hasta que no leí, en el mismo volumen 3, una clarividente definición —en el diccionario Británico del Zoocialismo— de la palabra "Intelectual: Dícese del que piensa tanto que no hace nada."

Desde el Olimpo de la academia, el entrevistado trata a la comunidad científica como una manada de borregos, cuyo papel es esencialmente "reproducir y reforzar la ideología de los grupos y las clases dominantes", inmersos en una "competencia despiadada, un sexismo absoluto, una burocratización del saber, y un comercio académico", trabajando en proyectos que "poco o nada tienen que ver con los grandes problemas nacionales", dejando de lado "cuestiones tan importantes como el deterioro ambiental y la búsqueda

de fuentes alternas de energía", y de remate, con una izquierda que ha "avanzado poco en la crítica a la estructura del aparato científico". Qué bola de brutos ¿no?

Lo que preocupa, aparte de la arrogancia, es a) la tendencia a emitir juicios sin apoyarse en datos, y b) más grave, la confusión entre ciencia, tecnología y desarrollo productivo.

En términos de juicios ligeros, es mi humilde impresión que la competitividad, el sexismo y la burocratización de la mayoría de la comunidad científica, si bien existen, son bastan-

te menores que en el conjunto de la ingrata y subdesarrollada sociedad en que vivimos. Si no fuera por el temor al uso herético de palabras, casi casi los llamaríamos vanguardia. Asimismo, llama la atención la afirmación de que se ha hecho de lado el deterioro ambiental y la búsqueda de fuentes alternas de energía, siendo que en este momento el crecimiento en investigaciones en energía solar ha sido muy grande —al punto de la distorsión— y que en los últimos ocho años se han creado nada menos que cuatro centros de investigación relacionados con ecología y ambiente, que agrupan a cerca de 200 investigadores y técnicos.

El otro punto pre-ocupante, que destila de toda la entrevista, es la implícita creencia de que es la ciencia la que va a cambiar la sociedad en que vivimos. Citando a Gramsci: “en realidad, como se espera demasiado de la ciencia, se la concibe como una especie de brujería, superior, y por eso no se consigue valorar con realismo lo

que la ciencia ofrece concretamente”. Tanto en las economías capitalistas, como en las planificadas centralmente, es el prosaico mercado, y las demandas del sector productivo, las que motivan el 80% de los cambios tecnológicos. Si hay algo que criticar, no es tanto la venta de la ciencia a las clases dominantes, sino nuestro abismal desconocimiento del proceso de innovación tecnológica, entendido como la implantación de los conocimientos en el sector productivo. Y cambiar esta situación implica acercarse al turbio sector industrial, y entenderlo en todos sus vericuetos. Aunque tal vez hay una solución mejor, que sería esperar a que la revolución caiga del cielo, y en ese momento acercarnos al —ahora límpido y virginal— sector productivo y comenzar a balbucear sobre los requerimientos tecnológicos de hombre nuevo.

Para terminar, y no consumir precioso espacio Buscón, digamos que ciertamente no todo está bien en la república de la ciencia. Es imperati-

vo hacer mejor ciencia, buena ciencia, y por qué no decirlo, de calidad internacional, pues es una de las mejores maneras de mantener la conciencia crítica de la sociedad (no de cambiarla). Asimismo, es imperativo formar recursos humanos con conciencia crítica y mucha capacidad creativa. Y —ya lo dijimos— acercarnos al sector productivo para comenzar a entender el ción. Para estas tres cosas, no se necesita muchísimo más dinero ni una hermosa definición de política científica y tecnológica por parte del Estado. Se necesita, y en esto sí coincido con el entrevistado, un cambio en la actitud y valores de la comunidad científica, y cambiar un poquito la inspiración discursiva por la transpiración creativa.

Atentamente.

**Mario
Waissobluth**



Vallejo responde a Heberto

Muy señores míos:

En el número 4 de su distinguida revista correspondiente a mayo-junio de 1983, aparece una entrevista hecha al ingeniero Heberto Castillo, presidente del Partido Mexicano de los Trabajadores, en la cual despótica en contra mía, y como este señor con mucha frecuencia se olvida de su prestigio como hombre de ciencia para caer en la baja y reprochable profesión de calum-

niador y mentiroso, me veo en la necesidad de aclarar y refutar algunos de los puntos en que me alude y se destacan más en la entrevista.

Yo no fui "dimitido", sino "destituido" por Heberto Castillo y su pandilla de "jóvenes", quienes no rebuznan "porque Dios es grande", como dicen los católicos. Y si lo hicieran, serían más inteligentes que los caballos, porque éstos no son capaces de rebuznar, aunque son veloces corceles.

No se quiénes sean los dos ferrocarrileros de que habla Heberto, porque sólo los identifica por sus edades y omite los nombres como todo buen calumniador y como "los quiere mucho", les atribuye instinto maternal para exhibirlos o exhibirme. Pero al maestro se le olvidó que el bumerán retorna a su punto de partida y que los ferrocarrileros no son científicos ni idiotas para que no sepan distinguir que lo sucedido no es un problema personal de Vallejo o de Castillo, sino es debido a la supresión de la de-

mocracia y violaciones deliberadas de los principios y normas estatutarias en el PMT, procedimientos charristas que han combatido y están combatiendo en su sindicato y por eso van a renunciar en masa al partido.

Heberto, el técnico, el científico, el matemático, el articulista, es muy modesto, porque me hace aparecer públicamente como su maestro, su mentor político, etc., etc., aunque jamás lo he sido ni de él ni de nadie y por una sencilla razón: no soy maestro y si lo fuera, no enseñaría a hacer ni decir cosas desquiciantes como las que ha hecho y expresado don Heberto. Por su forma de actuar, su maestro ha sido su amigo José Álvarez Icaza, técnico en comunicación y experto en la mentira.

Él dice que Vallejo, el imbatible en el movimiento del 58-59, el más vertical y honesto en la huelga y en la cárcel (para evitar espacio suprimo otras sandeces que expresa), "de la noche a la mañana, en una reunión del comité nacional planteó que

una muchacha que no le ha correspondido salga de la dirección, porque si no se va él, es algo que deja frío a cualquiera. A mí al menos, me dejó frío”.

Si como lo narra el friolento Heberto así fueron los hechos, eso quiere decir que yo, su “maistro”, me volví loco y él y los 8 jovenazos del comité nacional se volvieron unos idiotas, porque sólo los idiotas no aprovechan una renuncia para deshacerse de un loco y evitarse de complicaciones y hacer y decir tantos despropósitos.

Por si esto fuera poco, el frío polar de Heberto se convierte en calentador infernal y la elevada temperatura le provoca delirio de persecución y complot político-policíaco, al manifestar que yo defendí a ultranza a un expolicía municipal de Guadalajara, cuya placa de cortesía, sin número y que obra en su poder, “prueba” que fue policía durante los años más represivos y que los diarios de aquél entonces que también obran en su poder cuentan las barbari-

dades que sufrieron en la capital de Jalisco durante esos años...

La fiebre siempre es terrible y la de Heberto debió ser elevadísima al grado de convertirlo en BARBARO, cuando menos para razonar, porque si los diarios cuentan barbaridades que sufrieron en Guadalajara y ni siquiera señalan algún pequeño indicio de que el expolicía participó en esos hechos represivos, de todos modos el bárbaro de Heberto atribuye, supone o piensa que ese expolicía participó en esas barbaridades. ¿O por el solo hecho de haber sido policía en aquellos años, lo condenan? Es obvio, que con esos argumentos tan contundentes que esgrime Heberto, el expolicía no necesitó de alguien que lo defendiera y mucho menos a ultranza.

Realmente es admirable el esfuerzo que Heberto hace para pretender justificar sus desaguisados. Yo no sabía que el expolicía además de “formar pequeños grupos para fumar marihuana y emborracharse, iba a las

sesiones del partido ahogándose de borracho”. Con estas calumnias... perdón, con estas pruebas, ¿por qué Heberto no expulsó del partido a ese sujeto de tan reprochable conducta? En cambio, expulsa a su compañera porque según parece no informó a Heberto de que el expolicía guardaba en su casa la credencial de marras. Es una manera muy singular de hacer justicia.

Heberto expresa: “Hace tiempo yo propuse la inclusión del artículo 38 en el partido —no en los estatutos— y alguna vez la expulsión de Alfredo Pantoja, que era secretario de Relaciones Obreras en el partido —no en el comité nacional—. Y lo expulsamos”. El ingeniero tiene un modo especial de rebuznar, digo, razonar, que da miedo, porque es la asamblea nacional la que reforma los estatutos y no yo, y las propuestas las hacen los comités del partido, no una persona en lo particular. Pero Heberto dice que yo la propuse, enhorabuena. Eso quiere decir que entonces era yo más inteli-

gente o más estúpido que los demás miembros del comité nacional y delegados a la asamblea nacional que la aprobaron.

Pero en donde miente a sabiendas, es cuando expresa que yo propuse la expulsión de Pantoja. Lo cierto es que Pantoja fue expulsado debido a que Heberto y él estuvieron a punto de golpearse y se pudo evitar con la intervención de los demás miembros del comité nacional y, con este motivo, y a propuesta de Heberto y no mía, se le expulsó. Pero vamos admitir si conceder que yo hice la proposición, ¿quién tuvo la culpa de que se violaran los estatutos, el idiota que hizo la propuesta o el resto de los 7 idiotas que la aprobaron y de las cuales el número uno era nada menos que el sabio ingeniero Heberto Castillo? Por otra parte, el hecho de que el expulsado haya dejado de reclamar sus derechos, no es una justificación para que otro no lo haga si son violados los estatutos en su contra.

El Ingeniero Castillo estuvo chantajeando a

algunos comités estatales del partido con renunciar, si la mayoría solicitaba la asamblea nacional extraordinaria; y ahora lo confirma al decir que se realluzaría pero sólo para que conocieran su renuncia, porque eso demostraría que "de 10 miembros del comité nacional, 9 inventaron cosas a un compañero" y, por lo mismo, "no tienen ningún derecho ni fuerza moral para actuar como dirigentes".

La confirmación del chantaje, es una admisión tácita de Castillo de que ha obrado mal y el que obra mal se le pudre el... ombligo. El maestro en vez de demostrar por medio de un razonamiento lógico las causas de su renuncia, utiliza la matemática para plantear que 9 es más que uno, por lo tanto, "nueve no pudieron inventar cosas a un compañero" y por eso renunciaría.

Cuando Heberto y los 8 jovenazos tomaron el acuerdo de destituirme, no sólo violaron flagrantemente las normas estatutarias, sino organizaron con preme-

ditación y ventaja una anticipada campaña de calumnias para tratar de desprestigiarme y sólo consiguieron provocar la desconfianza y la división en las filas del partido y hacer el ridículo ante la opinión pública. En esa vil campaña entregaron a los medios de difusión documentos privados del partido que no se envían ni a los comités estatales.

Es obvio, que estas graves faltas serían sancionadas por la asamblea nacional extraordinaria y Heberto está conciente de ello. Por eso ha estado chantajeando con su renuncia y ha hecho mutis al reiterado reto que le he hecho de que entablemos una polémica para que se pongan los puntos sobre las íes y se deslinden responsabilidades. Su silencio es la confesión de su incapacidad política para defender los planteamientos tergiversados, sofisticos y calumniosos que anteriormente ha escrito y ahora expone en la entrevista.

Gracias a Heberto y a los nueve lebezanos, el PMT se desliza lenta pero irremisible-

mente hacia su desintegración y, por lo pronto, ha dejado de ser el proyecto de partido de masas y la alternativa del pueblo de México. Y todo por el miedo ridículo de Heberto a la

asamblea nacional extraordinaria.

Creo, señor director, que he distraído demasiado su atención con esta larga respuesta, por lo que le pido mil disculpas y

espero que no tendrá ningún inconveniente en publicarla en su prestigiada revista.

Atentamente

Demetrio Vallejo
Martínez

CONFESIONARIO

... de olvidos y erratas algunas leves y otras no tan leves aparecidas en el número 4:

- El artículo de Federico Campbell que titulamos "Los sueños sueños son", lleva otro título original, cita del poema de Calderón de la Barca: "y los sueños sueños son".
- Los artículos de Umberto Cerroni, Biaggio de Giovanni, Elmar Altwater Claudio Napoleoni y Alain Touraine aparecidos en *l'Unita*, suplemento al N.º 48 del 27 de febrero de 1983.
- El artículo de Enrique Semo, en la página 14, se trata por supuesto de *países no alineados* y no de *países alineados*.

NUEVOS COLABORADORES

El *Buscón* es una revista cuya existencia se debe al trabajo voluntario de sus colaboradores. La creciente complejidad de sus funciones editoriales, el afán de mejorar cada vez más su calidad y la próxima aparición de la serie *El Buscón Extra*, hacen imprescindibles nuevas y mejores colaboraciones, cuya consistencia y calidad es bien conocida. Desde el número 5 damos la bienvenida a los pintores Vlady y Juan Berruecos, a los escritores David Huerta y Héctor Manjarréz, al economista Jorge Medina y al periodista Rafael Santiago.

unomásuno



unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno

suscríbese a
unomásuno

en el distrito federal

\$1,500.00 SEIS MESES

\$3,000.00 UN AÑO



nombre

domicilio

colonia zona postal telefono

fecha

giro postal

cheque

primer retorno de correo No. 12 col. nochebuena mixcoac mexico d.f. cp 03720 tel. 563-99-11 ext. 126 y 127



Secretaría de Hacienda y Crédito Público
"Las Revoluciones y los Elementos"
murales de

VLADY

Ediciones
PAPELES PRIVADOS

POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS
Enrique González Rojo

POEMAS SUELTOS
Jaime Sabines

LOS PARPADOS Y EL POLVO
Fayad Jamis

EXTRAÑOS
Guillermo Rousset Banda

DESTINO ARBITRARIO
Juan Bañuelos

HEMISFERIO SUR
Alejandro Aura

Próximos autores:

- César Moro
- Félix Grande
- Gilberto Meza
- Elva Macías
- Enrique Molina
- J. Gustavo Cobo Borda

De venta en:

Arreolarte, Río Guadalquivir, 75
Libros escogidos, Carpio, 115

Eureka, Plaza San Jacinto No. 20

Librería del palacio de Bellas Artes o en
Papeles Privados, Plaza Río de Janeiro,
56 302 Tel. 528 82.98

COCINA



ediciones
mimeográficas

cocina ediciones
mimeográficas
queretaro 185 = 6, Méx
ico 7, d. f.
gabriel macotela, yani
pecanins.

colección ensayos

Daniel Prieto
DISEÑO Y COMUNICACION
150 Págs.

Fernando Tudela
ECODISEÑO
236 Págs.

Emilio Pradilla (compilador)
ENSAYOS SOBRE EL PROBLEMA
DE LA VIVIENDA EN
AMERICA LATINA
472 Págs.

Raúl Cremoux
LA LEGISLACION MEXICANA
EN RADIO Y TELEVISION
192 Págs.

Guillermo Delahanty
TABU DEL INCESTO
250 Págs.

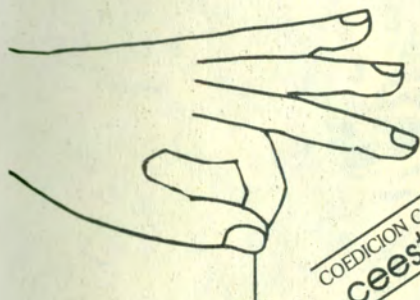
U A M



Serie:
**COMUNICACION
Y CULTURA**

Jugar *es un acto político*

Aida Reboredo



COEDICION CON EL
ceestem

En la actualidad el juguete industrial se ha convertido en un instrumento de dominación. Mediante una rigurosa investigación de análisis y muestreos, la autora demuestra los mecanismos de manipulación que concluyen que durante el juego los niños aprenden su circunstancia política



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

ESCOLLO 316, MEXICO 20, D.F. TEL. 680-29-88
GUADALAJARA, JAL. TEL. 15-6533

BUELNA



BUELNA

publicación trimestral

Universidad Autónoma de Sinaloa

pedidos:

REPRESENTACION DE LA UAS

Avenida siete No. 209

México 13, D.F. (CP 03630)

Tel.: 539-61-81

EO océano



En este nuevo libro, Gabriel Careaga busca una interpretación crítica de los modelos y las teorías en relación al desarrollo, a la utopía y el progreso.

¿Existe un proyecto alternativo y realizable que, al margen de toda utopía, sea capaz de movilizar a la sociedad civil? Los autores discuten las posibilidades de una estrategia de desarrollo basada en el aprovechamiento ecológicamente prudente de los recursos del trópico.



De venta en sus librerías y autoservicios
BUSQUE OCEANO

nexos

Sociedad • Ciencia • Literatura

Contra inflación, suscripción

Prado Norte 450, 11000 México D.F.

Apartado Postal 5- 799, 06500

México D.F.



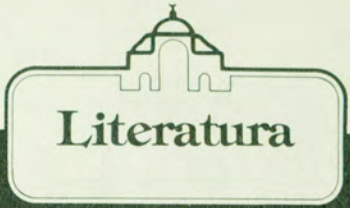
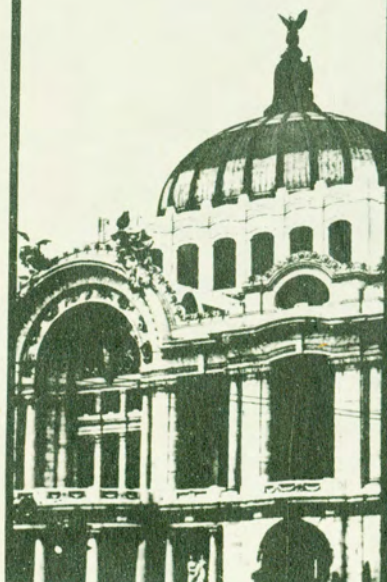
INBA

Instituto Nacional de Bellas Artes

CULTURA SEP

CALENDARIO

Septiembre
1983



Literatura

COMO LEER A



JOSE MARIA PEREZ GAY:
SEPTIEMBRE 7

DIARIOS

SEPTIEMBRE 14

EL CASTILLO

HERMANN BELLINGHAUSEN:
SEPTIEMBRE 21

EL PROCESO

SEPTIEMBRE 28

**EL OTRO
PROCESO
DE KAFKA**

de Elías Canetti.

Museo Nacional de Arte
TACUBA No. 8

\$ 140.